



No. LA 78

LOS AMORES DE FELIPE

POR

OCTAVIO FEUILLET

N. Paris

~~1878~~

R. 18.362

MÁLAGA

Tipog. de EL METODIA.

1878



LOS AMORES DE FELICE

por

FRANCISCO BARRAL

1878

I.

En uno de los cantones mas frondosos de la verde Normandía, en el corazon de la antigua provincia del Perche, se vé alzarse al extremo de una larga avenida de árboles, un edificio que parece remontarse á los tiempos de Enrique IV, y que es conocido en el país con el nombre de castillo de La Roche-Ermel. Es un simple pabellon encajonado entre dos agudos torreones, en cuyo patio se vé á un lado una capillita de época anterior y al otro el palomar señorial. Los La Roche-Ermel son una de las familias mas antiguas del país, pero no de las mas ricas. El conde Leopoldo, que á mediados de este siglo representaba la rama principal, era el primogénito de tres hijos, y la parte de herencia que habia correspondido á cada uno de ellos no escedía de una docena de miles de fran-

cos de renta. Era bien poco para mantener en buen estado el castillo y vivir en él con dignidad. Aquella antigua residencia patrimonial parecía, pues, condenada á pasar á manos estrañas, cuando se vió salvada de esa profanacion por un rasgo de abnegacion que no carece de ejemplo en las familias nobles.

El hermano y la hermana del conde hicieron á éste donacion de sus bienes, renunciando uno y otro á todo porvenir, á todo destino personal, y confundiendo todo su sér en el de su primogénito y jefe de su casa. Esos dos grandes corazones llevaron á cabo ese acto con sencillez, y su hermano lo aceptó del mismo modo, porque hubiera hecho lo mismo que ellos en su caso.

Estos La Roche-Ermel eran muy estimados en toda la comarca. Seguian al siglo sin ponerle mala cara, pero con la reserva que convenia á su nombre. Era además una raza fuerte que imponía el respeto por cualidades morales y hasta físicas que parecían en ella hereditarias. El conde Leopoldo era un hombre de estatura varonil, de aspecto sereno é intrépido, de una cortesía exquisita y un tanto alarmante.

En tanto que hacía experimentos con sus segadoras mecánicas y coronaba á sus alumnos en los concursos agrícolas de la region; su hermano Carlos Antonio, á quien llama-

ban el caballero, cuidaba del jardín, de la biblioteca, de la bodega y del barómetro. Tenia afición á la botánica, y pasaba horas entretenidas estudiando los musgos de la avenida. Era además apasionado de la música, y aunque su timidez le impedía lucir su habilidad en público, no era raro oír salir á hora avanzada de la noche sonidos bastante dulces de flauta del torreón en que habitaba.

La hermosa Angela Paula dirigia con discrecion las obras de caridad que venian figurando ámpliamente en las tradiciones de la familia. Arreglaba la ropa blanca, disponía los platos que habian de servirse á la mesa, y hacía las compotas. El tiempo que la dejaban libre estos cuidados domésticos lo empleaba pintando en papel vitela flores y pájaros, cuya distraccion acompañaba con antiguos cantares en que se trataba de pastores atrevidos y de zagalas inflexibles.

En medio de estas honradas gentes fué cuando vino al mundo en 185... Juana de La Roche-Ermei, la cual, preciso es decirlo, fué acogida al principio bastante friamente. Gracias al desinterés generoso de su hermano y de su hermana, habia podido casarse el conde Leopoldo con una vecina jóven y rica que habia sido la pasión de su juventud, pero de la que la desigualdad de fortuna parecía separarle para siempre. Este enlace, feliz por lo demás, bajo todos concep-

tos, habia permanecido por mucho tiempo estéril. Una séria indisposicion de la condesa hizo, al fin, concebir esperanzas que el nacimiento de una hija solo vino á realizar imperfectamente. Dos ó tres años despues tuvo el conde el dolor de perder su jóven esposa, á la que habia amado demasiado para pensar en un segundo matrimonio, y se resignó á no dejar heredero varon de su rama. Esta amargura vino á suavizarla una circunstancia particular de familia.

Tenía por vecino y amigo uno de sus primos hermanos que llevaba legalmente el mismo apellido que él, puesto que eran hijos de dos hermanos, pero que la costumbre del país designaba con el nombre de Boisvilliers para distinguirle de su pariente. Desde las ventanas altas del castillo de La Roche-Ermel se podia divisar entre los árboles el ático y la claraboya que decoraban la fachada del castillo de Boisvilliers, pesada construccion del siglo último. Los dos dominios se enlazaban por sus avenidas.

Tenian los dos primos un aire de familia tan marcado que á alguna distancia era muy fácil tomar á uno por otro. La semejanza moral no era menor, pues ambos tenian los mismos sentimientos y los mismos gustos, se ocupaban asiduamente de los intereses locales, de mejoras agrícolas, de la cria de ganados, de la caza y muy poco de política.

Ahora bien, Mr. de Boisvilliers tenía un hijo, Felipe, nacido algunos años antes que su prima Juana; y cuando el conde Leopoldo perdió toda esperanza de tener él mismo un heredero directo, fué su mas ardiente sueño unir un día su hija á Felipe de Boisvilliers, que debia ser despues que él el primogénito de la Roche-Ermel.

¿Dejó el conde Leopoldo escapar ese secreto de su corazón, ó esa combinacion tan natural y apropiada ocurrió por sí misma á la imaginacion de las dos familias? Como quiera que fuese, el matrimonio futuro de los dos niños fué ya cosa convenida, lo mismo en La Roche-Ermel, que en Boisvilliers; primero se dejó traslucir por alusiones y sonrisas; luego se avanzó mas, y por último se le dijo á Felipe: vuestra mujercita, al hablar de Juana; y á esta: vuestro maridito, al hablar de Felipe. Las mujeres, y especialmente la excelente Angela Paula, se complacian en ese juego, que, dicho sea de paso, no dejaba de interesar vivamente á la señorita Juana. Esta se hallaba prendada de su primo, tanto como puede estarlo una niña.

Entreteníanse en hacer esconder á Felipe detrás de una cortina ó debajo de una mesa; introducian luego á Juana, que suponían ignoraba su presencia; pero ella la adivinaba al punto: iba al escondite de su primo y le descubría ruborizándose. Entónces todos se

entusiasmaban de alegría, escepto el jóven Felipe, mocito altivo y tímido á quien todo eso le parecía cruelmente insoportable. Había heredado de su madre, que desgraciadamente no existía, una sensibilidad nerviosa un tanto exaltada. Las chanzonetas que los criados y las comadres de la vecindad se permitían dirigirle con motivo de sus amores y de su matrimonio, acababan de exasperarle, y su jóven prometida presunta, causa inocente de todas esas persecuciones, iba siendo para él, poco á poco, objeto de una extrema antipatía.

Estas impresiones le acompañaron al Liceo Luis el Grande, en el que entró á los quince años, y se avivaron con mas fuerza al acercarse las vacaciones. Su alegría de volver al país natal la emponzoñaba la idea de tener que ver nuevamente á su fatal prima sonriéndole y ruborizándose; su aversion hácia ella habia acabado por estenderse hasta á los sitios en que respiraba y hácia las personas que le rodeaban, y de seguro que si hubiera podido disponer del rayo, el castillo de La Roche-Ermel habria sido barrido de la tierra con todas sus dependencias, incluso el jefe de la rama primogénita, el caballero Carlos Antonio y su flauta, la tia Angela y la pobre Juana y los criados.

Si estas disposiciones de parte del jóven Boisvilliers hubieran podido ser sospechadas

por las dos familias, la consternacion en ellas habria sido grande; pero la respetuosa deferencia de Felipe hácia su padre y sus hábitos hereditarios de esquisita cortesía no dejaban traslucir síntoma alguno de sus secretos sentimientos. Echábase de ver alguna frialdad y reserva en sus relaciones con su prima; pero se esplicaba suficientemente esa actitud por la timidez y desmañamiento naturales de su edad.

Entre tanto pasaban los años. La señorita Juana crecía, y con ella su pura pasion hácia su ingrato primo. Hasta se hizo hábilmente de esa pasion un medio de educacion. «¡Si vuestro primo os viese, señorita!» fué una frase mágica cuyo poder conocieron muy pronto los que la rodeaban, y ante la cual se apaciguaban como por encanto las cóleras y las rebeliones de la niña. Esta entreveía al punto el disgusto de su primo, y como resultado de ese disgusto el rompimiento de aquel matrimonio todavía lejano, pero que era ya el pensamiento mas querido de su jóven corazon. Era evidente, en efecto, que siendo Felipe de Boisvilliers, como ella lo sentía muy bien, un dechado de todas las perfecciones morales, no se casaría nunca con una jóven de mal carácter y que no se mantuviera derecha en la mesa.

Igual procedimiento se empleó con la misma eficacia para hacerla tomar aficion á sus

estudios. Felipe de Boisvilliers obtenia brillantes triunfos en su colegio, y sería evidentemente en lo futuro un hombre distinguido y hasta un grande hombre. ¿Podia ignorar su mujer las reglas de los principios? Esto era inadmisibile, y Juana convenia en ello.

Algo mas tarde la pusieron en un buen colegio que tenian las señoras de la Visitation en la ciudad de A..., capital del departamento. Al recomendar la señorita Angela, su sobrina, á sus cuidados, le confió bajo el mayor sigilo los proyectos de la familia para el porvenir de Juana, el culto que la jóven profesaba á su primo y el secreto de utilizar ese sentimiento para perfeccionar su carácter y su espíritu.

Armadas aquellas señoras con este precioso informe, acabaron inocentemente de inflamar aquella jóven imaginacion, no cesando de presentar á Felipe de Boisvilliers como un cumplido caballero, un prometido ideal al que debia referir todos sus actos y del que no podia hacerse digna sino por una aplicacion sostenida y méritos escepcionales.

La señorita Juana no estaba sino harto predispuesta á ver á su primo bajo ese aspecto ventajoso y casi sagrado: le habia rodeado de toda esa poesía vaga y encantadora que se agita en el alma de una jóven, y

él se hallaba revestido á sus ojos como de un nimbo. Preciso es decir que Felipe de Boisvilliers se prestaba muy bien á esa apoteosis. Las fuertes cualidades de su corazón se hallaban templadas en él por la mezcla de la sangre materna mas dulce y mas delicada. Era á la sazón un mozo alto, elegante y airoso, de rostro grave y algo altivo, con ojos de fuego, que revelaban un ardor apasionado que dominaba exteriormente el hábito nativo de dignidad. Sus triunfos de colegio, unos cuantos versos bien redondeados, la prosa agradable é ingeniosa de sus cartas indicaban una inteligencia por lo menos distinguida, pero que Juana calificaba de superior. La reserva misma de Felipe con ella la amponia y la encantaba, y cuando él se dignaba, con no gran frecuencia, aparecer en el locutorio del convento, venía la jóven á su presencia trémula, feliz y confusa de ser visitada por aquel jóven dios.

Este jóven dios estudiaba, no obstante, leyes en París con una dulce indiferencia que no estaba exenta de crueles recelos. Terminada su carrera debia volver á Boisvilliers para vivir allí al lado de su padre. Se acercaba, por lo tanto, el momento en que probablemente se veria obligado á esplicarse acerca de sus intenciones respecto de su prima. No ignoraba que su matrimonio con ella era considerado cada vez mas en las dos

familias como asunto decidido. Sin que se tratara abiertamente en su presencia de este particular, se hacian continuas alusiones que no le permitian olvidarlo. Ahora bien, Felipe conservaba, por desgracia, hácia la jóven la antipatía que habia sentido hácia la niña, y de cada una de sus visitas al convento volvia con intenciones difícilmente conciliables con el deseo de sus parientes. Encontraba á Juana fea y desagradable, por mas que tuviera grandes ojos azules, magníficos cabellos negros y dientes deslumbradores; pero era baja y rechoncha, y carecia de gracia y soltura: por último, vestia sin gusto y hasta era descuidada en el arreglo de su persona. Este lamentable defecto no era en verdad culpa suya. En el convento era un axioma que las jóvenes alumnas solo debian buscar y cultivar la belleza moral, y era de regla que todo asomo de coquetería debia ser reprimido severamente. Juana, á quien sorprendian á veces arreglándose su abundante cabellera delante de una vidriera, sufría particularmente regaños en este punto.

— ¡La belleza moral, señorita, le repetian las dignas hermanas, la belleza moral! Tal debe ser vuestro único afan y vuestro único cuidado, como es, no lo dudeis, el único afan y el único cuidado, de un espíritu tan selecto como el de vuestro señor primo.

— Pero, madre, replicaba la jóven, mi

primo no puede ver mi belleza moral en el locutorio.

— Perdonad, señorita, la vé, ó por lo menos la adivina en vuestro mismo desprecio de las vanidades exteriores.

Juana se dejaba persuadir; pero ella era la que tenía razón. Su primo, cuando iba al locutorio, no veía su belleza moral; veía sus cabellos mal peinados, sus uñas demasiado cortas, sus piernas demasiado largas, sus botitas escesivamente anchas, sus medias mal estiradas, y no tenía él bastante belleza moral para apreciar el lado simbólico y superior de todas esas cosas.

A esas prevenciones inveteradas y persistentes contra su prima, habían venido á unirse además con la edad nuevos sentimientos que redoblaban su alejamiento por ella y por el porvenir que se le preparaba de larga fecha. Sus triunfos escolares, sus ensayos poéticos, encomiados por sus camaradas, le habían envanecido, y no estaba muy distante de participar de la excelente opinión que Juana había formado de él. Sin proponerse todavía objeto alguno determinado, soñaba vagamente con la ambición y la gloria; también entreveía en la esfera deslumbradora del mundo parisiense amores soberbios y tempestuosos; y se estremecía á la idea de sepultar en el fondo de la provincia, en el estrecho recinto de la casa paterna fa-

cultades dignas de un gran teatro y pasiones dignas de grandes aventuras.

Lo delicado era hacer comprender todo eso á su padre. Mr. de Boisvilliers de la Roche-Ermel era un padre cariñoso, pero que nada tenía de romántico. Su frente severa, sus ojos grises de mirada firme, sus lábios propensos siempre á la ironía, no convidaban á la expansion, y Felipe aplazó todo cuanto pudo una confidencia que debia causar evidentemente á su noble padre la mas desagradable sorpresa. Pero al fin llegó á recibirse de abogado, no tenía ya desde ese momento pretesto alguno para prolongar su residencia en París, comprendió que habia sonado la hora de la terrible esplicacion y partió para Normandía, armándose de todo su valor.

Fué recibido en Boisvilliers, lo mismo que en La Roche-Ermel, con un aire de cordial regocijo que le consternó y hasta le hizo vacilar en su resolucion. Era duro, en efecto, lastimar á todos aquellos buenos corazones. Desde el dia siguiente al de su llegada notó su padre su aire cohibido y triste y concibió por ello una visible inquietud.

Paseábanse ambos en una hermosa tarde de agosto por una terraza plantada de espesos castaños que formaba uno de los lados del jardin de Boisvilliers, y seguía la orilla pe un estanque profundo y tranquilo que parecía dormir bajo las anchas ojas de nenu-

far de que estaba casi enteramente cubierto: al pié de una escalera de gradas mal juntas se veía una barca vieja en cuyo fondo habia penetrado el agua.

El padre fumaba silenciosamente un cigarro y el hijo miraba con melancolía la vieja barca retenida á un poste con una cadena enmohecida, creyendo ver en ella la imágen del destino que le aguardaba á él mismo en aquel rincon perdido del mundo.

—¿De modo, hijo mio, dijo de pronto Mr. de Boisvilliers, que no os ha dado por tumar?

—Nunca, padre mio.

—Muy bien hecho: sois mas sensato que yo, y me felicito de ello. ¿Y sois ya aborrido?

—Sí, padre mio.

—Perfectamente. Gracias á vuestros conocimientos en derecho, no sereis como yo víctima de los hombres de negocios, y podreis administrar vos mismo vuestra fortuna, que será un dia considerable.

—Espero, padre mio, no tener en mucho tiempo ese cuidado.

—Gracias por vuestra cortesía; pero será preciso que tomeis tambien vuestra parte de la carga; voy haciéndome viejo, y me fatigo, hijo mio. ¿Sabeis que los dominios de Boisvilliers y de La Roche-Ermel reunidos dan mas de noventa mil francos de renta?

— ¿De veras?

— Seguramente, hijo mio.

Siguióse una pausa, despues de la cual dijo monsieur de Boisvilliers:

— He estado hace poco á ver á vuestra prima Juana en su convento, y están muy contentos de ella. Esas señoras aseguran que es una persona sobresaliente, de mucha sensatez y muy instruida. Además es excelente música.

— Ya sé que toca muy bien el piano.

— ¿Y sabeis que ha terminado su educacion, y que el 15 de este mes vuelve definitivamente al seno de su familia?

— Así me lo ha dicho mi primo de La Roche-Ermel, padre mio.

Mr. de Boisvilliers interrumpió de pronto su paseo, y arrojó el cigarro.

— Felipe, dijo fijando su mirada en las facciones pálidas del jóven; no podeis ignorar los deseos que hemos abrigado siempre de veros unido en matrimonio á vuestra prima... ¿Debo pensar que vuestros proyectos sean diferentes de los nuestros?

— Padre mio, contestó Felipe en tono respetuoso, pero firme, no puedo casarme con mi prima... No la amo.

— ¿Que no la amais? repitió Mr. de Boisvilliers.

Quedóse éste mirando fijamente á su hijo: las arrugas formadas entre sus cejas se

acentuaron profundamente, y una ligera convulsion hizo temblar sus lábios.

Habia un banco á dos pasos de la orilla del estanque, fué á sentarse en él, apoyó su cabeza sobre sus dos manos, y pareció meditar dolorosamente.

— ¡Pobre niña! murmuró.

Luego, levantando la cabeza hácia su hijo, que permanecía en pié delante de él:

— Despues de la declaracion que acabais de hacerme, dijo con acento seco y duro, deis comprender que no es posible, por algun tiempo al menos, estableceros en Boisilliers.

— Si lo juzgais así oportuno, padre mio, bedeceré.

— Lo comprendo, no hago mas que antiarme á vuestros deseos; habeis tomado gusto á París, y pretendéis pasar allí vuestra juventud, y tal vez vuestra vida entera en la ociosidad.

— No en la ociosidad, padre mio, y si me permitiérais hablaros con entera franqueza...

— ¡Oh! no solo os lo permito, sino que os lo ruego.

— Pues bien, aquí en provincia, en el campo, es donde viviría en la ociosidad... perdonad, padre. Tengo á la vista vuestro ejemplo y el de vuestro primo, y sé lo dignamente ocupada que teneis vuestra existencia... pero yo no tengo ni vuestros gus-

tos ni vuestras actitudes. Decíais que me gusta París, y es cierto; me gustan sus distracciones y placeres, como es propio de mi edad; pero también me agrada, podeis creerlo, la noble actividad que en él se respira con la atmósfera, las generosas ambiciones que hace brotar en el corazón, la fiebre de gloria que hace subir al cerebro: me agrada su poderoso orden intelectual, que parece asimilarse á la inteligencia, propia á redoblar sus fuerzas.

Aquí, padre mio, la inteligencia que pueda tener quedaría sin objeto, sin aplicacion; abandonaría á los arrendatarios y á los hombres de negocios cuidados que no tendrían interés alguno para mí, y á la larga me degradarían; careciendo de las virtudes del noble campesino, solo tendría de él los defectos, y tal vez algun dia los vicios. Emplearía mi tiempo, como tantos otros, en pasear mis perros, en consultar el barómetro y la rosa de los vientos, en poner el vino en botellas, y acaso en beberlo. Pues bien, padre, os lo confieso: ese género de existencia, sin honra para mí, sin utilidad para nadie, me causa horror, y mi desdichada prima, que ha sido siempre á mis ojos el símbolo de él, ha llegado á hacerme odiosa por eso mismo: ella es la que ha pronunciado desde la cuna la sentencia de mi destino; ella es la que me ha dicho: «Vivirás aquí y no en

otra parte... girarás toda tu vida en este círculo fatal, y girarás conmigo, sin tener mas amor que yo, ni mas esposa que yo; y mis gustos serán los tuyos, y mi cuarto tu cuarto, y mi tumba tu tumba». ¡Ah, padre mio! Hubiera podido amarla si yo la hubiera elegido... Y ¿quién sabe? Tal vez hubiera podido amar tambien la vida y las ocupaciones del campo, si no me hubieran sido impuestas desde que nací... Perdonad, padre mio, si os ofendo; pero prefiero deciros todo mi pensamiento, abriros sinceramente mi corazón.

—Teneis razon, dijo Mr. de Boisvilliers, el cual respiró con fuerza, se recogió un momento y añadió con voz mas suave y velada:

—Y yo tambien, hijo mio, tengo que pedir os tambien perdon.

—¡Padre!...

—Sí, porque al fin podiais creer que habia dispuesto algo ligeramente de vuestro porvenir, como si me perteneciese. Podeis creer, y lo creéis sin duda alguna, que ha sido un motivo de egoismo el que me habia impulsado á confiscar en cierto modo vuestra vida en provecho mio, amarrándola de antemano á la mia. Realmente no era insensible á la esperanza de ver un dia, despues de tantos años de soledad, que mi antigua casa se llenaba y reanimaba: sí, esperaba que Dios me evitara esa gran amargura de los

ancianos: la casa vacía. Además, que amaba ya á esa niña como á mi hija...

—¡Padre mio! murmuró de nuevo el jóven, arrasados en lágrimas sus ojos.

—He hecho mal, lo confieso, continuó el padre.

Y prosiguió con toda su firmeza de acento:

—Lo que quería deciros, hijo mio, es que no habia pensado solo en mi ventaja personal, en mi propia dicha, al arreglar para vos el plan de existencia que rechazais. Habia creído prepararos al propio tiempo una vida feliz, útil y honrosa. A través de los rodeos corteses de vuestro lenguaje, entrevéo bastante, ¡oh jóven! que nos considerais al conde de La Roche-Ermel y á mí como dos séres bastantes inútiles en este mundo... Permitidme continuar... y en este punto no soy de vuestra opinion.

Somos dos nobles campesinos, como decís, y vivimos sin gloria, pero no sin honra. Trabajamos por la multiplicacion de los alimentos mas necesarios para la vida, y damos á la caballería francesa sólidas remontas... Ya eso es algo; pero aun no es todo, hijo mio. En estos tiempos, mas que nunca, conviene que personas como nosotros vivan en su país natal, ciudad ó campo, y se hagan respetar en él. Aparte de los servicios prácticos que pueden prestar en derredor suyo,

hay en su mera presencia, en la superioridad de sus conocimientos, en la dignidad de su vida, en los grandes recuerdos que su nombre despierta, una enseñanza, un ejemplo, una autoridad. Son como esos antiguos campanarios que se ven aquí y allá en los campos, que hacen meditar al transeunte en el camino, al labrador sobre su arado, y que escitan á las muchedumbres, á pesar suyo, á sentimientos elevados y á pensamientos respetuosos. No, hijo mío, no somos inútiles... Nada me digais, Felipe, ni una palabra. Creo comprenderos; pero no arrancaré á vuestra sensibilidad, á vuestra ternura un sacrificio que deploraríais mañana. Seguid la senda que habeis elegido, seguidla como hombre honrado, y yo me consolaré... Veamos, ¿que pensais hacer?

— Padre mio, mi intencion, si la aprobais, era proseguir mis estudios de leyes hasta el doctorado, y entrar luego en el Consejo de Estado.

— Está bien... Y ahora, Felipe, tenemos que tomar una penosa resolusion. Puesto que no debeis permanecer aquí, es conveniente, es necesario que marcheis lo ántes posible. Partireis mañana temprano, y para ahorrarnos á ambos emociones inútiles, deseen no veros en el momento de vuestra partida.

Mr. de Boisvilliers se levantó súbitamen-

te, irguió su estatura atlética y continuó su paseo con paso firme, haciendo seña á su hijo de que fuera á su lado. Despues de un largo silencio,

—Tal vez pasarán años, dijo, ántes de que podais honradamente volver á Boisvilliers. Vuestra presencia sería una crueldad para esa jóven... Iré á veros á París de vez en cuando.

—Os doy gracias, padre mio.

Entre tanto se acercaba poco á poco la noche, haciendo mas densa la sombra de la terraza. Una débil media luna esparcía aquí y allá algunas ráfagas blancas á través del sombrío follaje de los castaños, y plateaba vagamente entre las hierbas la superficie inmóvil del antiguo estanque. Era una escena de una paz y de una melancolía profundas.

—Felipe, dijo Mr. de Boisvilliers, teneis algo de vuestra madre... Sí, vuestra madre era de imaginacion un tanto novelesca; pero al mismo tiempo era una santa. No lo olvidéis.

—No lo olvidaré, padre mio.

Trascurrió un cuarto de hora sin que se cambiara ninguna otra palabra entre el padre y el hijo, cuyas pisadas estrujando la arena del paseo, era lo único que turbaba el silencio de aquella soledad.

De repente se paró Mr. de Boisvilliers.

—Vamos, hijo mio, dijo tendiéndole la

mano; necesito descansar y me retiro.
¡Adios!

— ¡Padre mio! dijo Felipe con voz sofocada por la angustia. ¡Padre mio! ¿me perdonais?...

Mr. de Boisvilliers lo atrajo hácia sí con una especie de violencia.

— ¡Bésame! dijo, y estrechó convulsivamente contra su pecho al jóven que sollozaba.

Al dia siguiente, al amanecer, se alejaba Felipe de Boisvilliers del castillo paterno, conducido por dos vigorosos caballos que debian llevarle en veinte minutos á la estacion próxima. Dejaba en pos de sí— ¡feliz juventud!— los cuidados, el abandono y el luto, y corría ¡alegremente hácia el porvenir, á través del rocío de los bosques y de la aurora naciente.

Algunas horas despues su padre, con el semblante pálido y los ojos hundidos á consecuencia de una noche de insomnio, se dirigía con fatigoso paso hácia el castillo de La Roche-Ermel. Conforme se acercaba vió hácia el medio de la avenida al conde Leopoldo, que venía á su encuentro.

— ¡Hola! gritó el conde en tono jovial: ¿dónde está el jóven parisiense? ¿No se ha levantado aun?

Mr. de Boisvilliers continuó avanzando sin contestar, y luego que estuvo á dos pa-

sos de su primo le dijo con acento triste y grave:

—Amigo mio, Felipe ha vuelto á Paris.

—¿Cómo ha vuelto á París? dijo el conde turbándose. Pues ¿qué ha pasado? Porque veo que algo sério debe haber ocurrido.

—Y muy sério, repuso Mr. de Boisvilliers acentuando sus palabras. Y tomando la mano del conde,

—Amigo mio, añadió, voy á causaros una gran pesadumbre; el sueño de toda nuestra vida se ha desvanecido. Mi hijo... mi hijo no es digno de la alianza que habíais tenido á bien hacerme esperar para él.

El conde Leopoldo miró á Mr. de Boisvilliers en los ojos.

—¿La rehusa? dijo.

Y como no recibiera respuesta, dejó escapar una especie de gemido, cayeron inertes sus brazos á sus costados y permaneció con los ojos fijos en el vacío. Luego dijo sencillamente:

—A Juana le costará la vida.

II.

Afortunadamente, si Mr. de La Roche-Ermel conocia bien la sensibilidad de su hija, no así todo su valor. Cuando Juana entró algunos dias despues bajo el techo paterno, no pareció tan afectada como era de temer por la decepcion que le aguardaba en él. Verdad es que no llegó á sentirla al pronto en toda su fuerza, porque los padres no juzgaron cuerdo ni conveniente esplicarse abiertamente con ella sobre asunto tan delicado y penoso. Dejáronla, pues, que fuese adivinando poco á poco ella misma la verdad. No tardó por lo demás la jóven en notar cambios estraños en los hábitos tan ordenados de su familia: la flauta de su tio el caballero no hacía oír ya sus melodiosos sonidos en el silencio de la noche, y su tia Angela habia suspendido sus cantares pastori-

les al pintar en su papel vitela. Síntomas todavía mas significativos, la tristeza de su padre y la de Mr. de Boisvilliers, la ausencia no esplicada de Felipe, la reserva absoluta que observaban respecto de ella, y por último, los propósitos que se escapaban á los subalternos, acabaron bien pronto de hacerla comprender la situacion. Quizás tambien su tacto femenino, desarrollándose con la edad, la habia advertido ya de que los sentimientos de su primo respondían mal á los que le habia consagrado ella misma.

Como quiera que sea, cuando llegó á convencerse de que estaba abandonada por el prometido de su infancia, su dolor silencioso y sin lágrimas, al menos aparentes, solo se reveló por una especie de gravedad melancólica que se estendió como un velo sobre su juvenil semblante y se fijó en él. Era un alma sensible, pero demasiado activa para mostrar su herida. Compartió con su tia la direccion de la casa de su padre, y se consagró á ello con una actividad incesante y metódica, como para sustraer cada minuto del dia á las tentaciones y á las flaquezas de su fantasía. Solo una vez hizo una alusion directa á su amargo desencanto. Habia hecho la costumbre de ir todas las semanas á hacer una visita matutina á Mr. de Boisvilliers, y con frecuencia solía pedirle de almorzar. En seguida recorría con él las diferentes piezas

de la antigua casa solariega, que los criados, desanimados como su amo, no cuidaban con el esmero de ántes. Reíase ella del desórden, abría las ventanas, arreglaba los muebles, limpiaba los espejos, sacudía el polvo de las consolas y hacía recobrar momentáneamente la vida y la alegría á aquel sombrío interior. Como el noble castellado, conmovido por sus atenciones, le mostrase un dia su agradecimiento, le miró ella con una espresion profunda.

— ¿No es justo, le dijo, que sea yo en algun modo vuestra hija, puesto que soy causa de que vuestro hijo os haya abandonado?

Mr. de Boisvilliers recibió con mano un tanto trémula la mano que la jóven le tendía, y posó respetuosamente en ella sus labios.

Hácia la misma época se esparció en las cercanías un rumor singular con relacion á Felipe. Ya se recordará que éste ántes de su partida habia informado á su padre de los proyectos que abrigaba. Seguía hablándole de ellos en sus cartas y de su propósito de entrar en el Consejo de Estado, despues que obtuviera el grado de doctor en leyes. Mr. de Boisvilliers no ignoraba que el doctorado exige una preparacion laboriosa, y tenía, por lo tanto, motivo para creer que su hijo estuviese engolfado en sérios estudios de jurisprudencia; pero un vecino suyo tuvo la bondad de

hacerle saber que un periódico especialmente informado de los asuntos de teatro, anunciaba la próxima representacion en uno de los de París de un drama en cinco actos con la firma de Felipe de Boisvilliers, titulado *Fredogonda*.

Esta noticia turbó profundamente al grave anciano, y le habría turbado mas profundamente aun si hubiera conocido las circunstancias accesorias de ese hecho extraordinario, tales como las vamos á exponer á nuestros lectores.

Felipe de Boisvilliers creía con razon ó sin ella tener la vocacion de poeta, y desde que salió del colegio, sin dejar de seguir honrosamente su curso de leyes para obedecer á su padre, había hallado medio de enriquecer la literatura francesa con un número bastante crecido de producciones hasta entónces inéditas, pero que no pedían otra cosa que dejar de serlo. En una palabra, toda su actividad de ingenio, todos sus sueños de gloria y toda su avidez de emociones se habían vuelto decididamente de ese lado, pero habia temido con algun fundamento disgustar á su padre, confesándole sus verdaderas intenciones, y se habia lisonjeado algo ligeramente de podérselas tener envueltas en el misterio hasta el dia en que el triunfo viniera á justificarlas y á llevar su nombre triunfante á los cantones mas escondidos del Perche.

Entre todos los géneros literarios, la literatura dramática era la que mas particularmente escitaba la aficion de Felipe, quizás porque se presentaba á su imaginacion bajo la forma plástica de una actriz célebre, con cuya fotografia tenía adornado su espejo. Llamábase Mary Gerald, y ya se recordará el brillo que proyectó esa estrella sobre una de las primeras escenas de París, ántes de que la Rusia le arrebatara á nuestro fanatismo.

La fascinacion de la comedianta es una mágia tan conocida que parece inútil explicarla, sobre todo á los parisienses, para quienes constituye el principal culto. Pero los parisienses mismos se holgarán quizás de saber que su pasion por las mujeres de teatro no carece de disculpa, y que á ese culto vá unida una fuerte dosis de poesía. La actriz les representa en efecto una especie de mujer que muy rara vez encuentra en el mundo y nunca en el interior de su casa, una mujer que parece exenta de todas las debilidades como de todas las vulgaridades terrestres, una mujer á la que jamás falta nada, ni un diente, ni un cabello, ni el boton de un guante, ni un diamante en la oreja, ni una rosa en el pecho. Parece salir, como una flor, sin defectos, lozana, vestida y adornada de manos de la naturaleza.

No la veis mas que un momento; pero

durante ese momento es perfecta, y cuando desaparece os deja bajo la impresion de algo luminoso y un poco mas que humano. Si la seguís entre bastidores; todavía la veis impregnada en su papel; es todavía una reina, una camarista empolvada, una hada, una diosa rodeada de una aube irisada, blanca y estraña bajo sus ateites, los lábios de escarlata, los ojos grandes y brillantes, una criatura, en fin, emigrada de algun mundo ideal.

Generalmente se complace uno en creer que á la actriz la sigue en la vida privada esa especie de idealidad poética de la que han revestido los prestigios de la escena, y no es enteramente una ilusion, porque, mas ó menos, guarda siempre inconscientemente resabios de los papeles que interpreta, nunca se despoja de ellos por completo, y cuando vuelve á su casa es raro que sus sentimientos, lo mismo que su lenguaje, no conserven algo de la afeccion teatral.

Felipe de Boisvilliers habia, pues, consagrado una adoracion apasionada á la señorita Mary Gerald, y preciso es decir que ese amor del estudiante á la comedianta no carecía de pureza ni de nobleza. Los románticos son delicados y desdeñan los amores vulgares que tientan á la primera juventud. Felipe se disgustó pronto de ellos. Sus sueños eran mas elevados. Admiró los ojos expresivos y la frente inspirada de la brillante

artista, creyó leer en ellos esos poemas infinitos de melancolía y de pasión que turbaban y encantaban su propio corazón, y le dió su vida.

Hizo entónces todas las locuras que caracterizan á los amantes de las actrices y de las reinas; despues de haber aplaudido furiosamente desde su butaca á Mary Gerald, la esperaba á la puerta particular de los artistas, y la veía lanzarse en su carruaje, retirándose feliz por haber sentido el viento de su vestido, y pasaba la noche escribiéndole en verso y en prosa cartas muy elocuentes que no enviaba.

Penetrar, hasta ella, embriagarse en su mirada, en su palabra, en su aliento, llegar á ser su amigo cariñoso y familiar, tal fué ya su único pensamiento. Pero ¿por qué medio? Ya debe suponerse que no admitiría ninguno cuya suposición pudiera lastimar la reputación de su ídolo. Decidió, por último, componer una obra dramática, en la que Mary Gerald tuviese un papel digno de su belleza y de su talento. Podía realmente creerse, sin demasiada presunción, capaz de llevar á cabo esa difícil empresa: habíase preparado á ella de mucho ántes por sus estudios favoritos y su asiduidad al teatro; tenía ya en cartera varios ensayos en ese género, que él mismo había encontrado insuficientes, pero en los que jueces competentes habían

reconocido trozos de verdadero mérito, y en los que habia ido él forniándose poco á poco el gusto y la mano. Despues de largas meditaciones, formuló bajo un plan de su invencion un asunto que le estaba recomendado en cierto modo por la eleccion de un gran poeta, el tipo de Fredegonda, que Alfredo de Musset habia principiado á tratar con el título de *La servidora del rey*. El papel de Fredegonda, desenvuelto por el autor con complacencia, parecía, en efecto, admirablemente apropiado á la especie de gracia sombría y de encanto trágico que distinguía á la persona y al talento de Mary Gerald.

Felipe habia terminado su drama al mismo tiempo que su carrera de leyes, cuando hizo el corto y triste viaje á Boisvilliers, cuyos incidentes hemos referido. Habia llevado á *Fredegonda* en su maleta con el vago designio de leerla á su padre y de arrancar su sufragio por aclamacion. Pero esas veleidades entusiastas no se sostuvieron bajo la fria atmósfera de provincia, y el jóven se contentó con volver á leer para sí mismo el drama, lo cual era mas seguro.

Así que regresó á París, lo sometió á una reunion de amigos, los cuales le predijeron los brillantes comienzos de Augier y de Ponsard: recitó algunos fragmentos de él en salones familiares y obtuvo iguales plácemes. Con estos favorables presagios se decidió á

intentar un golpe atrevido: escribió á Mary Gerald y le suplicó que tuviese á bien oír la lectura de su drama, evitando cuidadosamente toda alusion á los sentimientos que lo habian inspirado. La actriz, interesada quizás por la firma aristocrática de la carta—Boisvilliers de La Roche-Ermel—contestó con dos palabras en una targeta suya: e esperaba al dia siguiente á las cinco.

Esa contestacion sumió al pronto á Felipe en una especie de loca embriaguez, á la que no tardaron en mezclarse locos terrores. Una realizacion tan fácil y súbita de su ensueño le asustaba. ¿Iba á ser juguete de alguna horrible decepcion? Con todo, al dia siguiente á las cinco entraba con su manuscrito en la mano en la casa de la calle de Tronchet, cuyo segundo piso se dignaba ocupar Mary Gerald. Al interrogar al portero creyó ver en la fisonomía de aquel hombre un aire de misterio y de ironía. Subió con el corazon palpitante, y cuando llegó delante de la puerta de la gran artista, su agitacion adquirió una intencidad indecible. Al fin llamó.

Un olor á cocina, y aun á buena cocina, que percibió en el momento en que se abría la puerta, le pareció extraño en aquella poética mansion, y sin embargo le tranquilizó.

Le salió á recibir una doncella jóven, cuyo lindo rostro desdeñoso é impasible deno-

taba una experiencia superior á su edad, la cual miró con frialdad la targeta que le entregó Felipe, introdujo á éste sin hablar en una especie de antesala, y entró con la targeta en la pieza inmediata. Felipe oyó en ella ruido de voces masculinas, y luego una explosion súbita de ruidosas risotadas, á las que sucedió el silencio. Despues de lo cual, reapareció la impasible doncella, y manteniendo abierta la puerta de la sala delante del jóven, le dejó comprender que podia entrar si lo tenía por conveniente.

La sala de Mary Gerald, aunque de corta dimension, respondía bastante bien á la idea que se habia formado Felipe de aquel interior. La tibia claridad de una lámpara de iglesia, colgaduras de color oscuro, destellos de oro y seda, grandes plantas exóticas, un olor penetrante de flores, una forma blanca medio recostada sobre un divan, era realmente lo que él se habia imaginado. Pero lo que no habia entrado en su programa era aquel grupo de tres ó cuatro caballeros de diferentes edades que figuraba á la sazón en el cuadro y que lo desarmonizaban ligeramente á sus ojos.

Con todo, la presencia de aquellos testigos importunos le fué de utilidad: sus risas equívocas sonaban todavía á su oído; habíase despertado su altivez y se presentó bajo esta impresion algo pálido, algo cohibido segura-

mence por su manuscrito, pero por lo demás, con ese aire de príncipe que habia cautivado el corazon de la pobre Juana.

Menos sensible, al parecer, Mary Gerald, dirigió al jóven una mirada de suprema indiferencia, le saludó apénas con un movimiento de cabeza, como si le trajese telas para elegir, y le invitó á que se sentase, despues de lo cual prosiguió tranquilamente su conversacion con su círculo.

Felipe notó con sorpresa, en medio de su turbacion, que ella era jovial, por no decir picante; tenía un lenguaje algo brusco y familiar, una imaginacion fantástica, salidas de niña aguda, escéntrica y mimada. Advirtió tambien que en tanto que hablaba dirigía hácia él sus ojos profundos y como enojados con una especie de curiosidad asombrada.

Pronto hizo decaer la conversacion y su pálida faz tomó una espresion de aburrimiento. Los tres ó cuatro caballeros de diferentes edades, que eran todos de maneras distinguidas, se levantaron entónces simultáneamente, le besaron sucesivamente la mano y se retiraron haciendo cortesías.

Ella misma se levantó para acompañar á esos personajes hasta la puerta de la sala, y luego se volvió hácia Felipe, desviando con el talon la cola de su larga bata.

—En verdad, caballero, le dijo, que no comprendo bien este paso que dais: no soy

yo quien recibe las piezas... es mi director.

—Señorita, he querido saber ante todo si os agradaría el papel... De lo contrario renunciaría á la pieza.

—¡Bah! ¿Y por qué? replicó la jóven encogiéndose de hombros y volviéndose á sentar bruscamente. En primer lugar no se representan piezas en verso en nuestro teatro: debísteis haberos dirigido al Francés ó al Odeon.

—Perdonad, señorita; sé que han representado varias piezas en verso en vuestro teatro.

—¡Oh! sí, ¡hace ya de eso mucho tiempo!... Pero sentaos... ¿Y qué? ¿es esa vuestra primera obra?

—Sí, señorita.

—¿Entonces no sois conocido mas que de vuestra familia hasta ahora?

—Únicamente.

La jóven le miró con esa especie de malignidad irónica que la antigüedad atribuía á las diosas.

Luego se inclinó.

—No he querido ofenderos. . ¿Teneis ahí la pieza?

—Vedla aquí, señorita.

—Dejádmela hojear.

Y tomando el manuscrito leyó aquí y allá algunas líneas con mirada atenta.

—Bien, caballero, consiento; leed... Es

algo largo; pero en fin, leed... ¿Vereis bien con esta lámpara?... Acercad la mesa... No, no veis bien.

Y al decir esto se levantó con viveza, bajó la lámpara hasta aproximarla á la mesa, y arrojándose sobre un divan en el que se recostó,

— Leed, dijo.

Alentado Felipe, como no podia menos, con estos preliminares, principió la lectura de su drama. Los que hayan conocido semejante martirio, le concederán una compacion fraternal. Habia llegado á la mitad del tercer acto sin haber obtenido de su auditorio la menor señal de aprobacion ni aun de atencion, ni una palabra, ni un gesto, ni un suspiro. La jóven comedianta, inmóvil, muda, en la actitud de un mármol sobre una tumba, levantaba á penas á largos intérvalos sus largas pestañas azules para lanzar sobre el lector una rápida mirada, despues de lo cual volvía á caer en su amodorramiento. Hubo un momento en que él la creyó decididamente dormida, y sintió correr por sus venas el frio de la desesperacion, el frio de la muerte.

De repente se incorporó la jóven sobre el divan y vino á sentarse enfrente de Felipe, apoyó su codo sobre la mesa, recostó sobre su mano su encantadora cabeza trágica, é inclinada hácia el jóven con los ojos

fijos y húmedos, le escuchó con avidez.

Soñar que se cae en el horror de la nada y despertarse de repente en todo el esplendor de la vida, de la juventud, de la gloria, del amor, tal fué en aquel minuto feliz la sensación del poeta.

En tanto que él terminaba su lectura, conservó Mary Gerald su actitud atenta, sosteniendo sus dedos separados su sien y entrelazando la espesa masa de sus cabellos negros; cuando Felipe cerró el manuscrito vió deslizarse dos lágrimas por sus mejillas. La jóven se levantó, dió lentamente la vuelta á la mesa, dejándose oír el rozar de la seda de su bata, y se paró delante de Felipe.

—Caballero, le dijo en voz baja y algo enronquecida y tocándole los hombros con sus dos blancas manos, ¡teneis gran talento!

Felipe estaba demasiado conmovido para contestarla. Tomó suavemente de su mano el pañuelo con que acababa la jóven de enjugarse las mejillas y lo besó.

—Guardadlo si quereis, le dijo.

No tenia ya su acento resuelto y petulante; su voz habia tomado esa gracia femenina y esas inflexiones musicales que eran en el teatro una de esas poderosass seducciones.

—¡Gran Dios! exclamó como si hablara consigo misma; ¡qué feliz me he sentido!... ¡Es tan dulce dejarse subyugar por el encanto, admirar, amar, tener fé en algo!

Echó un poco atrás su cabeza, y fijando en el jóven sus ojos sonrientes y húmedos añadió:

—¿No es verdad, Mr. Felipe?

Felipe iba á contestar probablemente que era de su opinion, pero esta escena, ya bastante agradable y que podia serlo mas, fué súbitamente interrumpida. Se abrió la puerta y apareció la desesperante doncellita.

—Señora, dijo, ahí está el señor conde.

—Bien, que entre, dijo Mary Gerald.

—Desea, dijo la imperturbable doncella, hablar á la señora en particular.

—¿En particular?... No lo permitiré. Que pase adelante.

Presentóse entónces en la sala un hombre de unos cincuenta años, de elevada estatura y de aire magestuoso, el cual enseñó todos sus dientes en una sonrisa expansiva, puso una mano sobre su corazon, é inclinándose hasta el suelo.

—Perdonad, querida hermosa mia, dijo, pero os traia la contestacion de San Petersburgo.

—Bien, ¿y qué?

—Os ofrecen cuarenta mil francos fijos, ciento cincuenta francos de gajes y un beneficio.

—No es de despreciar, dijo Mary Gerald. Pero ya sabeis que tengo una indemnidad.

zacion de ochenta mil francos pendiente con Lafosse.

El conde se inclinó otra vez hasta tocar casi en la alfombra, y mostró de nuevo sus dientes relucientes.

—Eso no sería una gran dificultad, dijo.

—¿Los traeis ahí? dijo la jóven en tono de burlona altivez. De todos modos, he cambiado de idea. Ved aquí á este caballero que acaba de leerme un drama en el que tengo un papel magnífico.

—¡Ah! dijo el conde, el cual, poniéndose de nuevo la mano sobre el corazon, saludó profundamente á Felipe de Boisvilliers, y le hizo igualmente el honor de mostrarle los dientes.

Felipe le devolvió su reverencia con gravedad, arrolló el manuscrito de *Fredegonda* y se preperaba á despedirse.

—Pero, caballero, le dijo la actriz, tened que dejarme vuestro drama: quiero recomendarlo yo misma á Lafosse... ¿Conocéis Lafosse?

—Lafosse?

—¿Sí, mi director.

—No, señorita... ¿Puedo preguntaros qué clase de hombre es?

—¿Lafosse? No es un hombre... Es un saltimbanquis; pero precisamente porque es un saltimbanquis y no sabe ortografía, tendrá gran placer en representar una pieza en

verso para darse aires de literato... Hasta la vista, caballero.

—Señorita, estoy realmente confundido...

—Por mis bondades.. es natural. Pasadlo bien, caballero.

Felipe volvió á su casa lleno de emocion. Durante la noche se despertó varias veces para cubrir de besos un pañuelo perfumado que habia colocado debajo de la almohada. En los intervalos tenía estraños ensueños, unos de celestial dulzura, otros no tan amables.

Aparecíasele Mary Gerald, grave y encantadora como una musa, con los ojos humedecidos por la pasion y el entusiasmo; inclinábase hácia él y murmuraba con su voz melodiosa: «¿No es verdad, Mr. Felipe?» y luego de repente le pedía ochenta mil francos, cosa que le ponía en grave aprieto: como si por una horrible metamórfosis, tomara la apariencia de un oso polar de boca afilada y dientes, que le saludaba irónicamente poniendo una mano sobre el corazon.

Estos sueños agitados resumian bastante fielmente las impresiones que Felipe habia llevado de aquella primera entrevista, que le habia hecho viajar á saltos de la tierra al cielo y del cielo á la tierra, y que le dejaba, por último, deslumbrado, atolondrado, atormentado, celoso de la Rusia y del universo entero; en una palabra, loco enamorado.

Después de dos ó tres días pasados en una ansiedad febril (durante los cuales ni se acordó siquiera del doctorado), recibió un billete muy cortés del director Latosse, que, entre paréntesis, no era un saltimbanquis mas que en el vocabulario familiar de Mary Gerald. Mr. Latosse habia leído *Fredegonda*; el drama le agradaba, y rogaba á Mr. de Boisvilliers que se pasara al día siguiente por el teatro, á fin de arreglar allí la distribución de los papeles, en atención á que se proponía poner inmediatamente en escena aquella obra notable.

Aun cuando en general se exagera mucho la dificultad que encuentran los jóvenes autores para hacerse recibir en los teatros de París, la verdad es que un triunfo tan pronto y decisivo era un favor excepcional de suerte. Felipe de Boisvilliers lo debía en parte sin duda al mérito del drama: probablemente lo debía tambien á la influencia tutelar de Mary Gerald, y por último, á la circunstancia de que el director Lafosse sentía la necesidad próxima de renovar su cartel, no tenía entre manos ninguna obra importante para finalizar su invierno.

Como quiera que sea, una semana después asistía Felipe á los primeros ensayos de *Fredegonda*, y sus versos modulados por los armoniosos labios de Mary Gerald resonaban en su oído como una música celeste. Ya

crónicas de los periódicos anunciaban á son de clarín el advenimiento de un nuevo poeta dramático y alimentaban con su nombre la curiosidad parisiense. El gustaba las dulces primicias de la gloria, y al mismo tiempo conocía el sentimiento de inquietud, de terror y de pudor alarmado, que causa á un alma delicada el gran día de la publicidad. Pero á través de sus emociones literarias, su amor á Mary Gerald era siempre su interés mas vivo, y su mas punzante angustia. La veía á la sazón todos los días en el teatro, á veces en su casa, y cada vez la adoraba mas, aunque en ocasiones se imaginaba aborrecerla. La acusaba, en efecto, de no ser exactamente la mujer que hubiera deseado que fuese, la pura sacerdotisa del arte, tal como se la representaba anteriormente, observando en su vida de teatro una dignidad austera, y regresando á su casa como á un cláustro, inspirándose allí en una soledad estática, sin recibir á ningun profano, á escepcion tal vez de un jóven poeta enamorado. Irritábase y se desesperaba de sus maneras algo libres con sus camaradas de teatro, de su disipacion mundana, de las galanterías familiares que toleraba, de los ramos que la arrojaban, de los amigos que tenía, de los amantes que la atribuían, y lo que habia en esto mas terrible, era que no por eso la amaba menos. ¡Ay! Todo lo contrario.

La actitud de la comedianta respecto de él era por desgracia, propia para redoblar mas aun su pasion y tambien sus sufrimientos. Fuese casualidad ó de intento, se mostraba con él estrañamente caprichosa y desigual. Durante los ensayos, cuando no estaba ella en escena, bajaba alguna vez á las sombrías profundidades de la sala, donde el jóven autor se hallaba sentado solitariamente. Oia él rozar su vestido cuando se deslizaba entre los sillones de orquesta y entreveia en la semi-oscuridad su pálido semblante. La jóven le murmuraba entónces al oido algunas frases de graciosa y casi tierna coquetería.

—Caballero ¿no os helais ahí...? ¿Quereis mi manguito...? ¿Estais contento de mí...? Sí, ¿no es verdad...? Entónces, ¿por qué estais triste? ¿Por qué teneis el aire de meditar un suicidio...? ¡Singular personaje!

Luego se retiraba ella discretamente é iba á recitar en las tablas su papel de jóven reina bárbara. Esto era encantador; pero un momento despues la encontraba tan distraida é indiferente, que su jóven corazon, propenso á la expansion, se replegaba al punto. En ocasiones, y durante varios dias, parecía ella no reconocerle, en tanto que la veia prodigar sus gracias á la turba insustancial de sus cortesanos. Su altivez se indignaba; tomaba la resolucion magnánima de ahogar aquella fatal pasion y nó lo conseguía.

Mary Gerald estaba á la sazón muy preocupada con una representacion que debía darse á beneficio suyo, y que era un acontecimiento parisiense. Debía hacer el papel de *La dama de las camelias*, que no pertenecía al repertorio de su teatro, pero que había sido autorizada para representarlo una vez por extraordinario. Ocurrió un triunfo brillantísimo. Después del último acto, corrió Felipe de Boisvilliers á su cuarto para felicitarla; pero se encontró de tal modo rodeado de corbatas blancas delirantes, que su entusiasmo personal se paralizó en seguida. Mantúvose modesto y furioso á la sombra de un biombo, donde Mary Gerald no pareció echarle de ver. Iba ya á retirarse con la muerte en el alma, cuando ella le llamó.

— ¡Eh! mi autor... quedaos, que tengo que hablaros.

A estas palabras se disipó el oleaje, y Felipe no tardó en quedarse á solas con la triunfante estrella. Esta le miró fijamente con sus ojos brillantes de fiebre todavía, y le preguntó de pronto:

— ¿He estado bien, á vuestro juicio?

— Por mi juicio habeis estado admirable. Os traía mis lágrimas aun calientes; pero todas esas gentes me hielan.

— Todas esas gentes me hielan, repitió ella, remedando su acento con una graciosa mueca. Pero, vamos á ver; ¿puedo coger un

palo para echarlas fuera?... ¡Oh! os comprendo perfectamente... conozco vuestro género. En fin, ya estamos solos; ¿no es eso lo que deseábais? Bien; y qué mas? ¿Qué ventaja encontráis en ello?

— ¡Ay! murmuró el jóven en voz baja y conmovida; ¡son tantas las cosas que querría deciros!

— ¿Es para eso?... Pues bien, no las digais, amigo mio, y creed que valdrá mucho mas.

La jóven principió á despojarse de su traje delante del espejo sin dejar de hablar.

— Sois un jóven muy decente, continuó, un hijo de familia muy bien educado por gentes excelentes, desde luego se vé. Os casareis con una mujercita honrada como vos, porque sois muy honrado, lo adivino. Y bien, ¿qué es lo que pedís? Cosas insensatas. No, escuchad, Mr. Felipe; voy á deciros lo que vamos á hacer. Mañana es domingo y no tenemos ensayo; venid á buscarme á las doce á mi casa é iremos juntos al cementerio de Montparnasse.

— ¿Al cementerio de Montparnasse? repitió Felipe, creyendo si sería aquello una monstruosa broma.

Pero Mary Gerald hablaba con la mayor seriedad, y en tanto que se quitaba los alfileres añadió en tono sumamente conmovido:

— Tengo allí á mi madre, amigo mio,

voy á hacerle una visita todos los meses. Es para mí un placer el ir con vos.

Felipe le dió las gracias por una muestra de confianza tan particular y se sintió realmente conmovido, como lo habría estado á su edad y en su lugar nuestro lector, que se sonríe.

— Y ahora, pronunció la jóven, respetad mi pudor. Besadme los piés y alejaos.

Al dia siguiente estaba Felipe en casa de la actriz algunos minutos ántes de las doce. Se hallaba ya dispuesta para salir: el traje negro que se habia puesto para la ocasion realizaba la elegante distincion de su belleza; tenía el aire satisfecho, cándido y recogido de una jóven patricia que se dispone á realizar un acto de alta devocion.

Hay gran distancia desde la calle de Tronchet al cementerio de Montparnasse, y el jóven se deleitaba ya en la idea de tener una entrevista tan larga á solas con su ídolo, cuando oyó con gran pena que ella pedía un carruaje de cuatro asientos. Llevaba á su doncella. Y hasta esa terrible muchacha dibujó en sus lábios una sonrisa maligna, cuando tomó asiento en el fiacre enfrente de Felipe consternado.

¿Por qué llevaba á su doncella? Esto es lo que no se sabrá jamás, teniendo, como tienen, las mujeres malicias sutiles y profundas cuyo secreto guardan cuidadosamente.

En presencia de aquel testigo subalterno, la conversacion fué naturalmente lánguida, limitándose á lugares comunes, á los que sirvió de texto la representacion de la víspera. Así fué que Felipe, que se habia forjado no pocas ilusiones con motivo de aquel pequeño viaje, vió no sin placer los cipreces y las piedras tumularias que anunciaban su término.

Con todo, Mary Gerald dejó á la doncella en el carruaje, saltó ligera á la ancha acera que rodea la cerca del cementerio, y se detuvo delante de una de esas tiendas en que se venden coronas de siemprevivas, flores simbólicas y objetos túnebres de cristal.

—Habia pensado, dijo con aire meditabundo, traerle los ramos que me arrojaron anoche en el teatro; pero no... no deben mezclarse los géneros. Violetas y alhelíes, eso es lo que corresponde: mi madre era muy sencilla. Compradme violetas y alhelíes, caballero, y pagadlas de vuestro bolsillo, con vuestro propio dinero, porque así lo quiero... y además esa corona de boj con pensamientos por dentro... esa... gracias.

La jóven pasó el brazo por la corona, seguida de Felipe, que se habia encargado de los ramos, entró en el cementerio. Después de dar algunos pasos por la avenida principal, se internó en el espeso dédalo de las tumbas y se deslizó serpenteando con pié ligero por los estrechos senderos, sin perder ni

momento la gracia flexible de su andar. Detúvose al fin delante de un modesto sepulcro muy modesto que se componía de una cruz de piedra y de un montecillo de césped rodeado de una verja á la altura de poderse apoyar en ella.

—Aquí es, dijo en voz muy baja.

Quitó la corona marchita colgada de uno de los brazos de la cruz, y colocó en su lugar la que habia traído. Luego, volviéndose hácia Felipe para tomar las flores que éste le tendía, le dijo con voz turbada:

—No es de gran belleza; pero es todo lo que pude hacer en mi tiempo, y aun así me costó no poco... Ahora me gusta tal como está.

Esparció con gracioso ademán las violetas y los alhelies por el montecillo; luego se arrodilló en el suelo con un movimiento á la vez sincero y un tanto teatral; apoyó sobre la verja su frente, cubierta con sus manos, y pareció meditar ú orar. Pasados algunos minutos, se levantó, recogió de la tumba uno de los ramos de violetas, y se lo puso en el pecho. Entónces hizo á Felipe una señal silenciosa de cabeza, y continuó su airosa marcha entre las tumbas y las capillas.

Cuando llegó delante del fiacre que los habia traído, pareció vacilar un momento. Consultó su reloj, miró el color del cielo, y dirigiéndose de pronto á su doncella,

—Elena, le dijo; haceos conducir á la calle de Tronchet: yo volveré á pié.

Luego, interrogando á Felipe con la mirada,

—¿Os parece bien? le dijo.

Ella leyó en sus ojos que le parecía muy bien; tomó entónces el brazo de su jóven compañero, se colgó de él como una desposada, y ambos se encaminaron juntos hácia París, siguiendo los boulevares exteriores. Estaba ella alegre y locuaz como un pájaro. Deteníase delante de los terrenos para edificar, delante de las canteras con sus pilas simétricas de leña, delante de los mezquinos bosquecillos que sirven de peristilos á las baterías de aquel barrio, y decía que la encantaba el campo. A propósito del campo, interrogó á Felipe acerca de su país natal y de su familia, y escuchó con afectuoso interés la descripcion que aquel le hizo de los dos antiguos castillos perdidos en los bosques y de sus habitantes, entre los cuales omitió, no obstante, nombrar á su prima Juana. Por la primera vez se sentía en confianza con la célebre artista, y por la primera vez tambien se mostraba á ella con todas las ventajas de su espíritu brillante y generoso, realzado por la elegancia varonil de su persona y por la aureola de su gloria naciente. Ella le miraba á veces con sorpresa, y poco á poco iba poniéndose silenciosa.

Llegaron al boulevard de los Inválidos. Entre varios grandes edificios de aspecto monástico, situados á uno y otro lado, se vé, ó por lo menos se veía entónces, un pequeño pabellon precedido de una praderita y de un jardin; el jardin estaba cerrado del lado del boulevard por una verja y una cortina de lilas; el pabellon, al cual se entraba por una calle lateral, era una construccion de gusto italiano, una *villa* en miniatura, con un solo piso encima del bajo, y un techo plano cercado de una balaustrada de piedra.

Mary Gerald se paró de repente, y se acercó.

— ¡Qué bonito es esto! exclamó: enteramente un nido.

Acercó su rostro á la verja, y se puso á mirar entre las lilas, cuyas hojas desplegabá ya el sol de Abril. En el mismo momento se abrió la ancha puerta del pabellon y bajaron dos personas por la escalinata; eran, segun las apariencias, los amos de la casa, un jóven y una mujer mas jóven todavía, uno y otro de notable distincion, en traje de mañana, muy elegante y esmerado. El jóven, creyéndose á cubierto de miradas indiscretas, pasó un brazo alrededor del talle de la jóven, y se paseó con ella durante algunos minutos delante del pabellon; él la hablaba sonriéndose con una especie de gravedad cariñosa, y ella le escuchaba balanceando cadenciosa-

mente su linda cabeza rubia, y haciendo con sus preciosos lábios gestos de niña. Era una viñeta inglesa; el amor bajo su forma mas delicada, mas graciosa y mas casta.

Habian ya desaparecido tras de una esquina del pabellon y Mary Gerald permanecía todavía con la frente pegada á la verja. Cuando se retiró, observó Felipe que estaba llorosa.

— ¡Dios mio! ¿qué teneis?

— Nada... pero ¡qué felices son esos! ¿no es verdad? De seguro son dos recién casados... Al pronto creí que fuesen hermano y hermana; pero no... hay algo mas acentuado... una cosa que se parecía á vos... creía veros con vuestra honrada mujercita... Es un cuadro que parece expresamente hecho para vos.

— ¡Os ruego que no me habéis tanto de mi matrimonio! exclamó Felipe con cierto mal humor que la hizo reír.

— ¡Oh! bien, dijo ella: no es cosa de que nos enfademos.

Y al decir esto se enjugó los ojos y echó á andar alegremente. Apoyábase algo mas fuertemente en el brazo de Felipe, y al hablar imitaba sin notarlo y por su instinto de cómica, el balanceo cadencioso de cabeza que le habia agradado en la jovencita del pabellon. Ambos habian reanudado su conversacion jovial, animada, expansiva, confiándose,

como dos estudiantes que se avistan en vacaciones, sus gustos, sus simpatías, sus entusiasmos sobre todas las cosas de este mundo. Cuando Felipe la dejó en la calle Royale, delante de la puerta de su costurera,

—¿Habeis notado, le dijo, que hemos hablado de todo... escepto de amor?

—Sí, dijo ella, hemos olvidado... ¡Es una lástima!

Y se alejó.

Se alejó, y Felipe sintió una pena indecible. Escapábasele aquella jóven encantadora y amada para volver al torbellino. París la recobraba. Volvería á hallarla, sin duda, pero nunca tal como acababa de conocerla y de perderla, nunca tan cerca de su corazón, tan dedicada á él solo de una manera tan completa. Aquello habia concluido: caia él en el vacío, en las tinieblas, en la nada, como aquellos pastores de la fábula, que favorecidos un momento por una intimidad divina no podian sobrevivir á ella.

Exaltada su pasion hasta ese punto, era materia dispuesta para la primer locura cuya ocasion se presentara. En semejante caso, rara vez faltan las ocasiones.

A la mañana siguiente tuvo la idea de repetir él solo el paseo que habia dado con Mary Gerald. Volvió al cementerio de Monparnasse y recorrió nuevamente toda la línea de los boulevares acariciando ávidamen-

te sus impresiones de la víspera.

Cuando llegó al pabellon del boulevard de los Inválidos, le sorprendió ver colgado en la verja un cartel que decía:

«Se alquila este pabellon amueblado».

Despues de haber lanzado Felipe una mirada de curiosidad y de recuerdo, iba á pasar de largo cuando le asaltó de pronto un pensamiento que le hizo afluir la sangre al rostro. Vaciló, deliberó algun tiempo, se encogió de hombros y se dirigió al fin á la calle lateral por la que se entraba al patio del pabellon.

Un portero de buen aspecto estaba fumando al sol delante de la puerta.

—¿Se alquila este pabellon? le preguntó Felipe.

—Sí, señor.

—Si no me engaño, estaba ayer ocupado por un matrimonio jóven.

—Sí, señor; los principales inquilinos... un inglés y su mujer que están aquí muy contentos, pero la señora está algo delicada y se van á pasar un año en Italia.

—¿Es decir que se alquilaría el pabellon por un año?

—Por un año primero, y tal vez podría renovarse despues el arriendo, segun las circunstancias.

—¿Puedo verlo?

—Sí, señor.

El pabellon solo contenia cinco ó seis piezas, todas ellas de cortas dimensiones, pero amuebladas con un gusto y una elegancia esquisitos.

Luego que acabaron de recorrerlo, se informó Felipe, no sin ruborizarse ligeramente, del precio del arriendo.

—Diez y ocho mil francos, dijo el portero, pagaderos de contado, ó por lo menos en los tres primeros meses.

Felipe de Boisvilliers recibia de su padre una pension anual de siete á ocho mil francos, y aunque no era muy fuerte en matemáticas, calculó sin dificultad que un alquiler de diez y ocho mil francos escedería bastante á sus recursos. Pidió en consecuencia tiempo para reflexionar, y el portero tuvo la bondad de autorizarle para reflexionar en el jardinito de lilas.

¡Ay! era el peor sitio del mundo que podia elegirse para semejantes reflexiones. Felipe contemplaba en la fina arena de los patios las huellas de los enamorados de la víspera. Representábase á su imaginacion el dulce idilio que habia llenado de lágrimas los hermosos ojos de Mary Gerald. ¿Cómo resistir á la tentacion de realizar el sueño que habia hecho llorar de envidia, de dar á la persona amada esa sorpresa y esa alegría, de acercarse con ella en medio de París en aquel encantador recinto, de trabajar allí al

lado de ella y por ella, de confundir amb en aquella agradable soledad, en aquel amer vergel, sus amores, sus estudios, sus tales, sus jóvenes glorias?

El jóven no resistió y se decidió á alquilar el pabellon. Pero como no estaba enteramente loco y era además en extremo honrado no se decidió á ello sino despues de persuadirse á sí mismo de que tenía un medio seguro de pagar en el plazo requerido ese terrible alquiler de diez y ocho mil francos. Sabía que una pieza de teatro que llega á agarrar, reporta á su autor beneficios considerables: todo le hacía preveer un gran éxito para la suya; pero aun en el caso de que el éxito solo fuera regular, todavía podia considerarse en situacion de hacer frente á la obligacion que contraia, absteniéndose de revelar la. Formado su propósito, pasó al punto á realizarlo con esa especie de alegría febril que se siente en la edad de la fuerza en lanzarse á fondo en una aventura peligrosa sobre todo cuando el amor anda por medio. Dirigióse en compañía del portero á casa de un notario de la calle de la Universidad, donde firmó el contrato de arrendamiento, después de algunas esplicaciones prévias.

Resolvió no ir aquella mañana al ensayo para consagrar á su instalacion el resto del día. Solo tenía que llevar del cuarto amueblado en que habia vivido hasta entónces los pue-

muebles de su uso personal, y con ayuda de su criado, quedó hecha en seguida la mudanza. Estos pormenores le tuvieron, no obstante, ocupado hasta la tarde; pero cuando tomó al fin posesion de su pequeño palacio y se encontró en él dueño y soberano, se le pasó la fiebre, y mientras que respiraba el fresco ambiente en su jardin, principiaron á cruzar por su imaginacion pensamientos melancólicos como bandadas de pájaros tñebres. ¿Qué sucedería si por un evento la señorita Mary Gerald no participaba de su entusiasmo por la combinacion de existencia que acababa de organizar bajo un pié tan oneroso, si le negase su concurso, se le dejara solo en su costoso Eden, si acogiese con desprecio, con indignacion, con mofa la estraña vision que tan ligeramente se le habia metido en la cabeza? Porque, en último resultado, ¿sobre qué descansaba aquel hermoso edificio que habia construido á tanta costa? Sobre algunas palabras, sobre algunas impresiones escapadas al mas voluble de los séres, á una mujer, y á la mas voluble de las mujeres, á una comedianta. ¿Cómo, por otra parte, y en qué términos, darle á conocer sus proyectos, dirigirle una proposicion que implicaba matices tan delicados? No se avería siquiera. En una palabra, antes de la noche habia llegado á concluir con bastante razon que habia cometido un acto de pura de-

mencia... del que no le quedaba mas que pagar la suma.

Durmióse tarde en estas agradables reflexiones; y tuvo el gusto de volver á batallar con ellas al despertarse. Con todo, las aves cantaban bajo su ventana en las lilas, el sol jugueteaba en la pradera, el alegre París matutino se despertaba en los anchos boulevares blancos, y todo esto era muy propio para animar. Felipe recobró su gusto á la vida, almorzó con apetito y se dirigió á su ensayo.

Mary Gerald llegó el teatro casi al mismo tiempo, y así que lo divisó en la sombra de los bastidores, se acercó á él.

—¿Por qué no vinísteis ayer? se apresuró á preguntarle. ¿Habeis estado malo?

—No, dijo Felique, pero estuve todo el día de mudanza.

—¡Ah! exclamó ella con indiferencia: ¿no vivís ya en la calle de Beaume?

—No: supe ayer por casualidad que sequilaba el pabellon del boulevard de los Invalidos, y... lo he tomado.

—¡Cómo! dijo la jóven abriendo sus ojos asombrados. ¡No es posible! ¡Vaya una idea! ¿Y por qué habeis hecho eso?

—Me gusta lo que os gusta á vos.

Mary Gerald, que tenia su generosidad que habia formado en la íntima conversacion de la víspera una idea bastante exacta de

situacion de fortuna de Felipe, sintió un impulso de violenta contrariedad: desde luego comprendió la estension de la extravagancia del jóven, igualmente que el motivo de ella. Frunció sus cejas, le miró de frente, y encojiéndose de hombros,

— ¡Verdaderamente estais loco! le dijo... Os aseguro que estais loco.

Aquel dia estuvo poco feliz en el ensayo, recitando su papel con aire distraido y de aburrimiento. Terminado el ensayo, repitió de nuevo á Felipe, envolviéndose apresuradamente en su abrigo:

— Estais realmente loco... Por lo demás, eso es cuenta vuestra.

— Perdonad, dijo Felipe con altivez: yo nada os pido. Me creo feliz con vivir allí algun tiempo. Es un capricho que no me parece tenga nada ofensivo para vos.

— Sea en buen hora, dijo ella secamente.

Y se alejó.

Aquella noche salia á las tablas. Felipe comió como pudo en un restaurant del boulevard, y luego, despues de haber paseado por dos horas su abatimiento entre la Magdalena y la Bastilla, acabó por entrar en el teatro. Mary Gerald salía de la escena y el jóven tué á llamar á la puerta de su cuarto.

— ¿Quién está ahí? preguntó la actriz.

— Soy yo; Boisvilliers.

— ¡Ah! no estoy visible, amigo mio. ¿Qué ocurre? ¿Qué se os ofrece?

— ¡Oh! nada; no queria mas que daros las buenas noches.

— Pues, buenas noches! gritó la jóven á través de la puerta.

Y añadió con su graciosa risa musical:

— ¡Buenas noches, el hombre del pabellon.

Felipe se alejó, y volvió á su nueva morada á través de los largos barrios desiertos. Su jóven criado, que verosímilmente habia cimentado aquella noche sus nuevas relaciones con el portero, le recibió con aire satishecho.

— Señor, le dijo; ha sido una buena idea la que ha tenido el amo de establecerse aquí. Es esto un verdadero paraíso: un paraíso con todo género de comodidades.

— Está bien; marchaos, dijo Felipe.

Apenas entró en su cuarto se dejó caer sobre un divan, con el cuerpo quebrantado, el ánimo y el corazón atormentados, sintiendo á la vez con todo el ardor de su edad y de su alma las angustias del desencanto, de la humillacion, de la inquietud, y por cima de todo las punzadas de ese dolor profundo que causan los desdenes de una criatura adorada.

Era ya tarde, casi las dos de la madrugada, cuando vino á sacarle de sus dolorosas reflexiones el murmullo de una especie de discusion en voz baja que parecía llegar del

vestíbulo de la escalera: sucedió luego el silencio y creyó oír un ligero ruido de pasos sobre la alfombra. Se abrió la puerta: púsose él en pié y entrevió confusamente á través de su turbacion la silueta sombría de una mujer. Un minuto despues, antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, Mary Gerald estaba de rodillas ante él, levantados los ojos, juntas las manos, y le decía sonriendo.

— ¡Aquí me teneis!

tor de escena, y aquel comprendió que iba á empezar la representacion.

El empresario se habia reservado un palco platea que debian ocupar los dos. Felipe corrió á que se lo abriesen: en el momento en que acababa de sentarse sonaron en el teatro los tres golpes de reglamento. De repente se estableció un profundo silencio, y subió el telon lentamente.

Es ese un minuto espantoso. Desde ese momento dejan de pertenecer al autor su obra, su nombre, su persona, para pertenecer á esa muchedumbre indiferente y burlesca que está allí. No hay retirada, no hay fuga posible: el autor ha entrado en el laminador y tiene que pasar por él todo entero. Si por una inspiracion súbita ve en su obra alguna falta enorme, algun rasgo ridículo, nada puede retirar: si de pronto echa de menos con amargura la paz y la digna oscuridad de la vida de familia, es ya demasiado tarde, y nada en el mundo puede sustraerle al juicio inmediato y ruidoso, al entusiasmo ó á la rechifla de esa terrible muchedumbre que es hoy todo París y que será mañana toda la Francia.

En la hora misma en que el corazon de Felipe latia con ansiedad al impulso de estas violentas sensaciones, otro jóven corazon, á cien leguas de distancia, se hallaba asaltado por una angustia casi igual. Era el de Juana

de la Roche-Ermel. No obstante el silencio absoluto que habia guardado su familia bre el estreno literario y dramático de su primo, se habia enterado ella de él por las indiscreciones mas ó menos involuntarias de los vecinos, y hasta habia hallado medio de averiguar que le prestaran periódicos, de saber exactamente el dia y la hora. Sabia, pues, que ese primo de quien jamás hablaba, á quien conservaba un culto secreto, dar aquella noche su primer combate. No estaba muy poco al corriente de las cosas de su pais; pero su viva inteligencia se habia ocupado no obstante, cuenta muy claramente de la importancia y de los peligros de aquella noche. Por un sentimiento que le hacia el honor, deseaba ardientemente que su primo saliera de ella victorioso, por mas que comprendiese que ese primer triunfo no le serviria mas que afirmar á Felipe en los gustos y en las ambiciones que le habian alejado de ella. Esa generosa jóven soportó todo el peso de su medio de sus ocupaciones, y bajo la apariencia de una gravedad serena, el peso de sus ansiedades. Por la noche no pudo contar con mas: necesitaba un confidente.

Seguida de un antiguo criado de su padre y á pretesto de visitar sus pobres, siguió á la luz de las estrellas la apacible avenida que conducia del castillo á la aldea de La Roche-Ermel. Habia allí á la entrada de la aldea

pequeña iglesia rodeada de verdes tumbas. La jóven entró en ella, se prosternó en la sombra y oró largo rato de todo corazón, vertiendo copiosas lágrimas por él y en contra suya.

Volvamos á Paris. El director Lafosse habia ido á reunirse con Felipe en su palco, y ambos, silenciosos, marcaban y recogian las menores impresiones de la sala con esa refinada susceptibilidad que adquiere el sentido del oido en tales ocasiones. El primer acto de *Fredegonda* fué escuchado sin entusiasmo, pero sin disfavor, y cuando Felipe interrogó á Mr. Lafosse con la mirada, despues que bajó el telon, le respondió éste:

—El público está algo frio, pero nada tiene esto de particular en un primer acto.

Durante el acto segundo ocurrió un incidente desagradable: una tentativa de aplausos oficiales al final de un monólogo de Childerico fué reprimida con enérgicas señales de silencio.

--El público está severo, dijo el director Lafosse.

Y se marchó del palco para no volver.

En el curso del acto siguiente, la sala tomó un carácter decididamente borrascoso: el ruido de las conversaciones particulares principió á acompañar como un bajo continuo la voz de los actores, y en los intervalos de silencio se oyeron bostezos estrepitosos lan-

zados por algunos mal intencionados. Felipe creía sentir el frío de un sudario que le fuera envolviendo poco á poco, y resolvió dar una vuelta por el escenario para ver si podía recobrar allí un poco de confianza y de ánimo; pero solo encontró semblantes inquietos, abatidos y hasta hostiles. Los actores se esquivaban de él; los maquinistas se le reían á su paso. No quiso aguardar á Mary Gerald, que estaba cambiando de traje, y volvió á sepultarse en su fúnebre pa co.

Los dos últimos actos fueron una completa derrota. Un drama merovingio, cuando no se eleva á lo sublime corre gran riesgo de caer en lo ridículo, y llegó un momento en que Chilperico no podía abrir la boca sin provocar arranques de hilaridad en el auditorio. *Fred gonda*, no era, sin embargo, una obra desprovista de mérito literario, pero era una pieza mal compuesta, recargada de tiradas y de trozos líricos, desnuda de acción y de interés. El papel de Mary Gerald, trabajado con una complacencia escesiva, era en particular de una longitud insoportable y hacia del drama una especie de monólogo en cinco actos. En una palabra, era una pieza soñolienta que sucumbía también bajo el peso de su reputación prematura; tanto se había hablado de ella y tanto la habían ponderado de antemano, que el mal humor del público fué proporcionado á su decepción.

Cuando lanzaron á la sala el nombre del autor, enmedio de un horrible tumulto mezclado de risas y silbidos, Felipe de Boisvilliers corrió á lo interior del escenario, como un hombre cuya casa está ardiendo y acude á lo que tiene mas precioso en ella, y subió precipitadamente la escalera que conducia al cuarto de Mary Geral. Desde el extremo del corredor, que estaba atestado de figuras carriacontecidas, la oyó gritar por su puerta entreabierta:

— ¡Nadie! ¡Que no entre nadie! ¡No quiero ver á nadie!

— ¡Ni á mí tampoco? dijo Felipe presentándose en el umbral.

— ¡Ah! ¡Sois vos!... Si queréis...

La jóven se puso delante del espejo, y quitándose con ademan febril sus joyas, sus brazaletes, su diadema, que fué lanzando sucesivamente sobre un divan.

— ¡Ya lo veis! exclamó con vos áspera y violenta; ¡nos hemos equivocado!

¿No creéis que pueda rehabilitarse la pieza? preguntó tímidamente el desdichado jóven.

— ¡Imposible! ¡Jamás!

Hubo una larga pausa, despues de la cual le dijo Felipe:

— ¿Sabeis que debemos cenar?

— ¿Cenar? No hay de qué.

— ¿De modo que no venís?

— Resueltamente no; no tengo apetito...
Dejadme sola un poco, amigo mio, os lo suplico.

— Pues bien, hasta la vista.

Salió Felipe del cuarto, fué á dar las gracias personalmente á cada uno de sus intérpretes, les recordó que les esperaba á cenar no obstante su mala fortuna, y se dirigió é mismo á casa de Brebant.

Ya se comprenderá que los principios de una cena despues de una noche semejante, habian de ser algo frios y embarazosos. Con todo, esa forzada reserva, aumentada todavia mas por la ausencia de Mary Gerald, cedió gradualmente á la escitacion de los buenos manjares al picantillo de los cangrejos á la bordelesa, á los vapores del Chateau Yquem y sobre todo á las atenciones agasajadoras y corteses de Felipe, que, vuelto de su primer estupor, hacía alarde de bien morir.

El público se habia mostrado duro con el drama, y allí se mostraron duros con el público. Un actorcillo que habia hecho el papel de uno de los asesinos juramentados de *Fredegonda*, pero que era un farsante en sociedad, propuso y ejecutó una série de gruñidos en honor de ese público inficionado, es el que habia reconocido, segun decia, á la mayor parte de sus acreedores. Las actrices jóvenes aplaudieron con sus copas.

El grave actor que habia representado

Chilperico, y que era realmente un buen hombre, tomó entonces la palabra con magstad.

—Caballero, dijo á Felipe, tengo ya alguna esperiencia. Pues bien, puedo deciros una cosa, que os habria dicho hace tiempo si hubiera tenido el honor de conoceros mas... Añado que siento profundamente...

—¡Vamos, hombre, despáchate! gritó el actorcillo.

—Pues bien, caballero; continuó Chilperico, ved aquí lo que os queria decir: hay tres cosas en vuestro drama...

—¡Hay, cuatro! dijo el actorcillo.

—Hay, digo, continuó el actor grave, tres cosas en vuestro drama...

—¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Diez! ¡Veinte! ¡Hay la mar! aulló el actorcillo. Hasta las cinco partes del mundo... y la rosa de los vientos.

Levantóse entonces en el colmo de la exaltacion, subió á una silla, y elevando su copa,

—Señoras y caballeros, dijo, y se interrumpió enseguida para imitar el ruido de los silbidos.... ¡chiiss!... el drama... ¡chiiss!... que hemos tenido... ¡chiiss!... el honor de representar... ¡chiiss, chiiss!... es de Mr... ¡chiiss!... Felipe de Boisvilliers... ¡chiiss... chiiss... chiiss!

Despues de lo cual se dejó caer sobre su silla, prorumpiendo en risotadas.

Aquella deliciosa broma, de la que Felipe

tomó el partido de reirse, coronó la fiesta, y serian las tres de la madrugada cuando volvió al boulevard de los Inválidos en un fiacre rezagado. Durante el camino solo le preocupaba una idea en medio del desorden espantoso de su espíritu: ¿encontraría á Mary Gerald en su casa?

En cuanto entró, su primera pregunta fué:

— ¿Ha venido la señora?

— No, señor, dijo el portero, la señora no ha vuelto.

Felipe no pudo creer en tan cruel abandono, y se estorzó en persuadirse de que la habria retenido algun accidente, de que se habria quedado indispuesta en el teatro. En su naufragio se asía con una abstinacion desesperada á esa mano, á ese corazon, á ese encanto, únicos que le sostenian aun encima del abismo. Por largo tiempo estuvo dando paseos por su cuarto, parándose á cada minuto, prestando oidos al menor ruido.

Al fin llegó el dia. Hasta entónces habia opuesto un valor firme á todas las decepciones y á todas las angustias de aquella funesta noche; pero ahora, cuando apareció aquel dia implacable, desvaneciendo como vanos fantasmas sus últimas ilusiones; cuando comprendió que su amor estaba perdido y sumergido con todo lo demás, desfalleció su ánimo, hinchó su pecho un sollozo desgarr-

rador, y brotaron de sus ojos las lágrimas mas amargas de su vida.

Cuando pudo reflexionar, su pensamiento fué para él un torcedor. El desastre era tan profundo, arrastraba consigo, aun aparte de las desesperaciones del enamorado, tantas dolorosas mortificaciones, tantas miserias é inquietudes de todo género, que le asaltó la idea de sustraerse á su miseria por una resolución siniestra. Pero el suicidio, que en nuestro sentir, no es un acto de cobardía ni de valor, lo es al menos de debilidad: es el temperamento moral que sucumbe á una lucha superior á él, cuando las circunstancias se encuentran ser desproporcionadas á sus fuerzas y á su energía. Por abatido que estuviese Felipe, no lo estaba bastante para sentirse débil contra la prueba que sufría, ni para olvidar el honor que su educacion y sus principios de familia le habian inspirado hácia la muerte impía.

Quiso examinar ante todo el estado de sus fondos, porque en eso era en lo que estaba comprometido su honor, y desde ese momento no tenía que esperar de su drama ningun beneficio. Reconoció que el alquiler de su pequeño hotel, los gastos de casa que habian sido su consecuencia, los ramos, la cena y los accesorios le constituian un pasivo bastante considerable.

En el mismo dia escribió á su padre en estos términos:

«Padre mio; mi drama ha sido silbado, me ha abandonado mi querida y debo veinticinco mil francos. Acepto mis pesares, que son grandes, en expiacion de los que os he causado. Cambio de morada, renuncio á la literatura, y os ruego seais bastante bueno para pagar mi deuda. Os abrazo, padre mio, con el mas cariñoso respeto».

Fué á echar él mismo esta carta en el correo, y tuvo al pasar por delante de los carteles de teatro la curiosidad de ver qué habia sido de *Fredegonda*. El anuncio decía que se suspendía la segunda representacion por indisposicion de Mary Gerald.

Al dia siguiente, al recorrer los periódicos, en los que recogió todavía mas de una amargura, supo por ellos que la jóven comedianta habia pagado su indemnizacion á su director y marchado á San Petersburgo, á donde la llamaba un brillante ajuste.

Al otro dia recibió, en compensacion, de su padre un talon de veinticinco mil francos. La carta no contenía nada mas. El jóven comprendió que su padre, antes de devolverle su confianza y su amistad, queria aguardar á que él las mereciese por una séria reforma de su vida. Le dió las gracias en pocas palabras bien sentidas, y le prometió brevemente contentarle.

Pero, aunque libre de uno de sus cuidados mas graves, permaneció mucho tiempo mortificado por su caída y herido en su corazón. Fué á refugiarse en Saint-Germain, donde pasó una parte del invierno, no pudiendo sacudir su desaliento y difiriendo de día en día el volver á sus relaciones y á sus estudios.

Era el año de la guerra fatal con Alemania. Tan pronto como estalló, sintió Felipe como un grito de resurrección. A fines de julio era informado Mr. de Boisvilliers de las resoluciones de su hijo por este billete:

«Padre mio, acabo de sentar plaza por todo el tiempo que dure la guerra en el 2.º regimiento de zuavos. Estoy seguro de que aprobareis mi resolucion. Mañana me reuno á mi cuerpo en Chalons. Os escribiré todas las veces que pueda».

A contar desde ese dia, trascurrieron seis meses mortales sin que el padre y el hijo recibiesen la menor noticia uno del otro.

This is the first of the two
 parts of the book. The second
 part is the history of the
 Republic of the United States
 of America. It is a history
 of the people of the United
 States, and of the government
 which they have established.

The first part of the book
 is a history of the United
 States, and of the government
 which they have established.
 It is a history of the people
 of the United States, and
 of the government which they
 have established. It is a
 history of the people of the
 United States, and of the
 government which they have
 established. It is a history
 of the people of the United
 States, and of the government
 which they have established.

IV.

El hambre venció á París: la paz tué
cha.

En el piso bajo de una alquería aislada, á
gunas horas del Mans, se halla tendido un
ven en un lecho de aldeano, colocado jun-
á una ventana. En cuanto cierra los ojos
importunan visiones estrañas, escenas tu-
ultuosas de combate, violencias sanguina-
as á las que se mezclan de pronto fiestas
teatro, luces, mujeres, ruidos de aplau-
s y de silbidos. Pásase una mano por la
ente — la única que puede levantar, — y mi-
hácia fuera á través de los estrechos vi-
ios de la ventana. Fuera es la noche; es
na inmensa série de praderas cubiertas de
eve, con algunas ruinas negras aquí y allá;
un silencio sepulcral que cruzan, á inter-
alos, largos ladridos de perros asustados;

es la tierra desolada de la pátria.

¡Pobre Felipe! Todo se le aparece bien sombrío. ¿Y su padre? ¿Ha perecido también en el desastre profundo? Si vive, ¿cómo le ha abandonado por tanto tiempo? Y sin embargo, él se ha conducido valerosamente, se ha batido con denuedo. Tiene la conciencia, la seguridad de ello: bien ha expiado las primeras faltas de su juventud. ¿Por qué, pues, su padre le deja allí solo, herido, moribundo? ¿Por qué no viene? ¡Oh! si viniese... si viniese...

Viene y está muy cerca. Ha recibido la última carta de su hijo ¡ay! la última solamente, por el desorden de esos terribles tiempos. Esa carta no había disipado, no obstante, todas sus ansiedades, porque llegó á sus manos quince días despues de haber sido escrita. Informábale únicamente de que Felipe vivía y estaba en el ejército de Chanzy en el momento en que principiaba éste su retirada sobre el Mans. ¡Cuántos combates despues! ¡Cuántos muertos! Partió al punto para el Mans, y allí pudo encontrar camaradas de su hijo. Su hijo había quedado herido á distancia de unas diez leguas, en el campo, no se sabía dónde. Echóse entónces á recorrer el camino seguido por los ejércitos, interrogando dia por dia y noche por noche las ambulancias que marcan sus etapas fúnebres. En una aldea llamada Livry sabe al fin que

un jóven oficial herido ha sido recogido allí cerca en una alquería, donde está asistido por el médico de la aldea. ¿Su nombre? No se sabe...

El alba difunde sus primeras claridades sobre la nieve. Una elevada sombra pasa súbitamente por delante de la ventana de la alquería. Los ojos de Felipe se dilatan desmesuradamente.

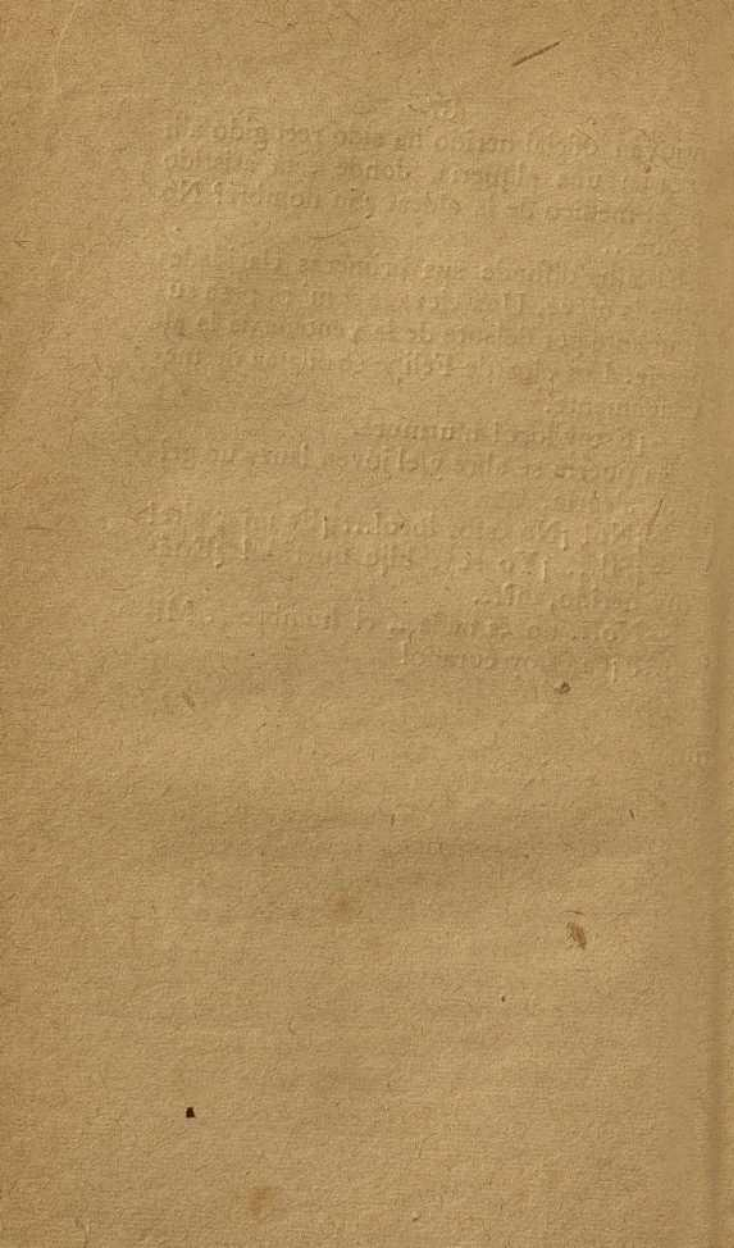
— ¡Estoy loco! murmura.

La puerta se abre y el jóven lanza un grito de alegría.

— ¡No! ¡No estoy loco!... ¡Es mi padre!

— ¡Sí!... ¡Yo soy, hijo querido! ¿Estás muy herido, dí?...

— No... no es nada... el hombro... Mirad... ¡ya estoy curado!



V.

En el otoño del mismo año, en una noche de Setiembre, se representaba en la Opera *Roberto*. La marquesa de Talyas, jóven rubia de rara belleza, ocupaba su palco del lúnes en compañía de su marido, de los señores de Libernay, sus primos, y de otros dos amigos suyos. Al final del tercer entreacto, Mr. de Talyas, que era hombre de porte distinguido y muy elegante, aun á pesar de sus 45 años, interrumpió de pronto su conversacion con Mad. de Libernay y dirigió sus gemelos con extraordinario interés hácia una de las filas de orquesta.

— ¡Calla! exclamó: ¡es mi jóven!

Al mismo tiempo se levantó precipitadamente, tomó su sombrero y salió del palco.

— ¿Qué le ha dado? dijo Mad. de Libernay á Mad. de Talyas.

La jóven marquesa rubia hizo con la mano y la cabeza un ademan de suprema indiferencia, como una mujer que ha renunciado hace ya tiempo á penetrar los secretos de su marido. Con todo, despues de un minuto de reflexion, levantó sus gemelos y fijó su objetivo en los primeros sillones de orquesta. Casi al punto vió á Mr. de Talyas en conversacion animada con un jóven que parecía mostrar la mas viva sorpresa. Como iba á terminar el entreacto, cambiaron ambos un apretón de manos, y un momento despues el marqués de Talyas entraba en el palco.

—No me habia engañado, dijo jovialmente. Es él, mi querido jóven. Mucho me alegro de haberle encontrado... Tan encantador como siempre. ¿Le habeis visto, querida?

—¿Quién? ¿A qué jóven? dijo la marquesa.

—¡A mi jóven del campanario!

—¡Ah! ciertamente, dijo Mad. de Talyas con la mayor calma. Pero contad esa historia á estas señoras, que están en ayunas de lo que pasa, y os tienen por loco.

Todos los concurrentes del palco insistieron en querer conocer la historia del jóven del campanario, y en el momento en que las monjas culpables salian cadenciosamente de sus tumbas, comenzó el marqués de Talyas su narracion en estos términos:

—Ya sabeis que durante esta desdichada

guerra mandaba yo los móviles de mi departamento. Despues de los combates de Orleans habia bastantes huecos en mi batallon: procuré llenarlos lo mejor posible, recogiendo los hombres aislados de cualquier arma que venian á incorporarse á nuestras filas, porque tenía cuadros bastante buenos y pasaba por mantener bastante buen orden en medio de todo aquello... Entre otros se me presentó una mañana un jóven que se habia alistado en los zuavos desde el principio de la guerra: su regimiento estaba prisionero en Alemania: él se habia salvado, no sé cómo, por Bélgica y venía á unírse nos al ejército del Loire... Desde luego me agradó por su buen aspecto y su valor: cuando estaba algo escitado, con sus bigotes al aire, su kepis echado hácia atrás y sus ojos chispeantes, me hacia pensar en aquellos brillantes aventureros de la córte de los Valois... no le faltaba mas que la perla en la oreja... Otra cosa tenía que me hizo quererle mas: tenía la costumbre en toda ocasion, ya fuese en la nieve ó bajo el fuego enemigo, de arreglarse con gran aseo las uñas todas las mañanas... Eso me recordaba la frase de Daur á Beyle, creo que cuando la retirada de Rusia. «Os habeis afeitado, caballero: sois un valiente». Sus camaradas le habian llamado teniente. Durante la retirada sobre el Mans se halló un dia mi batallon en una posicion

bastante difícil... Dejando á un lado explicaciones extratégicas que aburrirían á estas señoras y que además me reconozco incapaz de darles, os diré en dos palabras que estaba yo apostado con mi batallon en una aldea en la que debíamos sostenernos todo el mas tiempo posible. Coloqué una parte de mi gente en las casas y en los jardines y me atrincheré con el resto detrás de una fuerte barricada en la calle mayor de la aldea. En frente de nosotros, como á distancia de un kilómetro, habia un bosquecillo, y dentro de él no pocos prusianos.

Disparaban ellos contra nosotros, y les contestábamos lo menos mas que podíamos con nuestros fusilitos y nuestro cañon; pero su ataque era flojo, y como oíamos al mismo tiempo fuego muy nutrido á nuestra derecha y á nuestra izquierda en el campo, esto inquietaba á mi gente y á mí tambien. El terreno era bajo, poblado de bosques y cortado por vallados, de modo que no podíamos ver lo que pasaba á nuestros costados. En su consecuencia busqué un observatorio desde el que pudiera dominar un poco el país. La iglesia de la aldea, contra la que se apoyaba uno de los lados de nuestra barricada, estaba por casualidad reparándose, y habian dejado una enorme escalera de techar puesta contra la pared. Servíme de ella para subir á una pequeña galería con balaustrada

que rodeaba á la torre á la altura de las campanas. Apenas me ví allí, reconocí que dos aldeas poco distantes que habia á derecha y á izquierda habian sido tomadas, dejándonos solos de centinela: por ambos lados venía el enemigo sobre nosotros, y al mismo tiempo la tropa que teníamos enfrente salía del bosque y pronunciaba su movimiento de avance.

Nos hallábamos cogidos en una red, y no quedaba otro recurso que marcharnos, si podíamos. Hice la señal convenida á uno de mis oficiales, sonó el clarín, se reunió el batallón bastante á la ligera y emprendió la retirada al paso gimnástico hácia los bosques que teníamos á nuestra espalda. A pesar del pánico se llevaban valientemente su cañon, pero al sacarlo de la barricada en medio de aquel trágico habian derribado mi escalera, que quedó tendida en el suelo. Supongo que creerian que yo hubiese ya bajado, pero desgraciadamente no era así. Habia hecho caso de honra permanecer en mi galería hasta el último momento para dar ánimo á mi gente, y de pronto, cuando quise bajar — y ya era tiempo, os lo aseguro, — me encuentro sin escalera. Llamo, grito, pero tenia el cañon la palabra y mi gente corría de lo lindo. En fin, quedé abandonado en lo alto de mi torre.

—Hubiera querido veros, dijo Mad. de Talyas.

—Pues estaba muy mal allí, continuó el

marqués. Corria gran peligro, y lo que es peor, me creia en ridículo. Tenía el aire de Guignol en su tablado... Afortunadamente los prusianos no conocían mi situacion. Me veian perfectamente, bien lo comprendía, pero justamente porque me veían creían que la aldea estaba ocupada todavía. A no ser así habrían dejado de tirar... Se tomaban un trabajo inútil... y disparaban á mas y mejor, avanzando siempre. Pensaba ya en poner mi pañuelo en la punta de mi sable y parlamentar... Era cosa que me disgustaba, pero al fin pensaba en ella, cuando de repente oigo que llaman desde abajo.

— ¡Mi comandante!

Miro y reconozco á mi jóven señor de los tiempos de los Valois... Habia notado mi ausencia, y volvia á buscarme... él solito.

— ¡Mi comandante!

— ¿Qué ocurre, amigo mio?

— No podeis permanecer ahí.

— Bien lo veo; pero no tengo mas remedio que aguantarme... La escalera está por el suelo.

El jóven lanzó una exclamacion bastante poco parlamentaria.

— ¿No podeis bajar por dentro de la iglesia, mi comandante?

— Imposible, á menos que baje á caballo sobre una campana. De todos modos, gracias, mocito. — Anda y ponte en salvo.

— ¡Esperad un poco! gritó.

Al mismo tiempo le ví saltar por cima de la barricada y ponerse á levantar la escalera caida. Manejar una escalera de esas dimensiones, es para un hombre solo, aun en tiempos ordinarios, una tarea bien difícil, pero cuando hay que hacer la cosa en medio de un fuego endiablado, es un rudo ejercicio, os lo aseguro, y por decirlo de una vez, un trabajo heróico.

Entre tanto los prusianos se presentaban ya á la entrada de la calle y enviaban algunos disparos de metralla contra la barricada abandonada, delante de la cual trabajába el jóven. No pude contenerme mas.

— ¡Vete... valiente mozo! le grité. ¡Vas á hacerte matar!... Echa pronto á correr... que á mí se contentarán con hacerme prisionero.

— Pero mi comandante, es que está ardiendo la iglesia.

Era verdad; una de las granadas habia incendiado la andiamada, que por cierto ardia bien. Confieso que tuve miedo, y dejé hacer al muchacho. Y se lució, por mi vida, porque levantó la escalera. Ya podeis figuraros si me apresuraria á bajar... Al abrazarle, dejó escapar un grito. Tenia el pobre mozo un hombro medio fracturado... En fin, era enérgico como un leon; de modo que logramos llegar á los bosques sosteniendo el uno

al otro... Al día siguiente, como se encontraba en bastante mal estado, hallé modo de alojarle en casa de unos buenos aldeados que me prometieron cuidarle con esmero... Pues bien; no había vuelto á verle despues... Ignoraba su nombre, ya fuera porque no me lo hubiese dicho ó porque yo lo olvidara... Las gentes en cuya casa lo alojé tampoco sabian nada... En fin, juzgad de mi sorpresa y mi placer al divisarle hace un momento en la sala de la Opera... ¡Ved aquí su targeta!

La marquesa tomó la targeta y leyó á media voz:

--Felipe de Boisvilliers de La Roche Ermel.

—¡Cuánto me alegraría de verle de cerca! exclamó Mad. de Libernay.

—Prima, dijo Mr. Talyas, no podeis ser mas pronto complacida... Aquí le teneis.

Despues de semejante prefacio, la entrada de Felipe de Boisvilliers en el palco fué naturalmente un triunfo. La misma madame de Talyas, que no era muy espresiva, hizo un movimiento como para levantarse y le tendió su mano cubierta de un lindísimo guante hasta el codo.

--Mucho celebros tener esta ocasion de conoceros, dijo con una vaga sonrisa.

Sentóse él detras de ella, y la marquesa se puso á interrogarle por cima del hombro.

—¿Habeis tardado mucho en curar de vuestra herida?

—Bastante tiempo, señora. Fui con mi padre á pasar tres meses en Cannes para acabar de restablecerme.

—¿Y estais ya bien del todo?

—Completamente, señora.

—Espero que este invierno nos veremos con frecuencia, ¿no es verdad?

—¡Señora!

—Sois ya algo de la familia... El haber sido hermanos en la guerra es ya un lazo.

—¡Señora!

—Y yo, caballero, dijo á su vez Mad. de Libernay, que era una mujer lindísima, morena, de ardientes ojos, tambien soy de la familia: me atrevería á rogaros que no lo olvidáseis... Mañana á la noche tenemos una pequeña reunion, un asalto, un nada... Si estais bastante restablecido para poder bailar... y aun cuando no baileis... sereis recibido con toda cordialidad.

—¡Señora!

Iba á concluir el entreacto: Mr. de Talyas quiso acompañar á Felipe hasta la puerta de la orquesta, y cuando volvió al palco encontró á sus habitantes ocupados en cantar las alabanzas de su jóven amigo, á escepcion de Mad. de Talyas, la cual, como hemos dicho, era poco espresiva.

Felipe de Boisvilliers, despues de su permanencia en Cannes, habia vuelto á instalarse en Paris, donde el drama terrible de los

acontecimientos habia hecho olvidar su descalabro literario, y donde se sentía además rehabilitado á los ojos de sus amigos por su buen comportamiento durante la guerra. Su padre habia aventurado, en verdad, una tímida tentativa para ver si lograba llevárselo á Boisvilliers; pero habiéndole preguntado á Felipe ruborizándose si se habia casado su prima Juana, Mr. de Boisvilliers habia tenido que convenir en que seguia soltera, en vista de lo cual persistió el jóven en su propósito de volver á Paris á fin de prepararse para los exámenes del Consejo de Estado.

—Os aseguro, hijo mio, le dijo riendo Mr. de Boisvilliers, que vuestro horror hácia esa pobre Juana es una pura manía, porque verdaderamente agrada á todo el mundo.

Pero esta insinuacion dejó á Felipe tan frio é indiferente como ántes, proviniendo su antipatía hácia su prima de profundas impresiones de la infancia, que sabido es lo difíciles que son de desarraigar. Por lo demás, esta pequeña escaramuza en nada alteró su completa reconciliacion con su padre, que desde ese momento no dejó trascurrir dos ó tres meses sin ir á pasar algunos dias al lado de su hijo.

Era la segunda vez que Felipe asistia desde su regreso á una representacion de la Opera, cuando ocurrió su reconocimiento imprevisto con su antiguo comandante; y ¡co-

sa estraña! habia sido atraido aquella noche por el deseo de volver á ver á Mad. de Talyas, cuyo nombre ignoraba á la sazón, pero cuya singular belleza habia llamado su atencion el lunes precedente. Porque las heridas que habia recibido, así en guerra como en amor, no habian calmado el fuego de sus pasiones, y el jóven soldado heróico conservaba en todo su ardor las disposiciones novelescas que tanto habian distinguido al autor de *Fredegonda* y al amante de *Mary Gerald*. No obstante su natural inflamable, ya se comprenderá que su admiracion por una mujer hermosa que solo habia entrevisto una vez en el teatro, no podia haber tomado todavía el carácter de una séria pasion. Con todo, en medio de las impresiones halagüeñas que habia sacado del palco de Mad. de Talyas, no dejaba de sentir cierta contrariedad, como si le molestara haber reconocido en aquella encantadora mujer á la esposa del hombre á quien habia salvado la vida, y que le habia devuelto poco mas ó menos el mismo servicio. Se consoló, no obstante, con la idea de que sería en adelante, como ella le habia dicho, de la familia, que ella sería por lo tanto para él como una hermana, y ya era algo tener una hermana tan agradable.

Al dia siguiente recibió la visita del marqués de Talyas, cuyas maneras francas y leales y generosa cordialidad le causaron viva

impresion. Cuando por la noche volvió á ver á Mad. de Talyas en casa de Mad. de Libernay, trató en conciencia de mirarla bajo un punto de vista exclusivamente fraternal. Pero no tenía ella el aire de una hermana. Tenía el aire de una ninfa, de una hada, de una marquesa, de una querida de rey, de una parisiense, sobre todo; pero no de una hermana.

La marquesa de Talyas tenía á la sazón veintiocho años. Sus hombros finos y sonrosados, su frente pura, sus cabellos de un rubio que tendía ligeramente á castaño, sus dientes blanquísimos, su sonrisa casi candorosa tenía diez y seis años; pero por un contraste que sorprendía, sus ojos eran bien los de su edad y aun de una edad mas madura: la mirada era reflexiva, atrevida, dura, con el brillo azulado y metálico del acero.

Era admirablemente conformada: lo sabia y llevaba siempre, en el baile como en el palco, echado algo hácia adelante su busto. Por lo demás, indolente, hundida y abismada en su sillón; pero en cuanto se levantaba se veía que era una sílfide. Y en efecto, tenía la flexibilidad infatigable de las especies felinas, como tenía su airosa gracia. Montaba á caballo como una amazona de circo, con una intrepidez apasionada; podia seguir una carrera todo un dia y bailar despues hasta la aurora del siguiente, sin mostrar la menor

ciencia de cusancio, risueña siempre y con dientes al aire, como una niña que se divierte... Pero no se divertía.

Felipe dió algunas vueltas de wals con ella, preguntándose qué era lo que podía haber dentro de una mujer de ese modelo; pensaba que preguntárselo mas de una vez le valdria de saberlo. Entre tanto, comprendía que no era una reina de teatro, como la que él había amado en otro tiempo, sino una verdadera reina con sangre azul en las venas y de pura raza hasta en la punta de las uñas.

Mad. de Talyas hablaba poco, con gran precisión; las mas de las veces en tono indigente y arrastrando la voz; otras con acento imperioso y horriblemente seco. Solia tener crueles insolencias.

Como Felipe fuera á verla al dia siguiente, quiso ella presentarle su hijo, que tenia siete ó ocho años. El niño, que era hermosísimo, vino acompañado de su aya inglesa.

— Juan, le dijo Mad. de Talyas; aquí tienes á Mr. de Boisvilliers, que salvó la vida de tu padre: dale un beso.

— ¡Oh! con mucho gusto, dijo Juan corriendo á echarse en brazos de Felipe.

— ¡No es verdad que es guapo mi hijo? dijo Mad. de Talyas, despues de besar al niño á su vez... Pero ¡Jesús! ¿Qué es lo que le ponen en la cabeza, pobre Juan? ¡Qué mal olor despides!... ¡Señorita Mortimer!

El aya se acercó, encarnada como la grana

— ¿Qué pomada le poneis á Juan?

— La mia, señora.

— Pues bien, vuestra pomada apesta, señorita, dijo la marquesa. Y si no, acercaos caballero, añadió dirigiéndose á Felipe y sosteniendo su blanca mano resplandeciente de brillantes sobre los cabellos de su hijo.

Felipe se inclinó para oler la cabeza de Juan.

— Pues no encuentro... dijo este: hasta me parece que huele bastante bien.

— ¡Ya lo creo!... ¡Como que lo que oler es mi mano!

Felipe, que no era ya ningun inocente tuvo al pronto como una vaga idea de que aquella hermosa y deslumbradora mano habia sido servida con algo de complacencia pero al ver la sonrisa candorosa que respaldó al punto en los lábios de la marquesa se reprendió aquel mal pensamiento.

Mr. de Talyas le retuvo á comer. Por la noche la marquesa, á fin de probarle que era realmente de la familia, le dió á tener un madeja de seda que ella hilvanaba con objeto de hacer flecos para una pantalla turca. El, durante ese tiempo, estaba sentado cerca á sus piés en un pequeño taburete, y ella le sonreia con su ingenuidad acostumbrada lanzándole, no obstante, por momentos unas de esas miradas agudas y frias que solía tener.

ner. En seguida se sentó al piano, se informó de si era él músico, y le hizo volver las hojas; luego, para distraerle é infundirle mayor confianza, hojeó con él algunos álbums de fotografías.

Todas esas amenas familiaridades eran evidentemente de parte de Mad. Talyas atenciones insignificantes que ella creía deber al amigo de su marido, y se complacía en renovarlas cada vez que Felipe iba á su casa; pero acompañándolas siempre con una especie de condescendencia aburrida y de una indiferencia desdeñosa, que parecía contradecirlas. Con todo, esa mezcla misma, sin que ella lo echara de ver seguramente, tenía algo que atraía y perturbaba, y el pobre Felipe no tardó en conocerlo.

Hay ocasiones en que el honor manda huir. Tuvo él ese difícil valor; disminuyó sus visitas á la casa, y rehusó bajo diferentes pretextos una ó dos invitaciones. Esto acabó por parecerle estraño á Mr. de Talyas, quien hizo amistosas reconvenciones á Felipe, igualmente que á su mujer, acusando á ésta de haber mortificado y alejado al jóven con sus altiveces y frialdades.

En casa de Mad. de Libernay, donde se bailaba todos los mártes, fué donde se hizo el arreglo. Mad. de Talyas se dignó invitar ella misma á Felipe de Boisvilliers á walsar con ella. Terminado el wals, le llevó la mar-

quesa á un gabinete solitario, y arrojándose sobre un divan á la sombra de la palmera,

—Habeis hecho que me riñan, le dijo.

—¡Cómo, señora!

—Vamos, sentaos aquí y no tengais miedo. Me dicen que he estado adusta con vos.

—¡Vos, señora!

—¿Eso os estraña?... Pues á mí tambien, porque me figuraba haber estado bien amable.

—Siempre lo habeis estado, señora.

—Porque, seguramente, supongo que no esperáreis que fuera á echaros los brazos al cuello.

—Señora, no he tenido motivos sino para felicitar-me de todo corazón...

—Vamos, callad... Es cierto... No he estado bien con vos, lo confieso... y lo he hecho de intento.

—¡Señora! murmuró Felipe cada vez mas cortado,

—Es que no os creia tan sério y razonable como sois. Voy á ser franca con vos, Mr. de Boisvilliers... tal vez demasiado franca... Ya comprendereis que no he llegado á mis años sin haber adquirido cierta esperiencia... á veces bien penosa. Pues bien, caballero, cuando me fuísteis presentado... despues de todas esas circunstancias... dije entre mí:

«Este es un jóven que por la fuerza mis-

ma de las cosas va á estar conmigo en la mas estrecha intimidad... va á hacerme la córte... y eso no estaría bien. Ha salvado en cierto modo la vida á mi marido... y estaría muy mal, sería poco delicado, ¿no es verdad? »

— Os aseguro, señora...

— Pues bien: es preciso no darle la menor tentacion de incurrir en esos extravíos... es preciso estar muy en guardia... Eso fué lo que me dije á mí misma, Mr. de Boisvilliers, porque os creía un jóven de corazon ardiente, apasionado, amigo de aventuras, como tantos otros... Pero no es así; sois un jóven sensato, comedido, respetuoso; en una palabra, honrado... Y me alegro infinito, porque así podremos entendernos.

Y diciendo esto, desplegó lentamente su hermoso brazo desnudo, y tendió la mano á Felipe.

— Mi esperiencia, prosiguió ella con su candorosa sonrisa, mi desdichada esperiencia, Mr. de Boisvilliers, me ha enseñado á desconfiar mucho de la amistad de los hombres. ¡Oh! nada hay mas desagradable que creerse á cubierto bajo ese pabellon neutral, y ver de pronto al pretendido amor cambiar de papel y entrar en campaña... Esto quita toda amenidad á la vida... y es una lástima, porque sabiendo contenerse, nada habría mas dulce que esas buenas amistades, sobre todo para las mujeres, que por carác-

ter, como por deber, son incapaces de todo otro género de sentimientos. En cuanto á mí, ya habia renunciado á ello, pero en fin, consiento... puesto que se presenta una ocasion que parece propia para realizar esa quimera, si es que puede ser realizable. Vuestra amistad con mi marido, y por consiguiente conmigo, es de naturaleza tan particular, vuestro carácter personal parece además tan escepcionalmente honrado, que podria intentarse un ensayo. ¿Qué pensais?

Felipe nunca se hubiera atrevido á manifestarle semejante pretension; pero lo que ella le proponía era precisamente lo que mas deseaba en el mundo con toda la sinceridad de su alma. Era, en efecto, admirable, pues entabladas sus relaciones con Mad. de Talyas en ese pié de amistad, continuarían siendo para él un encanto y cesarían de inquietarle. Si por acaso sus sentimientos hácia ella llegaran á traspasar los límites prescritos, nunca iria demasiado lejos su extravío, sostenido y calmado por esa mano tan tranquila, tan franca y tan leal.

Dió las gracias á Mad. de Talyas con emocion, y ambos se separaron grandes amigos. Desde ese momento creyó Felipe poderse abandonar con toda seguridad al encanto de sus relaciones con tan esquisita persona.

Tan seguro estaba, en efecto, con ella,

como podia estarlo en el fondo de alguna selva vírgen con la garra de una pantera sobre el pecho.

La verdadera y pura parisiense en su completo desarrollo, es un ser extraordinario. En este estraño invernadero de París, la niña es una jóven, la jóven ya una mujer, y la mujer un mónstruo, mónstruo encantador y temible. Es un cuerpo en general casto, pero un espíritu profundamente gastado y refinado.

En medio de este gran movimiento parisiense, en los salones, en los teatros, en las exposiciones de todo género, han pasado ante sus ojos y cruzado por su inteligencia todos los paises y todos los siglos. Ella conoce sus costumbres, sus pasiones, sus virtudes y sus vicios, revelados y poetizados por el arte bajo todas sus formas, y todo eso fermenta á la vez dia y noche en su cerebro sobreescitado. Todo lo ha visto, todo lo ha adivinado, todo lo ha imaginado, todo lo ha codiciado: está al mismo tiempo cansada de todo, curioso de todo. A veces se conduce bien, otras mal, sin gran gusto por el bien ni por el mal, porque sueña con algo mejor que el bien y algo peor que el mal. Esa inocente no se halla muchas veces separada del desenfreno mas que por un capricho y del crimen mas que por una ocasion.

Tal era la marquesa de Talyas. Su mari-

do, que por lo demás era hombre de talento, habia pretendido hacer de ella una especie de matrona romana, y se lisonjeaba de haberlo conseguido. Tenia sobre este punto ideas profundas, que no se recataba de comunicar á sus amigos. Nosotros, decia, pervertimos á nuestras mujeres, despertando con demasiada viveza sus pasiones. No las respetamos lo bastante. Los romanos no eran mas ángeles que nosotros; pero cuando tenían caprichos de amores poéticos y dramáticos, nunca mezclaban en ellos á sus mujeres, pues para eso estaban las hermosas esclavas griegas. En cuanto á sus mujeres, las trataban como á santas, y de ahí resultaba que eran santas efectivamente.

Para conformarse Mr. de Talyas con estas teorías, habia observado siempre en su intimidad con su mujer una grande etiqueta, reservando sus expansiones para las esclavas griegas; pero la marquesa lo sospechaba y no le parecia bien.

¿Habia tenido amantes? Lo ignoramos. Es posible que el refinamiento mismo de su imaginacion y su desden á lo vulgar, la hubiesen preservado de los amores volanderos. Verdad es que se hablaba de dos desdichados jóvenes á quienes habia amado veinticuatro horas, haciéndolos en seguida relegar á consulados lejanos, no pudiendo arrojarlos al Sena; pero ese era un rumor que podia

muy bien atribuirse á la malevolencia, teniendo la marquesa por enemigos á todos los hombres que no habian podido agradarla, sin contar á todas sus amigas.

Como quiera que sea, desde el momento en que la casualidad introdujo en su casa al jóven que los relatos de Mr. de Talyas le habian presentado hacía tiempo bajo un aspecto singularmente seductor, tuvo la tentacion perversa de emplear todas sus artes para trastornar el juicio de aquel caballeresco personaje. Esto le pareció en un principio simplemente original y divertido; pero habiendo encontrado mayor reserva y resistencia de lo que habia esperado, no tardó en tomar con pasion su juego, sin cesar por eso de proceder con trío método, como un táctico que sabe unir la ciencia á la inspiracion.

En virtud del pacto de amistad entre ambos concertado, se impuso ella desde luego el deber de manifes ar á Felipe una absoluta confianza, que consistía en hacer que le contara él todos sus secretos y en no decirle ninguno de los suyos. Así fué como supo muy pronto toda la vida del jóven, sus amores con Mary Gerald, sus relaciones poco íntimas con su familia y —lo que querríamos callar para honra de nuestro héroe— la historia misma de su prima Juana. Era realmente una falta grave de su parte el diver-

tir á aquella hermosa y burlona parisiense á espensas de la pobre niña, de su encogimiento provinciano, de su pasion desgraciada hácia su ingrato primo. No; eso era mal hecho; pero estaba la marquesa tan encantadora al escuchar todo eso con su aire de curiosidad candorosa, tenia una manera tan seductora de arrancarle sus mas íntimas confesiones, diciéndole fijos sus ojos en los del jóven: «¿y qué mas? ¿y qué mas?»...

¿En qué venía á parar á través de todas esas inocencias, la buena y sencilla amistad? No es difícil adivinarlo. Felipe estaba locamente enamorado de su amiga, y sus sentimientos de honor se alarmaban mas que nunca. Ocurriósele entónces una idea bien estraña y que no dejó de preocupar seriamente á Mad. de Talyas en medio del gran placer que le causaba una situacion tan tirante. Se le puso en la cabeza hacer la córte á Mad. de Libernay, morena agraciada y viva y que no parecía mal dispuesta en su favor. Afortunadamente, no habia salvado la vida á Mr. de Libernay y no tenia por ese concepto ningun escrúpulo extraordinario. Verdad es que no amaba á Mad. de Libernay; pero ésta tenia para él ese atractivo singular que inspiran los íntimos y familiares de la persona amada. Vivía ella junto á la rosa... tenia el aroma, el acento, los giros de frase de Mad. de Talyas. Por último, era bonita.

El jóven llegó á persuadirse de que con un poco de valor no sería imposible esa diversion y le sería saludable. Principió, pues, con esa idea, mostrándose muy asiduo con madama de Libernay.

Esto no pareció disgustar á ella, ni tampoco á Mr. de Libernay; pero en cambio, cosa que sorprendió á Felipe, pareció disgustar soberanamente á Mr. de Talyas. Cierto es que Mad. de Libernay era prima suya; pero en fin, Felipe pensó que estendia algo lejos su cuidado y su vigilancia de buen pariente y no halló justa la frialdad sensible que notaba en el trato del marqués respecto de él. Lo sintió realmente; pero fuerte en su conciencia, no por eso dejaba de proseguir sus designios, cuando un dia le dijo la marquesa de Talyas:

—Caballero y amigo, no procedeis cuerdamente.

—¿Por qué, señora?

—Habeis hecho una buena accion en vuestra vida y estais á punto de echarla á perder, de perder todos sus beneficios.

—No lo entiendo.

—Vamos á ver, si hubiéseis salvado la vida á un hombre, no pensaríais en atraparle la mujer, ¿no es cierto? Pues bien, lo que venis meditando hace algun tiempo no estaría mejor hecho... porque eso le sería igualmente desagradable.

Esta revelacion inesperada, sobre todo en boca de quien la hacía, apartó al punto á Felipe de sus amores artificiales y volvió á sumirle por completo en su pasion verdadera, con alguna experiencia de mas y algunos escrúpulos de menos, porque desde aquel momento no era ya solo para él Mad. de Talyas una mujer encantadora entre todas, sino además una mujer desgraciada, á quien sería hasta casi un deber consolar.

Mr. de Talyas no tardó en advertir que su jóven salvador habia abandonado toda su pretension á los favores de Mad. de Libernay. Agradecióselo en extremo y redobló hácia él sus atenciones amistosas. Le presentó en su círculo y le invitó á que fuera á pasar unos quince dias en familia en una posesion, llamada la Ruette, que tenia cerca de Rambouillet, á una hora de París. La marquesa tenia horror al campo, pero por complacer á su marido acostumbraba pasar todos los años una temporada durante la estacion de la caza en la quinta de la Ruette y morirse allí de las idiosincrasias por un mes ó seis semanas. Este año no debía aburrirse.

Los marqueses de Talyas partieron para la Ruette á principios de noviembre. Pocos dias despues se les reunieron allí varios amigos, entre los que se contaba Felipe de Boisvilliers. En la intimidad continuada de la vida del campo, pudo la marquesa proseguir

á sus anchas la partida cruel que habia empuñado contra el corazon y el honor de su jóven amigo. Mr. de Talyas y la mayor parte de sus huéspedes pasaban los dias cazando; pero Felipe, á quien su herida reciente obligaba aun á cuidarse, no podia tomar sino una parte moderada en sus fatigosas escursiones. Quedábase, pues, con frecuencia con las damas, entre las que se indignaba de ver á Mad. de Libernay, cuya presencia en la quinta le parecía un ultraje á Mad. de Talyas.

Esta, no obstante, soportando esa injuria con tranquila resignacion, atizaba un dia y otro con sus lindas manos, bajo el velo de su pérfida amistad, la llama en que habia envuelto á Felipe y en la que principiaba á sentirse prender ella misma. Veinte veces durante sus paseos solitarios por la arboleda del parque, y durante sus largas conversaciones ó sus largos silencios á la caída de la tarde, al amor de la lumbre en el hogar, habia estado él á punto de arrojarse á sus piés. No era ya ni el honor lo que le detenía; la passion, cuando hay la desgracia de dejarla seguir su curso, acaba por tener terribles compromisos, y poco faltaba para que Felipe no se creyera obligado á vengar á Mad. de Talyas de la traicion de su marido, en los momentos en que tenia él mismo la traicion en el corazon. Lo que le detenía era el respeto á la que amaba, el temor de ofen-

derla, la fé profunda que tenía en su candor y en su inalterable pureza.

El 20 de noviembre era el aniversario del natalicio de la marquesa. Mr. de Talyas, que aparte de sus aventuras galantes, guardaba á su mujer las mayores atenciones, acostumbraba celebrar ese dia con una pequeña fiesta. Se convidaba á algunos vecinos, se organizaba un baile para las gentes de la aldea, y hasta habia fuegos artificiales. Aquella noche, segun la costumbre, se habia colocado el árbol de pólvora en una pradera del parque frente á las ventanas del salon principal. Todos los convidados á la fiesta, al levantarse de la mesa, se habian puesto sus gabanes y sus abrigos y habian salido al parque y á la pradera. Los hombres fumaban y las mujeres examinaban curiosamente los aparatos de los fuegos. Cuando se elevaron los primeros cohetes silbando hácia el cielo oscuro, Mad. de Talyas sintió algo de frio y volvió al salon, al que se entraba por el mismo parque, diciendo que veria los fuegos desde las ventanas. Al pasar cerca de Felipe,

— Y vos tambien, dijo en voz alta, haríais bien en entrar á causa de vuestro hombro.

Siguióla él al salon, y se situaron ambos en una de las ventanas altas. Pero la luz de las lámparas que ardian en el interior, impedían ver los fuegos de fuera. Mad. de Talyas rogó á Felipe que llevase las lámparas á la

pieza inmediata. El jóven obedeció y volvió luego á ocupar su puesto detrás de la marquesa.

La fiesta de pólvora continuaba con sus cortas intermitencias, y el salon se iluminaba á intervalos con una luz fantástica para quedar luego en tinieblas. En frente de la ventana, en el fondo del salon, habia un ancho espejo, en el que se reflejaban los resplandores.

La marquesa estaba de pié, inmóvil y silenciosa, en magnífico traje de baile, desnudos sus hombros, cruzados sus brazos sobre el pecho. A cada inundacion de luz, su encantadora forma se destacaba en graciosa sombra sobre un fondo de apoteosis.

Un momento despues apenas la distinguía Felipe, oyéndola solo respirar con una especie de opresion anhelosa. Cuando se elevó como final la caja de cohetes voladores, dejando caer al rededor suyo una lluvia de diamantes, rubíes y esmeraldas encendidas, se le apareció un momento bañada en un esplendor extraño y como coronada de estrellas: luego quedó todo en tinieblas. Despues de un minuto de silencio sintió Felipe que se volvía hácia él la marquesa.

—No veo, dijo esta en voz baja.

El jóven le tendió una mano para guiarla: ella la tomó, y atrayéndole dulcemente, le asió tambien la otra.

—Decidme, mu^r muró con voz sofocada mientras que su aliento rozaba el semblante del jóven: ¿no es verdad que es bella cosa la amistad?

Esta tué la última vez que se pronunció entre ellos esa palabra.

VI.

Un moralista humorístico ha dicho que el amor no era mas que el deseo mas ó menos perfeccionado por la literatura. Resultaria de esta máxima, dado que fuese fundada, que una pasión satisfecha es una pasión disminuida, en tanto que llega á ser una pasión estinguida. Pero sin duda hay en esa cruel afirmación algo demasiado absoluto, puesto que Felipe de Boisvilliers, algunos meses despues de la escena de los fuegos artificiales, estaba aun aturdido, deslumbrado, fascinado por su buena fortuna. Su aventura realizaba en verdad plenamente los sueños mas ambiciosos de su imaginación novelesca. Era realmente el amor tal como él lo habia concebido, el amor poetizado hasta el mas alto grado por la belleza y la distinción de la que era objeto de él, reavivado sin cesar por las

dificultades, los contratiempos y las contradicciones, encantado por el misterio, dramatizado por el peligro.

La marquesa de Talyas tenía en reserva un fondo de pasión que por largo tiempo comprimido, se difundía ahora como lava. Amaba ardientemente á Felipe y había entre las maneras altivas y glaciales que ostentaba en sociedad y el abandono que mostraba á los piés de su amante, un contraste embriagador.

Profesando el principio, como la duquesa de Longueville, de que los amores sin cartas son amores de escalera abajo, exigía que Felipe le escribiera los días en que no pudieran verse. Felipe, que escribía bien, se prestaba de buen grado á ese capricho, sin disimularse, no obstante, que á cada carta que escribía, comprometía su vida: pero sentía alguna satisfacción al pensar que era así, porque le parecía, bien erróneamente por cierto, que al arriesgar su vida salvaba su honor. La marquesa, que sabía como él que su marido era incapaz de transigir en semejante materia, se veía obligada á recomendarle la prudencia en sus relaciones con Mr. de Talyas, á quien le costaba gran trabajo tratar ahora con tanta cordialidad como antes. Hasta le predicaba en este punto con una libertad de ánimo y de lenguaje que no dejaba de chocarle un poco, porque no le

gustaba que mezclara ella el nombre de su marido en sus conversaciones, y evitaba cuidadosamente él mismo pronunciarlo. Pero las mujeres en este particular carecen de gusto.

Es de advertir que esas impresiones y esos escrúpulos, en vez de debilitarse con el tiempo en Felipe, tendian á agravarse, y que conforme iba este habituándose mas á sus amores, se habituaba menos á sus remordimientos. Tambien es de notar que su sensibilidad en este punto pareció acrecentarse á consecuencia de un viaje de un mes que Mr. de Talyas hizo á Inglaterra, y durante el cual la marquesa y Felipe tuvieron mayores facilidades de verse y de tratarse. Desde aquel momento sintió una repugnancia mas viva que nunca á estrechar la mano del hombre caballeroso á quien estaba engañando.

Por una fatalidad singular, Mr. de Talyas se aficionaba á él cada vez mas, se interesaba en sus estudios y en su carrera, se asociaba á sus proyectos y usaba constantemente de su elevada situacion personal para procurarle en el círculo de los salones, de los teatros y del *sport*, todos los pequeños servicios que podian contribuir á hacerle mas amena la vida.

Todas estas bondades eran otras tantas amarguras para Felipe, en quien se sublevaba la honradez natural, un momento aletargada

por el hervor de la sangre. Un incidente inesperado vino á poner el colmo á ese justo suplicio.

Estaba un dia comiendo en familia en casa de Mad. de Talyas, y durante la comida observó que el marqués, su mujer y el niño Juan cambiaban entre sí signos misteriosos y sonrisas de inteligencia. A los postres, Juanito, á una mirada de su padre, dejó precipitadamente su asiento y corrió á sacar del cajon de una consola un gran pliego de aspecto oficial que presentó á Felipe con aire de triunfo. Felipe lo abrió sorprendido, y se encontró con una credencial de la Legion de honor, acompañada de unas cuantas líneas amables, felicitándole por su valeroso comportamiento durante la guerra.

Al levantar los ojos vió que Mr. de Talyas estaba de pié y le tendía los brazos sonriendo. Levantóse él tambien y le abrazó, diciéndole con voz ahogada:

—Os doy las gracias... os doy mil gracias... A vos debo esto.

—¡Oh! no tanto, hijo mio, dijo Mr. de Talyas. En primer lugar, á quien hay que agradecerlo es á vos mismo... y luego á mi mujer, porque yo tenia la ingratitud de no pensar siquiera en ello. Ella fué la que me sugirió la idea... Yo no he tenido mas que contar nuestra aventura del campanario, y se hizo la cosa. Con que vamos á ver... ¿es-

tais contento?... ¡Ah! ¡Pues se ha puesto pálido!.. Mirad, querida.

Felipe, volviéndose entónces hácia la marquesa, le besó la mano murmurando algunas frases de agradecimiento. Entre tanto habia ido Juanito á registrar de nuevo en el cajon de la consola y traia esta vez un pedazo de cinta moaré encarnada.

—Vamos, caballero, poneos ahí de rodillas, dijo la marquesa empujando un almohadon que tenia bajo los piés: dame acá, Juanito.

Tomó la cinta, la pasó por el ojal de la levita de Felipe arrodillado ante ella, y anudándola fuertemente con sus dos manos,

—Así, caballero, así, dijo con su sonrisa candorosa.

Y al mismo tiempo, como sus rostros estaban próximos, los ojos de la marquesa le envolvian en sus impuras llamas.

Esta escena tué horriblemente penosa para Felipe. Las mujeres, que llevan muy lejos sus vicios como sus virtudes, viven á sus anchas en la perfidia, como la serpiente en las malezas y se mueven en ella con una flexibilidad tranquila, que el hombre no alcanza nunca. La superioridad de la marquesa en ese arte del disimulo, que es el instrumento del reinado de su sexo, habia escitado con frecuencia el asombro y hasta la admiracion de Felipe; pero esta vez no tué admiracion lo que

sintió. Hasta fué una suerte para él poder esplicar por el aturdimiento de una noticia y de un honor inesperados, la turbacion profunda de que apareció visiblemente poseido en el resto de la noche.

Cuando volvió á su casa tuvo un acceso de verdadera desesperacion. Esa distincion que se le concedia, tan lisonjera siempre, y tan bien acogida, sobre todo á su edad, llegaba á él por manos que la hacian casi odiosa. Sentíase envilecido por una recompensa bien merecida, sin duda, pero solicitada para él por el marido de su querida. Caian los últimos velos con que la pasion habia vendado sus ojos, y le dejaban ver en toda su dignidad su conducta con Mr. de Talyas. ¿No era ese hombre entre todos el hombre cuyo reposo y cuyo honor hubieran debido serle sagrados? Habian sido hermanos en el combate, en el peligro, ante la muerte; le habia salvado la vida, habia recibido de él un servicio igual, y ahora le deshonoraba. Habia en eso algo que traspasaba el límite comun de las traiciones de ese género, algo que violaba la buena fé, la lealtad, el honor en sus mas íntimas, en sus mas santas delicadezas. ¡Al fin lo comprendía! Pero ¿qué hacer? ¿Qué reparacion posible habia? Ninguna en lo humano. ¿Podia al menos cesar en el ultraje y sustraerse él mismo al suplicio de su doblez? No lo podia; habia contraido deberes

hácia su cómplice, y además conocia ahora bastante bien á Mad. de Talyas, para sospechar que era de esas mujeres á quienes todavía es mas difícil y peligroso dejar, que tomar.

No abrigamos la pretension de enternecernos ni de enternecer al lector con esta clase de sufrimientos expiatorios. No hay gran mérito en arrepentirse de una falta agotada y de un amor saciado. Algo es, no obstante, permanecer sensible todavía á ese honor tardío que se despierta despues de la falta, no rechazar sus severas reprimendas, no habituarse á vivir fuera de las leyes. Si esto no repara lo pasado, preserva á veces lo porvenir.

Desgraciadamente para Felipe, lo porvenir no le pertenecía ya mas que lo presente. No se pertenecía á sí mismo: se hallaba en una de esas manos que, como el avaro Aqueronte, rara vez sueltan su presa. Algunos dias despues tuvo ocasion de reconocer, hasta que punto habia llegado á ser precaria su independendencia.

Una mañana recibió del médico de su familia una carta que le participaba una dolorosa noticia. Mr. de Boisvilliers habia sido atacado de una congestion cerebral, y aunque habia desaparecido toda sería inquietud, deseaba ver á su hijo. El enfermo habia añadido dos líneas de su puño al pié de la carta: «Seguia mucho mejor: sin embargo, tendria

el mayor placer en ver á Felipe, que con ese motivo podría felicitar á su prima Juana de La Roche-Ermel, cuyo próximo matrimonio con un vecino se anunciaba».

Estas últimas frases, bien lo comprendió Felipe, tenían por objeto quitarle todo escrúpulo y toda vacilacion respecto de su viaje. Se entristeció al pensar que su padre hubiese creído necesaria esa precaucion.

Dispúsose á partir aquella misma tarde por el tren de Normandía. No queriendo, no obstante, ausentarse de París sin haber informado á la familia Talyas de los motivos de su repentino viaje, corrió á su casa ántes de ir á la estacion. La marquesa pareció mostrarse sorprendida, y aun algo mas que sorprendida, de esa comunicacion. ¿Habia olfateado en la atmósfera algunos signos precursores de entriamiento? ¿Se imaginó que ese viaje era un primer conato de emancipacion? Como quiera que sea, el cerco delicado de sus cejas se tendió en ángulo agudo, miró á Felipe bien de frente y le pidió con interés que le enseñase la carta de su padre. Felipe se ruborizó, se puso luego pálido y fué á buscar la carta. Gracias á ese retraso, no pudo ponerse en camino sino por el tren de la noche.

Durante el viaje absorbieron por completo su espíritu las inquietudes que le causaba la salud de su padre. Llegó á Boisvilliers á

las primeras horas de la mañana siguiente, y tuvo la agradabilísima sorpresa de encontrar á su padre ya levantado y sin conservar otras huellas de su accidente que un poco de debilidad y de palidez. Mr. de Boisvilliers se disculpó afectuosamente de haber hecho venir á su hijo por tan poca cosa.

—Sin embargo, añadió no puedo arrepentirme de ello, puesto que ofrece muy naturalmente la ocasion de poner fin á nuestras pequeñas miserias de familia. Teneis á vuestra prima Juana, cuyo matrimonio con el jóven de Chaville, vuestro antiguo camarada de colegio, parece cosa resuelta. No hay ya razon alguna de bien parecer, que pueda teneros alejado de ella y de todos nosotros. Gracias al tiempo trascurrido y á las circunstancias actuales, podeis desde luego, á Dios gracias, ver sin empacho alguno á los de La Roche-Ermel, y espero tambien veros yo mismo con mas frecuencia y mas comodidad, porque esos viajes á Paris principian á fatigarme mucho.

Mr. de Boisvilliers, despues de felicitar á su hijo por su nombramiento en la Legion de Honor y por el buen éxito de sus exámenes, pues Felipe era ya oidor en el Consejo de Estado, le escitó á no diferir su visita á los de La Roche-Ermel, que seria tanto mejor acogida cuanto mas pronta fuese, y despues de la cual estarían además ambos mas

tranquilos, porque hay que convenir en que este era un paso bastante desagradable, aunque necesario. Mr. de Boisvilliers sentía vivamente, que su estado de debilidad no le permitiera acompañar y sostener á su hijo en esa primera visita.

Felipe, despues que hubo almorzado para cobrar ánimo, se puso en camino hácia el castillo de La Roche-Ermel, el cual, como se podrá recordar, solo estaba á poca distancia de la casa solariega de Boisvilliers, hallándose hasta unidas ambas posesiones por sus avenidas. Por todo el camino, no cesaba de preocuparse con cierta agitacion de la acogida que le harian, y se preguntaba al mismo tiempo qué especie de persona iba á encontrar en su prima Juana. Hacía ya mas de cuatro años que no la habia visto, y los acontecimientos que habian pasado en ese tiempo, eran tan numerosos y graves, que parecian haber duplicado su duracion. Era, pues, en época ya lejana y un tanto oscurecida, en la que contemplaba á esa prima, triste objeto de su aversion y repugnancia desde que habia nacido.

Unas veces se aparecía á su imaginacion tal como la habia dejado la última vez que la visitó en el locutorio del convento, pensionista adolescente, de largas manos, de largas piernas, de grueso talle, con su delantal manchado de tinta; otras se la representaba

— ¡tanto era lo que había envejecido en su imaginación! — con las facciones marchitas y la gorra en forma de tubo de su tía Angela Paula.

En medio de todo esto no dejaba de chocarle algo su próximo casamiento; aunque nunca había pensado en casarse con ella, antes bien todo lo contrario, se había habituado á la idea de que ella seguía muerta de amor por él, y el amor propio es una cosa tan sutil, que el joven no renunciaba á esa ilusión sin cierto asomo de despecho. Además conocía á ese de Chaville con quien se casaba su prima, que era un mozo pesado y vulgar, un fátuo campesino... ¡Bonito matrimonio!... ¡Bonita pareja!... ¡En fin!...

Corrían los primeros días del mes de junio y la mañana era hermosísima. Los olmos de las avenidas de plateados troncos ofrecían al sol de medio día sus altas cimas engalanadas con nuevo verdor. Los vallados y los bordes de los fosos ostentaban en medio de los musgos y los helechos, un mosaico de frescos colores, en el que las amarillas primaverales, los jacintos morados y las violetas de azul claro, se mezclaban con los yeros silvestres medio ocultos en sus capuchones pálidos. De las praderas y de los bosques vecinos se desprendían con murmullos de insectos y razonamientos de juncos, vagos efluvios aromáticos.

Felipe se paraba de vez en cuando para escuchar, para respirar, para evocar recuerdos. A derecha é izquierda de la avenida que iba siguiendo, se abrian barreras que cortaban las cercas por intervalos, dando acceso á praderas y sembrados. Al pasar Felipe por delante de una de esas barreras, no pudo menos de admirar una pradera que se extendia delante de él, y cuyos manzanos estaban todos en flor. Entre los manzanos plantados á distancias brotaba una espesa hierba, esmaltada acá y allá de botones de oro y margaritas blancas. Algunas vacas rumiaban y vagaban en aquellos hermosos pastos, con evidente placer.

Al acercarse mas vió que habia tambien una mujer en medio del prado. Al pronto creyó que fuese alguna criada de alquería que venía á ordeñar las vacas; pero fijando mas su atencion reconoció que no tenía el traje ni el aire de una sirviente. Parecia hallarse en contemplacion delante de una vaca negra y blanca, de pelo y aspecto particularmente distinguidos, y hasta podia creerse que hablaba con ella. De pues se retiró algunos pasos para coger en el vallado plantas verdes y brotes de árboles, y volvió á donde estaba la vaca, á la que ofreció las golosinas que habia recogido para ella. Luego que el animal terminó aquella delicada comida, á la que ella habia asistido con la mayor seriedad, le dió suave-

mente! unas palmadas en el hocico, le acarició su lustroso pelo y se despidió de ella. Entonces se dirigió en línea recta hácia la barrera, tras de la cual estaba parado Felipe.

Segun iba andando, se bajaba de tiempo en tiempo y hundia en la hierba todavía llena de rocío sus dos manos, que sin duda se habian manchado algo al coger en el vallado las plantas para la vaca. Luego las restregaba una con otra y las levantaba en el aire agitándolas al sol como dos abanicos. Cuando solo estuvo ya á corta distancia de la barrera vió de pronto al hombre que estaba allí parado y la examinaba curiosamente. Cesó ella de agitar sus manos, las enjugó con su pañuelo y prosigió su camino.

A Felipe le asaltó desde luego la idea de que se hallaba á pocos pasos de su prima Juana, aun cuando le costaba trabajo conciliar con sus recuerdos la apariencia exterior de la jóven que se adelantaba hácia él. No podia distinguir aun claramente sus facciones, pero le sorprendian su actitud, su porte, y sobre todo, su andar. Llevaba la cabeza notablemente derecha y caminaba con esa especie de dignidad que caracteriza á las razas puras, con la grave elegancia de las jóvenes griegas ó de las hermosas muchachas bretonas. Formaba su tocado un velo de blonda de florones grandes que se habia echado y ceñido sobre su soberbia mata de

pelo y figuraba una especie de tiara á la moda rusa. Luego que estuvo cerca de Felipe reconoció este de pronto su fisonomía, que animaban dos grandes ojos azules y tranquilos. Esos ojos debían ser algo miopes, porque conforme ella se acercaba los guiñaba ligeramente, mirando con aire de sorpresa y altivez disgustada al personaje que se obstinaba en contemplarla tan atentamente.

Felipe, en extremo turbado, la saludó y se inclinó sin hablar.

Ella se paró de pronto, y sus mejillas morenas y pálidas se cubrieron de un débil tinte sonrosado; se recogió por algunos momentos, y luego con acento algo bajo y en tono como de pregunta.

—¿Mi primo de Boisvilliers? dijo.

—¿Soy vos, Juana? murmuró el jóven.

—Sí, primo, contestó ella tendiéndole una mano por cima de la barrera. Mucho me alegro de volveros á ver. ¿Cómo está vuestro padre?

—Mucho mejor, gracias. Iba á vuestra casa.

—¡Ah! dijo ella. Pues bien, voy á acompañaros.

Pasó de la pradera á la avenida y tomó al lado de su primo el camino del castillo paterno.

—Esa hermosa vaca negra y blanca, ¿es

vuestra favorita? dijo Felipe por hablar algo.

—Sí; yo la he criado, y naturalmente, la quiero.

Su voz estaba algo conmovida; pero acostumbrada de mucho tiempo á dominar sus impresiones mas violentas, se repuso prontamente. Habló á Felipe de la indisposicion de su padre, de la guerra, de su herida, y poco á poco le fué quitando todo empacho.

El continuaba, no obstante, mirándola á hurtadillas con verdadero asombro. Y con todo, la metamórfosis que un corto número de años habia operado en ella era bien sencilla. Habia crecido algo, y como sucede con frecuencia á las adolescentes, se habia estirado de pronto su talle. No por eso dejaba de conservar corto el busto y las caderas un poco altas, como las estátuas de Diana.

Aquel dia, para atravesar la hierba húmeda se habia recogido la falda con un broche y calzádose unos pequeños zuecos que producian un ligero ruido á cada paso que daba en la avenida, lo que parecia realzar mas todavía la gracia estraña de su andar.

Sus facciones se habian cambiado tambien muy poco; únicamente su óvalo se habia prolongado algun tanto y afinado. No podia decirse que fuera hermosa: tenia las cejas demasiado juntas, la boca bastante grande, las alas de la nariz un poco anchas; pero

habia encanto en su conjunto; algo sano y robusto que se desprendia de toda su persona; sobre todo, una dulzura exquisita, acompañada de fuerza y altivez. Un leve círculo azulado que sombreaba la parte inferior de sus ojos, y cuyo surco parecia revelar lágrimas secretas, era el único misterio de aquel jóven é ingénuo semblante.

Una vez roto el hielo, su conversacion habia ido animándose por grados, hasta el punto de llegar á ser casi jovial. Estando ya cerca del castillo, la señorita de La Roche Ermel se paró de repente y levantó un dedo sonriéndose para llamar la atención á Felipe. Hallábanse á la sazón delante de uno de los agudos torreones que habia á los lados del pabellon central y del cual salian débiles sonidos musicales.

— ¿Reconoceis la flauta de mi tio? dijo.

— Perfectamente. ¿Sigue, pues, con la misma pasion solitaria?

— Siempre... ¡Pobre tio!... Renunció á ella por algun tiempo, pero volvió luego á su afición, á Dios gracias.

Un momento despues, volvió á detenerse delante de una de las ventanas abiertas del piso bajo, y levantando de nuevo su dedo,

— Ahora la cancion de mi tia... ¿la recordais?... La pastora y Fileno:

Reprime tu ardor, Fileno,
que la sombra, la onda pura,

la brisa del valle ameno
 repiten en la espesura:
 reprime tu ardor, Fileno.

Al recitar la señorita de La Roche Ermel, con algo de énfasis, esta poesía, del almanaque de las Musas, hacía tal vez irónicamente aplicación de ella á su primo, cuyo ardor, como sabemos, no habia necesitado de represion respecto de la jóven. Esta al menos dibujó en sus lábios un mohin burlesco que probaba que no era incapaz de malicia.

En el mismo instante apareció en el umbral de la escalinata el conde de La Roche Ermel, que bajó las tres gradas y se adelantó hácia ellos.

— Padre mio, dijo Juana, aquí teneis á nuestro primo Felipe.

Y en tanto que pronunciaba estas palabras, fijaba en su padre sus grandes ojos con una espresion que significaba claramente: «Yo le he perdonado y vos hareis tambien lo mismo.»

El conde Leopoldo, que estaba en la edad en que se cede con gusto á las insinuaciones de una hija amable y adorada, tendió francamente su mano á Felipe. Se informó de la salud de Mr. de Boisvilliers y ambos pasearon un rato por el patio, hablando de cosas indiferentes, el jóven con visible embaraço, el conde con urbanidad cordial, aunque mezclada de reserva.

Juana, entretanto, habia entrado en el castillo.

Felipe notó enseguida que se evitaba cuidadosamente dar á su visita el carácter de un acontecimiento, y sobre todo, de una fiesta de familia. Cuando fué, un momento despues, á saludar al caballero de La Roche Ermel y á la señorita Angela, le acogieron estos sin hacer extremos, pero tambien sin frialdad, y no pudo menos de admirar el esquisito gusto que mostraban aquellas honradas gentes, debido, no al trato refinado del mundo, sinó á la elevacion natural de sus sentimientos.

En el patio volvió á encontrarse con el conde Leopoldo, que le dijo riendo:

—No os ocupareis, mi jóven primo, del fatal paseo del propietario.—Vamos, seguidme.

Mr. de La Roche Ermel como su vecino Mr. de Boisvilliers y como otros muchos propietarios que viven en el campo, daba en arriendo la mayor parte de sus tierras. Solo se reservaba una porcion de terreno para entretenerse, segun él decia; pero al entretenerse prestaba importantísimos servicios á sus arrendatarios y á toda la comarca circunvecina, porque ensayaba en su terreno reservado todos los nuevos procedimientos, aplicados en nuestros dias á la agricultura y cria de ganados, rotacion de cosechas, ape-

ros de labranza, cruzamiento y mejora de las razas. Esta clase de ensayos, á veces dispendiosos, eran de gran provecho á los vecinos, á quienes nada costaban y que utilizaban su enseñanza. Era una especie de casa rústica en accion que formaba en el pais como un foco de felices innovaciones y de sensatos progresos.

Mr. de La Roche Ermel, á la vez que recorria con Felipe los alrededores del castillo, le iba dando breves informes sobre todo, y la vida agrícola, esplicada así sobre el terreno mismo, en el campo florido y bajo el sol de verano, tomaba á los ojos del jóven interés y hasta encanto, quizá porque á través de aquellas perspectivas se interponia la imágen grave y graciosa de la señorita de La Roche Ermel.

El conde le llevó enseguida á las dependencias del castillo, que habia mejorado y ensanchado de algunos años acá.

—Os gustan los caballos ¿no es cierto? le dijo.

—Si, primo.

—Pues bien, mirad esto.

Y habrió al mismo tiempo la puerta de una cuadra, artesonada de encina y adornada con astas de ciervo, en la que piataban dos pares de magníficos caballos en sus apartaderos é incensaban con sus cabezas como cisnes.

— ¡Mis alumnos! dijo el conde. A sus señoras madres las habeis visto en el prado allá abajo, con dos potros que valdrán un día tanto como estos corceles, ó mucho me engaño.

Habia á continuacion de la cuadra un establo, una lechería, un lavadero, un departamento para la ropa blanca. Conforme iban recorriendo estas diversas dependencias se encontraron dos ó tres veces con la señorita de La Roche Ermel, que parecia hacer su visita ordinaria de inspeccion y que distribuía con su acento dulce y conciso sus órdenes á las criadas. Ella saludaba al paso con una sonrisa á su padre y á su primo y continuaba circulando entre las jarras llenas de leche, los cubos llenos de legía y las pilas olorosas de ropa blanca, con ese aire grave y algo sacerdotal que le era peculiar. Sumamente sencilla, pero en extremo cuidadosa de todos los pormenores de su traje y de su persona, tenía evidentemente el gusto de un minucioso aseo, que hacia extensivo á las regiones mas humildes de su dominio.

Al despedirse Felipe del conde, vió entrar en el patio un jóven alto, de bigotes rojos, en quien reconoció al punto á su antiguo camarada Gaston de Chaville, el prometido de Juana. Tambien á este le encontró mejorado, lo cual le contrarió. Cambiaron ambos un apretón de manos y él se retiró.

Al dar cuenta á su padre de los incidentes de su visita, le dijo con cierta timidez:

— ¡Juana está asombrosa!

— ¿En qué está asombrosa? preguntó con frialdad Mr. de Boisvilliers.

— La encuentro hecha una muger hermosa.

— Por lo menos es una excelente muchacha... Espero de todo corazon que será feliz... Ese Chaville, con quien se casa, no es un águila; pero todos dicen que es muy buena persona.

— ¿Hace mucho que está eso decidido, padre?

— Hará unos cinco ó seis dias á lo que creo... El mártes último tué cuando vino Leopoldo á darme esa noticia.

Ese mismo mártes habia sido tambien el dia en que Mr. de Boisvilliers fué atacado súbitamente de su alarmante indisposicion. Esa confrontacion de fechas hizo nacer en el ánimo de Felipe un pensamiento doloroso. No volvió á hablar de Juana á su padre, ni tampoco habló de ella á Mad. Talyas, á quien escribió aquel dia, como se lo habia prometido.

Pasó una semana en Boisvilliers, ocupando la mayor parte de su tiempo en renovar conocimiento con los antiguos amigos de su familia, que vivian en los alrededores ó en la aldea vecina. Observaba con interés en la

mayor parte de ellos los hábitos de vida ordenada, tranquila y digna, de la que su familia misma era modelo, y su prima parecía ser la poesía. Esas existencias provincianas, en su especie de fijeza tradicional, habían sublevado en otro tiempo su joven imaginación, ávida de movimiento y de aventuras.

Había calificado secretamente de necrópolis y de cajas de momias esas antiguas mansiones patrimoniales, en que se vé á los hijos sentarse sucesivamente en el sillón del padre y del abuelo, al amor del mismo hogar en invierno, y al lado de la misma ventana en verano. Porque no los veía agitados, los creía inmóviles; pues hay una edad en que la fiebre hace la ilusión de la fuerza y el no parar en parte alguna la ilusión del movimiento. Ahora tenía otros puntos de vista: la vida, sin envejecerle aun, le había hecho ya maduro. Principiaba á sospechar que quitando de la vida parisiense todo lo inútil y bizantino, poco esencial quedaba que no se hallase en grado igual en aquella pequeña y sensata sociedad provinciana: hasta encontraba en ella las inteligencias más sanas y más rectas, el talento más natural y la necedad misma más franca. En una palabra, después de haber visto la provincia con colores demasiado negros, la veía ahora quizá con demasiado color de rosa. Es probable que tuviese la culpa de ello la señorita Juana.

Felipe, durante su permanencia, no volvió mas que una ó dos veces al castillo de La Roche Ermel, comprendiendo que habia perdido el derecho de mostrarse en él asíduo y familiar. Esta discrecion le fué penosa, porque su prima le inspiraba por lo menos un vivo sentimiento de curiosidad. Para satisfacerla se vió reducido á las eventualidades que ofrece la vecindad.

Juana vino con bastante frecuencia con su padre á informarse del estado de salud de Mr. de Boisvilliers. El la veia pasar alguna vez á caballo entre su padre y su prometido, y hasta llevaba una amazona de paño azul que le sentaba muy bien. Por último un domingo fué invitado á tomar asiento en la iglesia en el banco de la familia, y tuvo luego el placer de acompañar á su prima hasta el castillo... ¡Pero siempre aquel Chaville! Era para aburrirse.

Tuvo mejor suerte la noche que fué á despedirse de los La Roche-Ermel. Debia partir al dia siguiente. Parecia que en vísperas de esa partida no se sentiria Juana obligada á mantener la estremada reserva, que] habia guardado hasta entonces con su primo. Habiendo sido llamado su padre de improvisó á casa de uno de sus arrendatarios, quedó ella sola por bastante tiempo con Felipe. Invitada por este, se sentó al piano y tocó dos ó tres walses con apasionada espresion, sin per-

der ni un momento la dignidad tranquila de su fisonomía y de su actitud. Aquella joven ama de casa era una artista, y hasta reveló otros talentos que él no conocia. Habia aprendido de su tia á pintar en vitela y en porcelana. A la sazón se ocupaba en decorar un servicio de mesa, cuyas piezas eran todas de ornamentacion diferente; era un gran trabajo y una obra verdaderamente bella. Los dibujos y los colores los copiaba á veces de flores y hojas naturales, y con mas frecuencia de manuscritos y breviarios antiguos, de los que la biblioteca del castillo poseia una preciosa coleccion. La joven condujo á ella á Felipe y le enseñó aquellas riquezas, hojeándolas con aire de religioso respeto. Ella le esplicaba la procedencia presunta de los manuscritos, precisaba la época á que se referian, citaba los personajes históricos á que cierto número de ellas habian pertenecido, todo dicho con su manera concisa y clara, con una frase sin asomo de pretension, dejando adivinar, no obstante, una instruccion estensa y variada.

Entretanto el conde Leopoldo no volvía; estaba al caer la tarde, su entrevista se prolongaba y principiaba ella á sentirse inquieta.

—¿Quereis que salgamos al encuentro de mi padre? dijo de pronto.

Se echó sobre la cabeza su velo de blonda, y tomó con Felipe el camino de la gran-

ja, á la que habia ido el conde. Casi al salir del castillo se abria un sendero que bajaba por una pendiente rápida, costeando la orilla de un estanque. Porque La Roche-Ermel, como Boisvilliers, y como la mayor parte de las antiguas casas solariegas del pais, tenia su estanque. Era bastante grande, y estaba profundamente encajonado al pié de la colina. Parte de la ribera estaba cubierta de talleres y de brezos, y el resto formado por masas de roca. La granja estaba á poca distancia en el valle, por cuyo fondo serpenteaba un arroyuelo llamado el Olmedal. Desde el promontorio escarpado que dominaba el estanque, registraba la vista el valle, y se estendia aun mas allá sobre horizontes frondosos, cuyos últimos términos se destacaban ya en el crepúsculo.

Allí fué donde la señorita de La Roche-Ermel se detuvo para esperar á su padre, en compañía del que tanto habia amado. Sentáronse ambos al lado uno de otro sobre el musgo seco de una roca, y permanecieron por algun tiempo silenciosos, mirando las columnitas azules de humo que se elevaban aquí y allá por cima de los techos de paja, escuchando los ruidos de la noche que surgian por intervalos en la sonoridad profunda de los campos, los ladridos lejanos de un mastin, algunos mugidos sordos que salian del fondo de las praderas, un vago tañido de

campana, un canto de ave rezagada en la espesura.

—Esto debe pareceros algo triste despues de París, dijo Juana sonriéndose.

—Esto me parece infinitamente grato, respondió el jóven con voz conmovida. Es la paz... la paz encantadora... que echaré ya menos toda mi vida.

—Creia que tuviéseis otros gustos, repuso ella despues de una pausa.

—Sí... murmuró él, debeis juzgarme severamente Juana.

—De ninguna manera, dijo esta sencillamente... ¡Ah! ved allí á mi padre.

Al pié del sendero aparecia la elevada estatura del conde, y dió ella algunos pasos para ir á su encuentro.

—Padre, dijo, Felipe no ha querido partir sin estrecharos antes la mano.

—Perdonad, hijo querido, dijo el conde. He tardado mas tiempo del que pensaba.

Entonces les refirió que habia sido llamado á la granja para reconocer el derrumbamiento súbito de una pared, y este pequeño desatre sirvió de tema para la conversacion hasta regresar al castillo. Delante de la puerta se despidió Felipe, y se alejó.

Se alejó con cierto apresuramiento en direccion á Boisvilliers; pero á mitad del camino se detuvo de repente y se puso de codos sobre la barrera delante de la cual

había tenido su primera entrevista con su prima, y permaneció allí pensativo hasta que la noche acabó de tender su velo sobre el campo. Empezó entonces á lento paso su camino hácia La Roche Ermel, y cuando divisó la luz del castillo aflojó mas el paso todavía, pareció vacilar y continuó avanzando con precaucion.

Las ventanas del salon del piso bajo daban por un lado al pátio y por el otro á un parterre festoneado con bandas y adornos de boj. Entró él en ese jardin y se acercó á una de las ventanas.

La familia estaba reunida en el salon: el conde leía inclinada su frente sobre una mesa; enfrente de él clasificaba el caballero plantas en un herbario; la señorita Angela hacía labor de tapicería, y Juana, sentada algo aparte delante de un velador, pintaba uno de sus magníficos platos. Tenía vuelto el rostro hácia la ventana, y Felipe pudo contemplar á su placer por una última vez aquellas facciones altivas y dulces, que no parecían en aquel momento marcadas con el sello de su serenidad habitual. La jóven estaba pensativa y distraida: sus grandes ojos vagaban por instantes en el vacío. De pronto brotaron dos lágrimas como dos perlas y se deslizaron por sus megillas: enjugóselas ella dulcemente con el extremo de sus dedos y dirigió alrededor suyo una mirada inquieta,

como para asegurarse de que su debilidad no había sido notada. Luego prosiguió su trabajo con gravedad, frunciendo sus negras cejas. La señorita de La Roche Ermel estaba descontenta de sí misma.

Tampoco debía estarlo de sí propio Felipe de Boisvilliers, porque se sentó de pronto en un banco del jardín, apoyó su cabeza en sus manos y lloró.

A la noche siguiente regresaba á Paris.

VII.

—A propósito, preguntó Mad. de Tal-
yas á Felipe la primera vez que volvió á
verle; y vuestra prima ¿sigue siempre con
sus largas piernas?

—Siempre.

—¿Y con su boca grande?

—Lo mismo.

—¿Y con tinta en los dedos?

—Y con tinta en los dedos.

—¿Y qué efecto le ha hecho el volveros
á ver?

—Ninguno... Le habian hecho creer en
otro tiempo que se casaria conmigo... Bue-
no. Ahora le dicen que se casará con otro...
Bueno tambien. Es muger de ese temple.

—Y su marido ¿qué especie de hom-
bre es?

—En su género, un buen campesino.

—¿Ireis á la boda?... ¿Cuándo se celebra?

—Creo que dentro de seis semanas ó dos meses... Iré á ella si mi padre lo desea... y si vos lo permitís.

—Por mi parte, amigo mio, me es igual.

Como se vé, Felipe habia aprendido en la escuela de Mad. de Talyas y principiaba á hacerle frente en el gran arte en que era consumada maestra. Por lo demás, necesitaba estar siempre muy sobre sí para disimular el mucho sufrimiento y hasta horror que le causaba su vida de pasion malsana y de traicion, al salir de la atmósfera mas elevada que acababa de respirar. Al mismo tiempo parecia que Mad. de Talyas procuraba malignamente buscar los incidentes que podian prestar á sus relaciones un color mas odioso.

Una noche hizo á Felipe esconderse detrás de la cortina de una ventana, mientras que su marido cruzaba por su cuarto al volver del círculo. Otra noche tuvo el capricho de ir con gran misterio á un baile de máscaras que daba una extranjerera de un mundo algo escéntrico y de cenar allí con la careta puesta enfrente de su marido y al lado de su amante.

Felipe, que no encontraba, ni con mucho, tanto placer como ella en esa clase de emociones, se figuraba á veces que habia resuelto

secretamente ponerle en lucha con Mr. de Talyas; pero la verdad es que eso divertia á aquella muger, y nada mas.

Conforme se agravaban para Felipe los disgustos y las angustias de su fatal amor, iban tomando en su recuerdo mayor viveza y encanto las impresiones de su estancia en Boisvilliers. Sobre todo, la imágen de su prima Juana se le aparecia cada dia mas atractiva y seductora. Enfrente de Mad. de Talyas revestia á sus ojos el puro esplendor de un ángel de luz. Cuando pensaba que se habia adornado con tantos méritos, gracias y talentos para hacerse digna de él y agradarle; que le habia consagrado desde que existia tantos esfuerzos generosos, tanta voluntad heróica, tantas lágrimas; que hubiera podido él caminar toda su vida apoyado en esa enérgica y dulce criatura, sostenido por ella en el bien, en la tranquilidad, en el honor, y que todo eso lo habia rechazado, desdeñado y perdido para siempre, estos pensamientos le hacian sangrar el corazon de ternura y de pesar.

En medio de estas dolorosas agitaciones, recibió de su padre, poco tiempo despues de su regreso, una carta que no era á propósito para calmarlas. Mr. de Boisvilliers le anunciaba que se habia desbaratado el matrimonio proyectado por la señorita La Roche Ermel con Mr. de Chaville. Este rompimiento, aña-

dia por toda esplicacion, se habia verificado sin ruido y en condiciones igualmente honrosas para las dos partes.

Felipe, ayudado por sus recuerdos recientes, se esplicó al punto ese acontecimiento por razones que, como supo mas tarde, eran en un todo conformes con la verdad. La señorita de La Roche Ermel, al volverle á ver, habia sentido reavivarse su cariño hácia él, y no habia querido casarse con otro con una mentira en los lábios y en el corazón.

Esta noticia turbó y preocupó al jóven hasta tal punto, que no pudo callarse con Mad. de Talyas.

— Mi pobre prima, le dijo, tiene desgracia... Ya está roto su casamiento.

— ¡Bah! ¿Y por qué motivo?

— No sé... Supongo que el novio habrá retrocedido en el último momento.

— ¡Ah! ¿Tan monstruosa es?

— Peor todavía... Es ordinaria.

— ¿Algún fardo?

— Una especie de fardo, sí.

— ¿Y cómo vuestro señor padre, que es tan razonable, podia pensar en daros tal horror por esposa?

— ¡Oh! Ya sabeis; en familia se acostumbra uno á las gentes. No se las vé como son: ciertas conveniencias cegaban á mi padre en cuanto á lo demás.

—Y luego, dijo riendo la marquesa, no era él quien se casaba.

—Justamente.

¡Así, pues, Juana estaba libre! Segun todas las probabilidades, no tenia él mas que decir una palabra para que esa mano fiel y leal cayera en la suya, para que esa felicidad que habia llegado á ser el sueño y el pesar de todos sus momentos, le perteneciese. ¡Qué tentacion la de partir tan pronto como recibió la noticia, la de ir á arrojarle á los piés de la noble jóven y de hacer correr al fin de sus bellos ojos lágrimas de felicidad!

Para darse esa suprema dicha no le faltaba mas que una cosa, por desgracia muy difícil de obtener: el permiso de la marquesa. Prescindir de él no era honrado... ni seguro. Así fué, que no pensó en ello. Pedírsele era inútil, y así lo reconoció. Continuó, pues, con la desesperacion en el alma, arrastrando su cadena cada vez mas pesada.

Casi al mismo tiempo vino á aumentar las angustias de la situacion una complicacion inesperada. Mr. de Talyas habia tenido de su primer matrimonio con una inglesa, una hija, Clotilde de Talyas, que habia sido educada hasta los diez y seis años en uno de los principales colegios de París. La habia confiado despues al cuidado de una hermana de su madre, á pretesto de que se perfeccionase en la lengua inglesa, pero en rea-

lidad para evitar los rozamientos que la vida comun hubieran podido provocar entre la hija y su jóven madrastra. Clotilde hacia dos años que estaba en Inglaterra, y Mr. de Talyas, viendo llegado el momento de casarla, fué por ella á Lóndres y la trajo á París.

Clotilde de Talyas era pequeña, morena, bien formada, de mirada asombrada y cándida, pero por lo demás atrevida como un paje y fina como el ámbar. Su padre le habia reterido hacia tiempo la historia de Felipe, por lo cual no estrañó verle en tanta intimidad con la familia, y pronto pareció no estar de ello mas descontenta que sorprendida. ¿Habia concebido de antemano una pasion novelesca por el jóven salvador de su padre? ¿Se prendó de él á primera vista, ó adivinó por su intuicion de muger que el medio de hacerse desagradable á su madrastra era el de hacerse agradable á Felipe?

Como quiera que fuese, desde los primeros dias le mostró una predileccion marcada, que no tardó en poner en guardia á la marquesa. Si Clotilde no era todavía una rival, era ya por lo menos un motivo de perturbacion. No bien se sentaba Felipe en el gabinete de su madrastra, venia ella enseguida riendo y saltando como una linda gitana.

—¿No os incomodo, tia mia? decia instalándose entre ellos—porque ella llamaba á Mad. de Talyas su tia por un amable eufe-

mismo que su padre le habia impuesto; pero tenia una manera pérfida de pronunciar «tiamia», que prestaba á esa palabra un aire de vejez y de caducidad extraordinarias.

Contrariado Felipe por las atenciones de la jóven, atormentado por las desconfianzas recelosas de la marquesa y mas todavía por su amor, del que ya no participaba, entró entonces en una nueva fase que en punto   sinsabores, vergüenzas y peligros, nada realmente dejaba que desear.

Un día Mad. de Talyas, irritada de las invasiones atrevidas que la señorita Clotilde hacia en su terreno, creyó deber señalar   su marido la inconveniencia de la conducta de su hija.

— Os aseguro, le dijo, que est  soberanamente ridícula con Felipe de Boisvilliers, y eso hasta me incomoda.

—  Y cómo est  Felipe? preguntó Mr. de Talyas.

—  Oh! no puede estar mas prudente y reservado.

—  Y creeis realmente, repuso el marqués, que Clotilde le ame algo?

— No s  si le ama: est  educada   la inglesa, y sus maneras familiares con los jóvenes no significan gran cosa, pero aquí no est n bien vistas.

— Pues bien, oid, querida, dijo Mr. de Talyas, me complace saber lo que decís,

porque desde hace mucho tiempo mi idea fija es casar á esos dos muchachos.

— ¡Ah! dijo la marquesa.

— Sí, prosiguió Mr. de Talyas: bajo el punto de vista de la fortuna es un matrimonio inesperado para Felipe. Clotilde llevará de dote millon y medio de francos, que es una bonita suma. Pero los Boisvilliers son de excelente familia, y el jóven me ha prestado un servicio que tengo gusto en reconocer. Además, he podido apreciarle en estos dos años, y no puedo desear nada mejor para Clotilde. Ahora bien: Felipe es muy delicado, y es evidente que jamás se atrevería á hacerme tal demãnda; pero con un mozo como él puede irse francamente al asunto. Yo seré quien la haga.

— No hay mas que una contra, dijo la marquesa arqueando ligeramente las cejas; y es que no aceptará.

— ¿Por qué? Eso seria absurdo. Clotilde es muy agradable... una dote magnífica... Sería en él una locura rehusar... A menos que tuviera algun amor misterioso... y no lo tiene, que yo sepa.

— Ese es vuestro error, dijo la marquesa sonriéndose; tiene uno.

— ¿Dónde? ¿En nuestro mundo?

— No, en provincia... una prima.

— ¡Una prima!... ¡Pues jamás me ha hablado de ella!

—A vos, no; un hombre no provoca á semejantes confiancias; pero yo conozco sus secretos. Tiene una prima... la señorita de La Roche Ermel, á quien ama desde la infancia... Están ya, por decirlo así, comprometidos desde su último viaje, y aun creo que esté fijada la época de su matrimonio.

—¡Ah! mucho me contraría todo eso. Procurad cercioraros, querida. Además pienso verle esta noche en el círculo... Le daré broma con su matrimonio... y sabré lo que hay en el particular.

El marqués murmuró todavía algunas trases que revelaban su disgusto, y salió.

Media hora despues recibia Felipe de Boisvilliers un billete de Mad. de Talyas, y leia con estupor estas palabras:

«Os casais con vuestra prima. Necesidad absoluta. No me desmintais».

En medio del desorden de ideas inesplicable en que le sumió esta singular intimacion, entrevió, no obstante, la verdad, aunque confusamente. Sospechó al menos que la marquesa, en su celosa irritacion, habia apelado á ese expediente desesperado para alejarle de su hijastra... Tal vez aquella alma apasionada preferia renunciar ella misma á su amor, antes que verle disputado y amenazado sin cesar por una rival que se veia obligada á soportar.

A esa idea, el corazón del jóven se inundó de júbilo. Al fin, sin deslealtad, sin ruido, sin rompimiento, iba á verse libre de ese yugo maldecido; iba á recobrar su independencia, su paz, su porvenir, volver á ser dueño de su vida y poderla ofrecer á Juana.

Aguardó con febril impaciencia la hora en que Mr. de Talyas acostumbraba ir á su círcu'o, y corrió á casa de la marquesa. Esta, en la prevision de su visita, habia enviado á Clotilde á la Opera con Mad. de Libernay. Salió á recibir á Felipe, le tomó las manos, y con un acento de ternura y de dulzura femeninas que no le era habitual,

— ¡Cuánto teneis que perdonarme! le dijo. Exijo de vos un sacrificio bien grande; pero ¿qué hacer? En dos palabras; Mr. de Talyas queria casaros con Clotilde... Preciso fué decir, so pena de despertar sus sospechas, que sentia ya [asomar... preciso fué decir que estábais ya comprometido con alguna, y nombrarla... Se hallaba á mano vuestra prima... y la tomé... Tanto vale esa como otra, y aun mas, porque si he de ser franca, la prefiero á otra... Al menos no estaré celosa... ¡Pobre muchacha!

Felipe tuvo el presentimiento de que las cosas no iban tan bien como se habia figurado, y sintió correrle el frío por las venas.

— Perdonad, dijo; ¿cómo entendeis este asunto?

—De la manera mas natural... Luego que os caseis, vendreis á estableceros en París con ella y me la presentareis.

El jóven se recogió un momento con los ojos bajos, y levantándolos en seguida,

—No haré eso, dijo.

—¡Que no hareis eso!

—No; no me casaré con una muger, cualquiera que sea, con esa indigna premeditacion de doblez.

—¿Pues qué otra cosa hago yo por vos? dijo la marquesa? ¿Creeis que me guste mas que á vos vivir en la doblez. Y sin embargo, no hago otra cosa á todas horas del dia... Vamos, no me vengais con semejantes razones, amigo mio... Decidme que vuestra prima os causa horror, que el sacrificio es superior á vuestras fuerzas. Eso lo comprenderia; pero entonces, tened por seguro lo que os digo, estoy perdida... Si me desmentís, todo lo adivina mi marido.

Felipe pareció reflexionar durante algunos segundos, y luego pronunció con alguna vacilacion, como hombre que pisa en terreno escabroso:

—Pero... cuando se trató en otro tiempo de ese matrimonio entre mi prima y yo... era condicion precisa nuestra residencia en provincia... y es muy posible que la familia persista en esa idea.

—¡Eso nunca! dijo la marquesa. Por lo

demás, nada hay mas improbable que esa exigencia, sobre todo ahora que teneis una posicion en Paris.

Luego, de repente, olfateando el lazo y clavando en Felipe su mirada escrutadora,

—Pero, vamos á cuentas, añadió; ¿es vuestra prima tan fea como decís?

—¡Ay! dijo Felipe.

—Pues bien, amigo mio, decidme: ¿no soy yo bella por dos?

—Seguramente; pero todo esto es tan nuevo, tan imprevisto... Dejadme reflexionar todavía, os lo ruego, antes de tomar un partido.

Luego que volvió á casa Felipe, pasó el resto de la noche meditando sobre la conducta que debia adoptar en tan delicada coyuntura. Estaba, por desgracia, comprometido en una de esas aventuras de las que jamás se sale, cuando se sale, sinó por caminos oblicuos. La determinacion en que se fijó no era, pues, ni podia ser enteramente recta y franca. Tal vez era, despues de todo, la mejor que podia elegir, y por lo menos, la que mas le seducia. En una palabra, resolvió aprovechar esta ocasion inesperada de recobrar su libertad. Se casaria con su prima, pero no la llevaría á París, y rompería toda relacion con Mad. de Talyas. A esta le diria, para justificar su residencia en provincia, que tal era la voluntad de la familia y

así lo exigia además la salud de su padre. Lisonjeábase de que el tiempo iria preparando poco á poco á la marquesa para ese desenlace y de que esta acabaria por aceptarlo con resignacion.

El éxito de este plan no parecía inverosímil, con una condicion, no obstante, y era que la marquesa conservara eternamente, ó por lo ménos hasta el matrimonio, la idea que le representaba á Juana como una persona antipática y una rival despreciable. Pero no tardó en reconocer Felipe que sería difícil mantenerla en esa feliz ilusion.

En efecto, cuando al dia siguiente le declaró que estaba pronto á realizar el acto de abnegacion que le imponía, y cuando le dió ella gracias con un calor que no era necesario, le sometió la marquesa algunos artículos de su programa, entre otros el siguiente: era indudable que la señorita de La Roche Ermel vendría á pasar algun tiempo en París para ocuparse del canastillo de boda. Madame de Talyas, como amiga de la familia, se pondría entónces á su disposicion, la acompañaria á las tiendas, á las casas de proveedores y establecería así las bases de su futura intimidad.

Felipe no hizo objecion á esa cláusula terrible, reservándose eludirla por todos los medios posibles.

Deseoso de salir de aquel infierno, en el

que no podía ya abrir la boca sin mentir, escribió en el mismo día á su padre para anunciarle formalmente sus disposiciones, que confirmaría muy pronto de viva voz. A los dos dias, despues de haber confiado sus proyectos de matrimonio á Mr. de Talyas y recibido sus felicitaciones, salía de París, prometiendo no volver á él en mucho tiempo.

Cuando llegó por la tarde á Boisvilliers, tuvo su padre abrazado largo rato, y le dijo con una emocion que le conmovió hasta hacerle derramar lágrimas:

— ¡Cuanta felicidad me traes, hijo mio!... ¡Qué feliz soy!

— Es que la amo, padre; no hay en ello ningun mérito, exclamó Felipe. ¿Y ella? ¿Lo sabe? añadió con cierta inquietud.

— No; lo ignora todavía; únicamente lo he dado á entender á su padre.

— Ella es altiva y digna. Si me guarda rencor... si me desdeñará...

— No lo creo, dijo Mr. de Boisvilliers; pero si quereis, hijo mio, podemos salir de dudas inmediatamente.

Partieron ambos para La Roche Erme en el momento en que aparecian las primeras estrellas á través de la cima de los árboles. Un criado que estaba en el patio del castillo, se encargó de ir á prevenir al conde Leopoldo, que salió al punto del salon y se presentó en el umbral.

—Amigo mio, le dijo Mr. de Boisvilliers, vengo á pedirlos que realiceis el sueño de toda mi vida, concediendo la mano de vuestra hija á este tunantuelo.

El conde inclinó la cabeza con risueña benevolencia.

—Bien sabeis, amigo mio, dijo, que si hubiera dependido de mí, ese tunantuelo sería mi hijo hace ya tiempo, pero espero en Dios que nada habremos perdido en aguardar. Vuelve á nosotros probado por el hierro y por el fuego, y tal vez sea mejor. Debo añadir que mi hija ignora todavía el honor que nos haceis, y me creo obligado á reservar su consentimiento. Permitidme tener con ella una breve conferencia.

Hízoles entrar en un gabinete contiguo al salon, y pocos momentos despues reapareció acompañado de Juana. Estaba esta muy pálida, pero tranquila siempre.

—Felipe, dijo adelantándose hácia él con su dulce magestad, aquí teneis mi mano.

VIII

Puede hablarse bien y mal de la vida de provincia.

Lo bueno es ante todo la casa de familia, que no existe en París; es el antiguo nido hereditario que las generaciones sucesivas reparan, pero no cambian; donde el pariente principal, á falta del padre, considera un deber piadoso residir, y donde los pájaros que se echan á volar, vuelven á refrescarse de tiempo en tiempo en las sensaciones saludables de su infancia. Cuando se vuelve fatigado de la vida y desencantado de las pasiones á esos queridos asilos, ¡con qué sensación de paz y de bienestar se respira en ellos la atmósfera de otros tiempos, con qué dulce melancolía se escuchan los sonidos familiares de la casa, esas voces misteriosas, esos murmullos, esos quejidos, que han oído nuestros

antecesores y que nuestros hijos oirán también! En medio de esas tradiciones continuadas, parece que la propia existencia se prolonga en lo pasado y en lo porvenir con una especie de eternidad.

Felipe, durante los primeros días que siguieron á su llegada á Boisvilliers, experimentó esas emociones en toda su fuerza realzadas todavía por el encanto de un amor honrado y feliz. Al principio las saboreó sin mezcla, como el náutrago que arrojado por las olas sobre la ribera, no siente en las primeras horas mas que la alegría de vivir y de respirar. Pero no tardó en recordar que su retiro encantado no era mas que la isla de Robinson, á cubierto de las intervenciones desagradables... Si hubiera podido con una varita mágica abrir un abismo intranqueable entre París y La Roche Ermel, ¡qué dicha ¡qué tranquilidad!

Pero el agudo silbido de las locomotoras que atravesaban los bosques todas las mañanas y todas las noches, le advertia sin cesar que ese abismo no existía y que Mad. de Talyas podia interponerse de repente entre su prometida y él como el espectro de su juventud desarreglada. Esta quimera le asaltaba bruscamente en medio de sus paseos y de sus conversaciones con Juana, le despertaba por las noches, y ese nombre de Talyas que tan dulcemente habia sonado á su oír

en otro tiempo, abrumaba ahora su pensamiento con la odiosa importunidad de una pesadilla. El secreto que llevaba consigo en la intimidad pura de la familia, le pesaba como un sacrilegio. Veinte veces estuvo á punto de confiarlo á su padre, á Juana misma, pero ese secreto no era solo suyo y no podia venderlo sin degradarse. ¡Cómo además introducir la perturbacion de una revelacion semejante en aquellas almas felices y tranquilas! Esperó poder evitárselo siempre y guardó para sí solo su inmensa pesadumbre.

Mas decidido que nunca á cortar para siempre sus relaciones con la marquesa, tenia entonces la tarea difícil y horriblemente penosa, de engañarla acerca de sus designios y de todas las cosas hasta que se realizara su matrimonio. Proponíase viajar despues con Juana durante algunos meses, y llegar así, ganando tiempo, á un rompimiento sin violencia y sin escándalo. Entre tanto, si no queria despertar la desconfianza de madama de Talyas, debia continuar escribiéndole asiduamente, segun le habia prometido. La redaccion de cada una de sus cartas le costaba terribles esfuerzos: ¿no podia llegar un dia en que fuesen puestas ante los ojos de Juana? Preciso era que pareciesen á la marquesa prendas suficientes de fidelidad, y que no pudiera, sin embargo, hallar nunca en ellas la

señorita de La Roche Ermel el detestable mentís de las palabras de ternura, que ahora le prodigaba á cada momento.

Por lo demás, no hacía misterio alguno á su familia ni á Juana de su correspondencia amistosa con la marquesa. Su aventura con Mr. de Talyas, la relacion estrecha que de ahí habia resultado entre ellos, su intimidad en la casa, eran hechos de mucho antes conocidos en La Roche-Ermel. Mr. de Boisvilliers, en cada uno de sus viajes á París, habia sido recibido por el marqués con una simpatía cordial, conservaba de sus bondades con Felipe y con él mismo el mas afectuoso recuerdo, y profesaba en particular hácia Mad. de Talyas el culto del antiguo noble. Juana, á quien habia hablado con frecuencia en un tono entusiasta de la amiga distinguida de su hijo, le daba bromas sobre su gran pasion parisiense. La idea de que la pasion del padre pudiera ser al mismo tiempo la pasion del hijo, no le habia pasado jamás por la imaginacion. Habia oido decir que la marquesa tenia una hija casadera. Con este indicio y tambien por la inclinacion natural á ver las cosas humanas bajo el aspecto mas puro é inocente, se representaba á la amiga de Felipe como una persona que habia podido ser bella, pero no podia ser ya sino respetable. Esta ilusion no cedió ni aun ante una circunstancia que se presentó mas tarde y

que era, no obstante, propia para disiparla.

El malestar continuo en que vivia Felipe, sus ansiedades secretas, sus accesos de meditacion sombría no podian ocultársele por mucho tiempo á una mujer de talento tan claro y de corazon tan amante como la señorita de La Roche-Ermel. Hacia dias que esta se sentia inquieta de esos síntomas inesplícables y se preguntaba si la felicidad de que al fin se creia segura estaria á punto de desvanecerse, cuando una singularidad todavia mas marcada en la actitud y en la conducta de Felipe, le ofreció la ocasion de esplicarse con él.

Se habia fijado la época de su matrimonio, el cual debia celebrarse dentro de seis semanas, en los primeros dias de setiembre. Quedaba apenas el tiempo necesario para proceder á las compras del ajuar de novio y del canastillo de boda. La tia de Juana, la señorita Angela, anunció una mañana, durante el almuerzo de familia, que estaba dispuesta á marchar á París con su sobrina, en compañía de Mr. de Boisvilliers, para ocuparse allí de tan importantes pormenores. Se fijó la partida para el jueves siguiente. En tanto que se discutia esta cuestion, no pudo menos de llamarle la atencion á Juana el silencio de Felipe, su aire embarazado y casi consternado. Despues de almorzar dieron ambos un paseo á caballo por los bosques; el conde

Leopoldo los acompañaba, manteniéndose discretamente á distancia, segun su costumbre, y dejándoles ir delante. Juana aprovechó la ocasion, y tocando ligeramente con su fusta el brazo de su prometido.

—¿Qué es lo que pasa, Felipe? dijo mirándole con su aire de gravedad. Os ruego que me lo digais.

—No ocurre nada, dijo el jóven procurando sonreirse.

—Perdonad... os veo triste, pensativo, apesadumbrado de poco tiempo á esta parte, y eso va en aumento... Pues bien, Felipe, si es que ya os arrepentís, si conoceis que os habeis equivocado... apelo á vuestro honor... decidmelo francamente. Estais perdonado de antemano. Yo he sufrido mucho en mi vida, y estoy dispuesta á sufrir mas... ya me extrañaba ser dichosa... pero hay un género de sufrimiento que me seria intolerable, que me seria mortal y que no os perdonaria que me lo impusiéseis: el dolor de ser engañada, la humillacion de ser amada por compromiso, admitida como esposa por deber... ¡Todo, escepto eso!

—Juana, dijo Felipe fijando en ella sus ojos, en los que pudo leer la jóven la sinceridad mas profunda y conmovida, os amo... os amo con toda mi alma... os amo á vos únicamente... Si tuviese querrenunciar á vos,

se destrozaria mi corazon... Ante Dios, esta es la verdad.

— Os creo, dijo Juana.

Respiró ella libremente, y añadió:

— Pero entonces, amigo mio, ¿qué tenéis?... ¿Quereis permitidme adivinarlo? Puesto que no soy yo quien os infunde miedo...

— ¡Miedo! murmuró Felipe en voz baja y apasionada: ¡yo os adoro!

— Está bien, dijo ella riendo; pero puesto que no soy yo, es la vida de provincia la que os asusta, ¿no es verdad? Cuando se habló de ese viaje á París ví que perdíais el color. Esa idea de volver á ver vuestro querido París para dejarle enseguida para siempre os ha trastornado, ¿no es cierto?... Pues bien, veamos; me sería muy penoso abandonar por completo á mi padre, pero ¿no podríamos dividir nuestra existencia en dos partes y pasar la mitad de ella en París y la otra mitad aquí?... ¿Os satisfaria eso?

— ¡Ay, Dios mio! ¡Pobre niña querida! ¡Cuan lejos estais de la verdad! Me encuentro como en un paraiso en este rincon del mundo... Mis sueños son vivir y morir aquí á vuestro lado... Tengo horror á París, del cual no conservo mas que recuerdos malos y miserables, y lá idea de volver á poner los piés en él, aunque sea por pocos días, me es insoportable... Es una locura, una supersti-

cion, lo que queráis; pero os suplico, alma querida, que renunciéis á ese viaje.

Juana se le quedó mirando.

—Teneis, dijo, algun motivo que no me decís.

—Pues bien, sí, tengo uno, repuso Felipe acentuando enérgicamente sus palabras: tened confianza en mí y no me lo preguntéis.

La señorita de La Roche Ermel reflexionó algunos minutos en silencio.

Si le fué imposible penetrar el secreto de Felipe en sus extraordinarias complicaciones, entrevió al menos claramente, por una intuición súbita, el punto esencial. Adivinó que habia comprometido su juventud en alguna falta, cuyo remordimiento le pesaba, en algunas relaciones ilegítimas que le tenian asediado, y de las que ella estaba llamada á librarle. No le ocurrió ni por un momento siquiera identificar su rival misteriosa con Mad. de Talyas, tal vez precisamente porque el nombre de la marquesa le era familiar y lo pronunciaban todos los dias sin misterio en su presencia.

Este descubrimiento causó á la señorita de la Roche Ermel cierta agitacion; pero no le desagradó: él le esplicaba todo lo que le habia parecido equívoco y sospechoso en las maneras de su primo, y al mismo tiempo le prestaba un papel salvador que halagaba su imaginacion, que encantaba su conciencia y

que suscitaba en ella todo el valor y toda la heroicidad de que era capaz.

—Pues bien, dijo dulcemente; quedamos en que no iremos á París... Por mi parte no tenía en ello empeño alguno... Vuestro amor propio será el que sufra... porque os prevengo que iré vestida como una novia de aldea.

—Pero, Juana, os hallo admirablemente puesta... ¿Dónde os hacíais vestir hasta ahora?

—Hasta ahora tenía una costurerita de la ciudad que no carecía de ingenio, y entre ambas salíamos tal cual del paso... Pero se ha casado y ha abandonado el país.

—¿No sería posible, dijo Felipe, enviar algunos de vuestros vestidos como modelos?

—¡Oh! la cosa es delicada, dijo Juana riendo. Las costureras mas hábiles carecen con frecuencia de gusto cuando no se está al lado para guiarlas. Además, un ajuar no se compone solo de vestidos, mi pobre primo... Seria preciso, almenos, que tuviese yo en Paris una corresponsal inteligente, que pudiera dirigir bien todo eso, y no conozco allí á nadie. Vamos á ver, ¿no sería vuestra amiga Mad. de Talyas capaz de hacerme este servicio?

—¿Mad. de Talyas? dijo Felipe, que sintió palpitarle el corazon de repente. ¡Oh! no; de seguro que no. Y no porque no fue-

ra capáz; pero por mas que sea una mujer excelente, es de carácter indolente... muy indolente... y temería...

—¿Ser indiscreto? se apresuró á decir Juana. Pues bien; no hablemos mas de ello. Me tomareis tal como esté, amigo mio, y punto concluido.

Y se echó á reir con su bella y franca risa, que entreabria sus lábios sobre sus blancos dientes, y dibujaba dos graciosos pliegues en sus megillas.

Entretanto Felipe, en el dédalo en que se revolvía, no podia salir de un apuro sin caer en otro. Apenas repuesto del temor que le habia causado ese proyecto de viaje, que habria puesto á Juana enfrente de madama de Talyas, se preguntó con espanto cómo tomaría ésta una infraccion tan grave del tratado que le habia impuesto. Ya se recordará que ese viaje habia entrado en sus convenios y que él se habia comprometido á aprovechar esa ocasion para presentar su novia á la marquesa. Cualquiera que fuese el pretexto que pudiera darle para justificar su falta de palabra, era harto verosímil que concibiera ella violentas sospechas, cuyos efectos podian ser desagradables en extremo. El espediente que Juana le habia sugerido y que habia rechazado al pronto por un impulso de justa delicadeza, se le representó de nuevo con persistencia. Cuanto mas pensó en él,

mas se persuadió de que el mejor y tal vez el único medio de conjurar las sospechas de la marquesa, seria proponerle el encargo de confianza que la señorita de la Roche-Ermel habia querido hacerle.

Despues de haber manifestado á Juana que adoptaba decididamente su idea, escribió á la marquesa una meditada carta en la que le decia en sustancia que Mr. de La Roche-Ermel se hallaba con un sério ataque de gota; que no pudiendo su hija separarse de él, tenia que diferirse forzosamente el viaje á Paris, y que Juana reclamaba los buenos oficios de Mad. de Talyas para que cuidase de la compra y del buen arreglo de los diferentes efectos de su ajuar.

Esta carta tuvo una consecuencia inmediata, que Felipe hubiera debido preveer, pero que no previó y le dejó aterrado. La marquesa contestó á ella en muy buenos términos; pero no fué á Felipe á quien dirigió la contestacion, sino á Juana. Decia así esa carta, que fué admirada generalmente en la familia:

«Mucho agradezco, señorita Juana, la prueba de amistad que me dais. Os anticipais á mis deseos ofreciéndome desde luego el placer de entrar en relaciones con vos y de poderos ser útil.

»Enviadme, pues, lo antes posible un paquete de lo que necesiteis, modelos, mues-

tras, *et cætera*. Unid á eso algunas instrucciones y creed en el celo afectuoso con que voy á ponerme en campaña para embeleceros.

»¿Quereis permitidme, hija querida, daros un abrazo? — LUISA DE TALYAS.

»P. D. No olvideis un par de botinas y un par de guantes.»

Tres dias despues recibia Mad. de Talya por la mañana una carta de la señorita de La Roche-Ermel, y al mismo tiempo una caja de bastantes dimensiones que la jóven le enviaba.

La marquesa abrió primero la carta, que estaba concebida en estos términos:

«Señora: Mis primos de Boisvilliers estaban tan orgullosos de vuestra amistad, que no sería enteramente de la familia si no la buscase á mi vez. Puesto que teneis la bondad de ponerla en mi canastilla, me tengo por tan dichosa como he sido indiscreta... es mucho decir. Pero habeis tenido la amabilidad de comprender que solo la mas viva simpatía y la confianza mas respetuosa podian inspirarme el atrevimiento que he cometido. Así es que vuestra carta, por mas que sea muy benévola, no me ha sorprendido mi corazon la esperaba del vuestro.

»Me tomo la libertad, mi querida señora de enviaros las prendas que me indicais para obedeceros. Las hallareis algo campesinas

pero las tocareis con vuestra varita, y hareis de ellas maravillas. He añadido una pequeña lista de lo que conceptúo necesario en las circunstancias solemnes en que me encuentro. Os la someto humildemente, suplicándoos que la rectifiqueis á vuestro gusto, que sé bien que es el mas perfecto del mundo.

»Os beso, señora, las manos con cariñoso reconocimiento. — JUANA DE LA ROCHE-ERMEL».

Al leer Mad. de Talyas esta carta, frunció el entrecejo varias veces con aire de asombro y de disgusto. Esa carta, si no era una obra maestra, le parecia, no obstante, de un estilo bastante fácil para estar escrita por una cenicienta de aldea, tal como se complacia en representarse á la señorita de La Roche-Ermel. Tranquilizóse un poco, sin embargo, figurándose que Felipe habia debido llevar la pluma para salvar el honor de su prima bajo el punto de vista de la ortografía.

Procedió luego á abrir el cajon que habia hecho llevar á su gabinete de tocador. Despues que sacó las hojas de papel de seda que cubrian la superficie, se inclinó sobre los diversos cajones, se dilataron las delicadas alas de su nariz, y aspiró por dos ó tres veces con fuerza para percibir mejor los ligeros pertumes que aquellos exhalaban.

—Esa muchacha es aseada, murmuró.

¿Qué olor es este? ¿De dónde se lo procura?

Sacó lentamente del cajon los objetos que contenia, manejándolos y olfateándolos con la curiosidad atenta de una fiera que da vueltas á su presa. Juana enviaba dos vestidos suyos, uno cerrado y otro escotado. Madama de Talyas los colgó, los estuvo mirando y remirando, interrogó sus menores pliegues y sus menores dobleces y se oscureció su frente.

—El talle es algo corto, dijo; sí... pero bien formado.

Habia tambien algunas prendas de ropa blanca que revelaban hábitos personales de un esmero elegante y hasta refinado. Los guantes estrechos y largos daban la medida de una bella mano de patricia. Por último, las botinas, que fueron por las que terminó la marquesa aquel importante exámen, no eran nuevas y su corte fino y arqueado era tanto mas significativo, por lo mismo que estaban ya usadas y amoldadas al pié.

Terminadas estas investigaciones, permaneció todavía Mad. de Talyas por algunos minutos en contemplacion silenciosa ante aquellos diversos efectos esparcidos sobre la alfombra. Luego se sentó, cruzó sus manos sobre sus rodillas, y dijo con voz sorda:

—Me engaña... Esa jóven es bella.

La correspondencia epistolar tan felizmente entablada entre la marquesa y Juana,

no tardó en hacerse frecuente y casi diaria.

Mad. de Talyas, animada de un celo apasionado por servir á su nueva amiga, le escribía casi todos los dias para darle cuenta de sus correrías, de sus compras, de las telas y prendas que elegía, para pedirle ó darle consejos.

Juana se daba igual prisa á contestar, y su correspondencia tomaba cada vez mas el carácter de expansiva intimidad. Mr. de Boisvilliers y los La Roche-Ermel no se cansaban de elogiar la complacencia extraordinaria de la bondadosa marquesa.

Felipe, como se adivinará fácilmente, era el único de la familia que no participaba de esos trasportes: desde el primer momento en que vió establecerse relaciones directas entre la marquesa y Juana, concibió los mas tristes recelos. Comprendió que la fortuna se volvia decididamente en contra suya, que se le escapaba la direccion de los acontecimientos y que quedaba abierta la puerta en adelante á una catástrofe tanto mas aterradora para su imaginacion, por lo mismo que no podia prever la forma bajo la cual se presentaria.

No estuvo, sin embargo, mucho tiempo sin saber á qué atenerse en este punto.

Un dia halló á su padre y á los La Roche-Ermel deliberando en comun sobre la cuestion de si seria de una conveniencia imperiosa convidar á la boda de Juana á una

persona que le mostraba tan particular cariño. La cuestion fué propuesta á Felipe, que creyó en su consternacion que la tierra se hundia bajo sus piés. En vano buscó objeciones que realmente no tenía. Tuvo que contentarse con insinuar tímidamente que una invitacion semejante podia poner en compromiso á Mad. de Talyas, que tal vez no se atreviera á rehusarla, pero que tenía hábitos muy parisienses y mundanos, que detestaba el campo, y por último, que eso le contrariaria infinito.

Juana intervino entonces y declaró que le parecía imposible no dar á Mad. de Talyas una muestra de agradecimiento tan naturalmente indicada, pero que se encargaba por lo demás de dirigirle su invitacion en términos que la dejarian en toda libertad.

En su consecuencia, escribió en el mismo dia á la marquesa una carta muy afectuosa, á la que su padre puso una postdata. Apenas se atrevian á ofrecerle la hospitalidad modesta de su antigua casa solariega, pero su presencia y la de Mr. de Talyas en la boda de Juana, pondria el colmo á todas las gracias de que le era ya deudora la familia.

Felipe, en medio del desórden mental en que le habia sumido aquel deplorable incidente, no vivia mas que de una esperanza bien débil: todavía se lisonjaba de que la marquesa, satisfecha y tranquilizada por ese

proceder, tendria el buen gusto de contestar escusándose.

Su respuesta no se hizo esperar. Llegó á la mañana siguiente, y decia así:

«Iba á pedíroslo, querida mia. Voy, pues, á pasar ocho dias en vuestra compañía. Llegaré el lúnes por la tarde con vuestros trajes. Hasta muy pronto, corazon mio.

«P. D.—En cuanto á Mr. de Talyas, es posible, muy posible, que venga á reunirse algo mas tarde. Decídselo á Mr. Felipe».

Este billete, rápido como un relámpago, no podia dejar la menor ilusion á Felipe; la marquesa sospechaba evidentemente que se veia engañada, que Juana era una rival amada y digna de serlo; venia, pues, para asegurarse de ello, y su postdata amenazadora era un aviso al lector sobre el cual no le quedó la menor duda.

Así, pues, la pesadilla se convertia en realidad; la quimera tomaba cuerpo y no era ya un sueño; la veia, la tocaba y sentia ya su aliento junto á su rostro. Fué aquella una hora horrible, una hora de locura.

¿Qué hacer? ¿Confesar la verdad toda entera á su padre, al conde de La Roche-Ermel, á Juana, tomarlos por jueces y encomendarse á su misericordia?

Fuertes tentaciones tuvo de hacerlo. Tal vez entónces, teniendo en cuenta su sinceri-

dad, sus sufrimientos, le perdonarian y le sostendrian en esa horrible prueba, se unirian á él para apartar, para combatir ese fantasma que se le venia encima. Sí, eso era proceder como hombre hábil y prudente; pero tambien era una infamia, era entregar el honor de una mujer que se habia fiado de él.

Rechazó esa tentacion, y resuelto á perderlo todo antes que lo que le quedaba de estimacion de sí mismo, aguardó. Lo que le costó conservar hasta ese fatal lunes, en presencia de su familia y de su prometida, un aire de tranquilidad y de jovialidad, se adivinará fácilmente.

Pero despues de todo, ¿no habia una última probabilidad de salvacion? ¿No era posible que el encanto tan peculiar é individual de que estaba Juana dotada á sus ojos, pasase inadvertido á los de Mad. de Talyas? Habituada como estaba esta á los tipos de la alta elegancia parisiense, ¿no podia esperarse que viera en la señorita de La Roche-Ermel una persona oscurecida, una fea mas ó menos agradable, que no desmintiese absolutamente la descripción que él habia hecho? Tampoco tardó mucho en saber á qué atenerse en este punto.

Mad. de Talyas llegó, como habia anunciado, en la tarde del lunes siguiente, á eso de las cinco. Es costumbre en provincia que

las jóvenes en vísperas de casarse no se muestren en público. El conde de la Roche-Ermel, que era severo guardador de las conveniencias, decidió respetar la costumbre y que Juana esperase á la marquesa en la avenida del castillo, mientras que él iría á la estacion en compañía de sus primos de Boisvilliers para recibir allí á Mad. de Talyas.

Quedóse algo sorprendido cuando se le apareció la marquesa al bajar del wagon en todo el brillo de su juventud y de su belleza. Despues de cambiados los primeros cumplidos, la hizo subir en el carruaje que habia llevado, y veinte minutos despues salvaban las blancas barreras de la avenida.

Juana estaba á pocos pasos de allí entre su tio, el caballero y la señorita Angela. Al oír el ruido del carruaje, se adelantó con gozoso semblante. Paró aquel, y Mad. de Talyas apoyándose en la mano del conde, saltó ligera con la sonrisa en los lábios, al medio del camino, y se halló en frente de Juana. Envolvió á ésta con una rápida mirada, le tomó las dos manos, la volvió á mirar y dijo con cierto donaire:

—Es realmente lo que me habia figurado... ¿Me permitís abrazaros, querida?

■ Juana permaneció algunos segundos como cortada, en una actitud de vacilacion, que podia atribuirse á timidez. Tenía sus ojos desmesuradamente abiertos, como si

algún espectáculo extraño é inesperado los hubiera paralizado: su corazón casi hacía estallar su corpiño. Habiéndose repuesto, no obstante,

— Señora, murmuró con acento apenas inteligible, ¡qué buena sois... y qué bella!

Y ambas se acercaron hasta tocarse sus mejillas.

— ¡Querida niña! repuso Mad. de Talayas acariciándole su mano.

Y volviéndose hácia Felipe, que estaba muy atento á los pormenores de esta escena,

— Acercaos vos aquí, le dijo sonriéndose.

Se separó algunos pasos del grupo de la familia, y pasando su brazo por debajo del del jóven, le dijo bajando la voz:

— ¿Y encontráis ordinaria á esa muchacha?

— Por tal la tengo.

— Está bien; pero, amigo mio, tened muy presente una cosa, y es que esta boda no se hará.

— Sin embargo, vos sois la que la ha dispuesto.

— Pues ahora dispongo lo contrario.

— Ya es tarde.

— Os repito que no se hará.

— ¡Ah!... ¿Y qué hareis para impedirlo?

— ¡Todo!

Se separó al decir esta palabra, y volviendo á donde estaba Juana.

— No tengais celos, amor mio, le dijo con

su sonrisa mas dulce y arrastrando la voz; le decia que sois realmente demasiado encantadora.

Dirigiéronse todos al castillo conversando agradablemente. Luego la señorita Angela se asoció á su sobrina para instalar á la marquesa en la habitacion que se le habia destinado. Allí la dejaron con su doncella, previniéndole que el sonido de la campana anunciaría pronto la hora de comer.

Durante la comida, á la que asistieron Mr. de Boisvilliers y su hijo, Felipe, que nada tenía ya que aprender respecto de la marquesa, puso todo su empeño en estudiar la fisonomía de Juana y penetrar su espresion. No habia dejado de notar la especie de estupor de que se sintió acometida en el primer momento de su encuentro con Mad. de Talvas. No dudaba que en ese minuto hubiera penetrado un terrible rayo de luz á su espíritu, pero ¿hasta qué punto adivinaba? ¿qué sabía? ¿qué sospechaba? ¿qué interpretacion daba á la conducta de Felipe, á la conducta de la marquesa?

En vano se estorzó por leer en su rostro la solucion de esos enigmas. Juana tenía por hábito y por dignidad grande imperio sobre sí misma, y habia recobrado su aire sereno, dulce y altivo. Unicamente creyó él notar que estaba mas pensativa que de costumbre. Parecióle tambien por momentos que su gra-

ve belleza se brillantaba con esa aureola extraña que al acercarse el martirio rodeaba la frente de las jóvenes cristianas... Nunca la habia amado tanto. ¡Pobre niña querida! ¿qué iba á ser de ella? ¿qué sucedería? ¿por qué escándalos, por qué dolores desconocidos tendria que pasar?

Entre tanto, la marquesa parecía muy contenta de hallarse en medio de una reunion tan amable de gentes honradas. Hacía en ella su papel de estrella parisiense con ese desembarazo régio que le era peculiar, diciendo á unos y á otros una frase oportuna, citando á Mr. de Boisvilliers recuerdos comunes, hablando al conde Leopoldo del carácter noble y poético de su morada, al caballero de la flauta y de Beethoven, á la señorita Angela de acuarelas y de sepia. Así tué que cuando se tomó el café en el salon, pudo ella oír circular discretamente entre los individuos todos de la familia un lisonjero murmullo del que la palabra «deliciosa» venía á ser siempre el estribillo.

En el curso de la noche rogó Mad. de Talyas á Juana que tocase al piano alguna cosa, y Juana obedeció. Le pidió en seguida que le enseñase uno de los platos que decoraba tan bien, y la señorita de La Roche-Ermel se apresuró á presentarle uno, dándole sobre este género de trabajo algunas breves esplicaciones que terminó diciendo tran-

quilamente: «y eso es todo, señora».

—Pues bien, señorita, dijo la marquesa, os voy á cobrar horror, porque en fin, todo lo poseeis... sois una mujer perfecta, y eso es para desesperar á cualquiera.

Dicho esto, se levantó, disimuló un bostezo detrás de su abanico, y disculpándose con la fatiga del viaje, se despidió de la familia.

Antes de salir estrechó la mano á Felipe.

—Hasta mañana, amigo mio, le dijo.

Y añadió mas bajo, pero sonriéndose siempre, como si le dirigiera un cumplido:

—Os doy dos dias para que tomeis un partido .. Despues veré lo que he de hacer... ¡Buenas noches!

IX.

Los dos dias que siguieron fueron consagrados en su mayor parte á hacer los honores del país á la marquesa de Talyas. Por la mañana daban un paseo á pié por los bosques de La Roche-Ermel y de Boisvilliers, y por la tarde salian á recorrer en coches los sitios mas notables de las cercanías. Los intervalos se ocupaban en los preparativos para la boda, y en particular en el exámen y prueba del equipo de la novia.

En estas diferentes circunstancias el drama de que á la sazón era teatro el castillo de La Roche-Ermel permanecía en cierto modo concentrado entre los tres principales actores, únicos que en diferentes grados conocian el secreto de él. Parecia como si existiera entre Mad. de Talyas, Felipe y Juana un acuerdo tácito para respetar por todo el

tiempo que pudiesen la tranquilidad de la familia, porque Mad. de Talyas, por muy indiferente que fuese al reposo de ella, tenía un interés natural en evitar todo escándalo en tanto que conservara la esperanza de un desenlace amistoso. Con todo, á pesar de su asombrosa fuerza de disimulo, se consumia en un esfuerzo tan continuado, y cuando se hallaba sola entre Felipe y Juana se quitaba á medias su máscara para respirar. Entónces se mostraba distraida, irónica, altanera. Los otros dos, pálidos como ella, con el corazón oprimido y la mirada atenta, se preguntaban y parecían preguntarle cuándo tendría por conveniente romper aquella tregua y comenzar las hostilidades mortales que ellos presentian.

Porque Felipe no se habia engañado. La misma Juana, desde la llegada de la marquesa, tenía la conciencia de un peligro suspendido sobre su cabeza. Ya se recordará que desde algun tiempo habia comprendido que estaba llamada á hacer respecto de su prometido el papel de ángel custodio, salvándole de los remordimientos y del asedio de unas relaciones culpables. La arrebatadora belleza de Mad. de Talyas, y tal vez tambien la curiosidad apasionada que habia sorprendido en su primera mirada, habian acabado de instruir la. No le quedó duda desde aquel momento, de que la marquesa habia

ido el objeto de ese apasionamiento que había llegado á ser para Felipe una cadena insoportable: pero toda la perspicacia y la sagacidad de Juana no podían ir mas allá. ¡Qué venía á hacer esa mujer en la Roche-Ermel? Qué podía meditar? Juana sospechaba en eso un misterio terrible y se sentía por ello alarmada, pero no abatida, porque sin explicarse muy claramente la conducta de Felipe en todos sus pormenores, creía ver en su manera de portarse y en su semblante indicios seguros de sinceridad. Además recordaba que en estos últimos tiempos había puesto siempre vivas objeciones á los proyectos que de una manera ó de otra podían cercarle á Mad. de Talyas, y de esos síntomas y de esos recuerdos infería que la presencia de la marquesa era para su prometido todavía mas que para ella, un objeto de repulsión y de espanto.

Esta persuasión fué la que le inspiró el valor de sostener con firmeza la prueba estreña que se le imponía y de aguardar su fin con confianza. Sentíase amada y á nada tenía miedo. Hasta surgieron acaso entónces en aquella alma generosa algunos impulsos de compasión hácia aquella hermosa rival que á su vez tanto debía sufrir. Al menos, apesar de su opresión secreta, era buena y dulce con ella, ya fuese que quisiera consolarla ó aplacarla.

En la mañana del tercero día, despues de terminado el almuerzo, encontró la marquesa de Talyas en el descanso de la escalera á la señorita de La Roche-Ermel, que se disponia á salir.

—¿Quereis tener la bondad de acompañarme, señora? dijo Juana. El tiempo está hermoso y no voy léjos.

—Con mucho gusto, respondió la marquesa: voy á ponerme el sombrero, y soy con vos.

A los pocos minutos se la reunió en el patio del castillo.

—Y bien, querida, ¿á dónde me llevais?

—Vais á verlo, dijo Juana riendo: por de pronto os anuncio que voy á llevaros por caminos estrechos...

Dieron ambas algunos paseos por la avenida principal y se internaron pronto á su izquierda, en un sendero tortuoso que subía por una pendiente rápida entre dos vallados, á las mesetas altas. Las ramas entrelazadas de los avellanos, de las alheñas y de los pinos enanos, mantenían allí una penumbra cruzada á trechos por algun rayo de sol. Las dificultades de aquel camino, que estaba cortado por salientes de roca, las piedras que rodaban bajo los pies, los espinos colgantes, que se agarraban á los vestidos, suministraron á las dos jóvenes asunto para una conversacion natural y casi jovial, que consis-

tía especialmente en exclamaciones. Juana se apresuraba á apartar delante de Mad. de Talyas las ramas rebeldes y las malezas espinosas, y hasta se aventuraba á ofrecerle la mano en los pasos mas dificultosos. La marquesa aceptaba esos pequeños servicios, dando gracias con un signo indolente de cabeza, y luego continuaba marchando detrás de su conductora, á la que lanzaba una mirada irónica que parecia decir: «Trabajo inútil, querida mia».

Hubo un momento en que Juana á su vez se quedó algo atrás. Habia encontrado entre el musgo del toso una mata de esas lindas florecillas azules que recuerdan el myosotis, aunque su azul es mucho mas vivo, y que son en los campos las últimas flores de la estacion. Hizo con ellas un pequeño ramillete, lo ató con una varilla de junco y lo ofreció á Mad. de Talyas, saludándola con una amable reverencia de zagalá. La marquesa vaciló, la miró de frente, y no viendo en sus ojos mas que una espresion de graciosa bondad, se ruborizó ligeramente y tomó el ramillete.

En lo alto de la senda se hallaron de repente ante la entrada del pequeño cementerio, en cuyo centro se alzaba la iglesia de la parroquia. Era la meseta de una eminencia, desde la que se estendia la vista á lo léjos en el valle profundo por el que serpenteaba

el arroyo del Ormedal y en los horizontes frondosos que se entrelazaban todo al rededor en anfiteatro.

El sol de medio día derremaba entónces su franca luz sobre aquel alegre y tranquilo paisaje, haciendo resaltar aquí y allá en medio de las masas de vegetación sombría, la blanca pared de una granja, el surco de un camino cubierto de polvo, las pizarras y la aguda flecha de una torre.

— ¡Bonito es esto! dijo Mad. de Talyas sentándose á la sombra de una encina secular, sobre una de esas tumbas bajas en forma de altar que son los monumentos aristocráticos de los cementerios rurales.

— ¿No es verdad? dijo Juana, cuyos ojos se animaban ante aquella hermosa naturaleza de la que era tan apasionada.

Luego que concedió algun tiempo á su vaga contemplacion, añadió:

— Voy á entrar un momento en la iglesia... ¿Quereis venir?

— No, dijo la marquesa.

Y añadió despues de una pausa:

— No creo en nada.

— ¿Me permitireis al menos que ruege por vos, señora?

— ¡Oh, Dios mio! sí que os lo permito... seguramente.

— Pues bien; tendreis la bondad de esperarme aquí, ¿no es cierto?

Y al decir esto se alejó y atravesó el pórtico de la pequeña iglesia.

Era precisamente el día que Mad. de Talyas había señalado á Felipe para que la hiciera saber sus resoluciones ó la diera á conocer las suyas. Felipe no lo había olvidado, y desde por la mañana, decidido á acabar lo antes posible con la horrible incertidumbre que le atormentaba, se dirigió á La Roche-Armel.

Dijéronle en el castillo que la marquesa había salido con Juana hacía un cuarto de hora, y que habían visto á ambas entrar en camino sombrío que conducía á la iglesia.

—¿Las dos solas? preguntó Felipe.

—Solas las dos.

En medio de los pensamientos siniestros que desde la aparición de Mad. de Talyas acuciantaban el cerebro de Felipe, había uno que en un principio rechazó como una loca quimera, pero que poco á poco había ido formando un imperio irresistible sobre su ánimo. Cuando preguntó á la marquesa qué quería para impedir su boda, había ella contestado con esta sola palabra: «¡Todo!»

Esa palabra terrible, en su vaga concisión, se repetía él sin cesar.

¡Todo! Sí, la creía, en efecto, capaz de todo... Tal como él la conocía, falta de toda ley y de todo principio, novelesca y aventurera hasta el extremo, ébria de pasión, de ce-

los, de orgullo ofendido, debía sentir ahora en el alma, bajo su máscara encantadora glacial, los furoros salvajes de una bacante.

Sin poder dar una forma precisa ni aun verosímil á sus recelos, y hasta queriendo acogerlos con sonrisa, no podia desechar un malestar singular, desde que Mad. de Talyas permanecía un momento á solas con Juana. Al saber que ambas habian ido juntas á recorrer los campos, esa sensacion de perturbadora inquietud aceleró de pronto los latidos de su corazon. Tomó precipitadamente el camino que ellas habian seguido, empleó poco tiempo en recorrerlo y no tardó en llegar delante de la verja del pequeño cementerio. Vió entónces á Mad. de Talyas sentada en el mármol tumular en que Juana la habia dejado, y mordisqueando las flores azules de su ramillete.

Al ruido de sus pasos se volvió la marquesa.

— ¡Ah! ¡Vos aquí! ¡Mucho me alegro! La señorita Juana está ahí; nada temais... Vamos, acercaos.

Y bajando un poco la voz,

— Explicaos claramente, añadió: ¿qué habeis resuelto? ¿Qué vais á hacer?

— Pero sepamos antes qué me pedís, dijo Felipe en el mismo tono.

— Os pido que deshagais esa boda.

— ¿Deshacer esta boda?... ¿En los últimos

momentos? ¿Y como? ¿Con qué pretesto? ¿Quereis que mi padre y todos los míos y cuantas gentes honradas haya en el mundo, me traten de loco y de miserable? Escuchad, Luisa; podría recordaros todavía que me habeis impuesto vos misma, para salvaros de un peligro inminente, este enlace, en el que estaba lejos de pensar entónces; pero es inútil, lo sé, porque no perdonareis... no perdonareis á Juana el ser lo que es... Pues bien, oidme... Para evitar á esa niña, á su familia, á la mia, las tristezas y los escándalos con que nos amenazais, estoy pronto á hacer cualquier sacrificio, hasta el que me exigís, pero con una condicion, sin embargo, y es que haya para realizarlo un medio que no sea deshonoroso ni para Juana ni para mí, y que ese medio me lo indiqueis vos, porque á mí no se me alcanza.

—Es muy sencillo, dijo Mad. de Talyas arrastrando la voz. Que venga de ella el rompimiento... ¿Acaso no lo sabe todo?

—Ella nada sabe, dijo Felipe con firmeza algo altiva: al menos por mí.

—¡Bah! pero lo sospecha... Por lo demás, decidle lo que hay.

—¿Me autorizais para ello?

—Completamente... Entónces será el la la que os rehusará, y todos quedaremos bien.

—Convenido: le hablaré hoy mismo.

—Habladle ahora mismo y venid en se-

guida á darme cuenta de su contestacion...
Mirad; ya la oigo.

La marquesa se levantó, y como Felipe hiciera un movimiento añadió:

—No, no; no os incomodeis; ya sé el camino... Hasta la vista, amigo mio, hasta muy pronto.

Y al decir esto salió del cementerio, desapareciendo en la sombra del sendero.

Casi en el momento mismo volvía á cerrar Juana la puerta sonora de la antigua iglesia, y se adelantaba hácia Felipe.

—¿Vos? exclamó la jóven con alguna sorpresa... ¿Y la marquesa?

—Ha vuelto al castillo... Necesito que me concedais algunos minutos de conversacion, Juana.

—¡Ah! dijo esta fijando su mirada inquieta en los ojos casi extraviados de Felipe... Está bien, hablad.

Y se sentó junto á él en el sitio que habia ocupado Mad. de Talyas.

—¿Qué hay, Felipe?

—Querida Juana, dijo este á media voz con acento profundamente conmovido; hace mucho tiempo que habríais sabido el secreto que voy á confiaros, si no hubiese pertenecido mas que á mí. Hoy me autorizan para revelároslo... Quieren separarnos, mi pobre Juana... Me prohiben casarme con vos... No necesito nombraros la que pretende tener

derecho para ello. Si tiene ó no ese derecho, vos sereis juez.

Entónces le refirió, guardando las conveniencias naturales, pero con entera sinceridad, el drama de sus fatales relaciones. Sus primeros escrúpulos, luego los arrebatos de la pasión, despues los remordimientos, luego el horror y por último el ódio.

Le dijo tambien por qué estraña série de acontecimientos habia llegado la marquesa á aconsejarle, y casi á ordenarle ese casamiento; cómo habia él aprovechado esa ocasion inesperada de recobrar con su libertad la paz de su conciencia y de consagrar su vida á la que habia llegado á ser el único objeto de su cariño; cómo, por último, las sospechas y los recelos de Mad. de Talyas la habian impulsado al desesperado estremo de venir á interponerse en persona á través de su union.

—Por mi parte, Juana, añadió Felipe, ya le he contestado. Ni ruegos ni amenazas arrancarán jamás de mis lábios una palabra que pueda ser un mentís de mi amor, una palabra que pueda ser una afrenta para vos... Ahora, pobre querida niña, á vos os toca pronunciar: si estais bastante celosa de lo pasado, bastante alarmada de lo presente ó de lo porvenir para rechazar mi mano, hacedlo. Cualquiera que sea la razon que deis á vuestra familia y al mundo, cualquiera que sea el pretexto de que os valgais para despedirme,

no diré una palabra en mi defensa: todo aceptaré y nada desmentiré.

Juana habia escuchado con una atencion profunda, derecha la cabeza y un poco vantada, segun su costumbre, perdida su mirada á lo lejos en el horizonte. Luego que el jóven cesó de hablar, se volvió á él.

—Felipe, dijo, por mala que ella sea, desgraciada y la compadezco... Pero no nozco el miedo. Me amais, os anio y... retengo.

Viendo la jóven que brotaban dos lágrimas de los ojos de su amante, se enterneció á su vez y ocultó su frente con su mano. Pronto, levantándose con viveza.

—¡Vamos! dijo: no seamos niños. Queremos necesitaremos de todo nuestro valor. Pronto, prosiguió sonriéndose, veamos entre los dos qué es lo que ella podria hacer.

Apoyóse en el brazo de Felipe y tomaron ambos por las avenidas el camino mas largo para volver al castillo, estorzándose lo mejor que podian en adivinar lo que podria ella hacer.

Media hora despues, Felipe de Boisville era introducido en el cuarto de Mad. de Ermevas, la cual, como segura del triunfo, le interrogó con aire de indiferencia:

—¿Al fin...? dijo.

—La señorita de La Roche-Ermevas quien he dicho toda la verdad, no por

se mantiene menos fiel á sus sentimientos y á sus proyectos.

A estas palabras las hermosas y delicadas facciones de la marquesa se cubrieron de un tinte lívido, y sus lábios se contrajeron débilmente. Acercóse á una mesa, escribió dos ó tres renglones en un papel de cartas, y yendo derecha á Felipe,

—Si vuestro casamiento no queda roto en el acto, dijo, sea por ella ó por vos, lo cual poco me importa, envío este despacho dentro de una hora.

Felipe recorrió de una ojeada el despacho, que decia así:

«Marqués de Talyas.—París.

»Asunto muy grave y urgente. Vuestra presencia indispensable. Os aguardo mañana por la tarde».

—Y mañana, añadió con violencia la marquesa, le entregaré á su llegada todas vuestras cartas... que he traído conmigo.

—Os matará, dijo Felipe.

—No le daré ese trabajo, amigo mio... Tengo cuanto necesito... Cuando salí de París sabia que las cosas podian llegar á ese extremo. En el momento en que le ponga en la mano vuestras cartas, tendré ya la muerte aquí.

Y se dió una palmada en el seno con expresion siniestra.

Luego se sintió angustiada y como aniquilada.

—Vamos, dijo; consultadlo con la señorita Juana... y que esto concluya.

—¿Quereis que diga eso á Juana... que le participe vuestra espantosa amenaza? exclamó el jóven con voz sorda. ¿Quereis que le suplique que renuncie á mí para salvarme de la espada de vuestro marido? Muy bien, me poneis en una situacion franca. No le diré una palabra... ¿Ois?... Enviad vuestro despacho.

La marquesa llamó y se presento un criado.

—Tened á bien decir que enganchen la americana; tengo que hacer varias compras en la ciudad.

Cuando se retiró el criado, saludó Felipe gravemente á Mad. de Talyas y salió de la habitacion.

Juana, segun habia convenido con él, le esperaba al paso en el patio del castillo.

Le sonrió él, y tomándole la mano,

—Siempre vagas amenazas, dijo; pero vacila, y aun creo que prepara un telegrama para hacerse llamar á Paris.

—Estais muy pálido, amigo mio, dijo Juana.

—Sí; la entrevista ha sido penosa, naturalmente; pero lo que os digo es cierto.

—Loado sea Dios si es así... ¿Partís, Felipe?

—Sí; estamos citados esta tarde mi padre y yo con el notario.

— ¿Pero vendreis á comer?

— Seguramente.

Y se alejó hácia las avenidas, volviendo con frecuencia la cabeza para sonreirle todavía.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

5720 S. UNIVERSITY AVE. CHICAGO, ILL.

X.

Mientras que Mad. de Talyas, bajo el pretexto que habia alegado, se dirigía á la ciudad de A... para llevar ella misma su despacho á la oficina de telégrafos, Felipe, retirado á la habitacion que se habia preparado en Boisvilliers para recibir dentro de algunos dias á su mujer, tomaba en ella las últimas disposiciones.

Decidido á no defenderse en su duelo ya inevitable con Mr. de Talyas, habia hecho completo abandono de la vida. Nada diremos de sus angustias; pero cualesquiera que fuesen sus faltas, bien las expió en ese momento.

A eso de las cinco de la tarde regresaba á La Roche-Ermel la marquesa de Talyas. Al bajar del carruage en el patio, vió á Juana

que la saludaba desde una de las ventanas abiertas del salon. Entónces se acercó.

—A mi vez, dijo, os acoto para un paseo... ¿Quereis?

Juana la miró con alguna sorpresa, notó á través de su risa forzada la extraordinaria alteracion de su rostro, vaciló un segundo y, levantándose de pronto,

—Sí, señora, dijo, con mucho gusto.

Habia en las cercanías del castillo un sitio de paseo hácia el cual habia mostrado la marquesa desde un principio una predileccion marcada. Era un extremo de un bosque suspendido sobre el declive de una colina, en el cual habian formado una especie de parque á la inglesa, surcado aquí y allá por verdes platabandas; pero su carácter general era mas bien severo y hasta agreste.

Con arte bien entendido se habian puesto simplemente de relieve las bellezas y las irregularidades naturales del terreno. Los senderos sinuosos se deslizaban á través de los talleres, costeaban añejas encinas aisladas, enormes rocas tapizadas de musgo, grupos de abetos sombríos y venian á parar por último á una de las orillas del estanque que figuró ya en esta narracion en momentos mas felices.

Esa orilla, en estremo sombría, formaba por cima del estanque ancho y profundo, al cual dominaba, un bosquecillo espeso, tene-

broso y algo húmedo, cuyo aspecto romántico y casi teatral contrastaba singularmente con la monotonía agreste de la campiña normanda.

Hacia esa especie de sagrado bosque se dirigía entonces Mad. de Talyas, en compañía de la señorita de La Roche-Ermel. Su andar, tan flexible y gracioso habitualmente, revelaba por su tiesura y rigidez una estremada tensión nerviosa. De vez en cuando se volvía en los estrechos senderos para dirigir á Juana algunas frases indiferentes, y á Juana le sorprendía el acento cortado de su voz: no le extrañaba menos la espresion turbada de su mirada, y sobre todo, el movimiento casi convulsivo que bajaba y alzaba sus párpados y sus largas pestañas sobre sus ojos.

Siguiendo la jóven todavía bajo la impresion de las palabras tranquilizadoras y piadosamente engañosas con que Felipe habia creido deber adormecer sus inquietudes, atribuía naturalmente esos síntomas de emocion y de sufrimiento á las angustias de un sacrificio doloroso y sentía una tierna compasion hácia aquella desgraciada mujer.

Mejor instruidos que ella, podemos con el lector, penetrar la causa verdadera de las agitaciones de la marquesa.

Su primer arrebató de cólera estaba satisfecho; el tatal despacho habia sido expedido,

y ahora retrocedía ante el espectro que había evocado, ante el espantoso desenlace que su propia mano acababa de preparar. Había resuelto intentar un esfuerzo supremo para alejar el cáliz de muerte que helaba ya sus labios, y meditaba apelar directamente á la sensibilidad de Juana. Si conseguía enternecerla... ó aterrarla, nada se había perdido aun; ya encontraría algún medio de explicar al día siguiente su despacho á su marido.

Habían llegado ambas al borde sombrío del pequeño lago, y siendo la orilla opuesta una especie de camino público, era por el parque por donde los habitantes y huéspedes del castillo tenían costumbre de pasar cuando querían venir al estanque para respirar el fresco ó dar un paseo en barcas. Al efecto habían abierto á pico en la roca que formaba la orilla de ese lado, una bajada de siete ú ocho escalones, al pié de los cuales estaba atada bajo las lianas colgantes, una barca blanca, á la que llamaban «la barca de la señorita».

La marquesa, que por cortos momentos había estado contemplando con aire pensativo la sombría superficie del estanque, tocó de pronto el brazo de Juana.

—Señorita de La Roche-Ermel, le dijo, tengo que hablaros... ¿quereis que demos un paseo por el agua...?

Juana hizo una señal de asentimiento: la

marquesa bajó con precaucion las gradas escurridizas de la escalera, y entró en la barca. Juana la siguió al punto y tomó los remos.

—¿A dónde quereis ir? dijo.

—Al sitio en que estemos mas seguras de no ser oidas, dijo Mad. de Talyas; allá abajo.

E indicaba con la mano uno de los estremos del estanque, al que un muro de roca muy elevado y coronado de espesos matorrales verdes prestaba un aspecto de profunda soledad.

La barca, diestramente dirigida, cortó el estanque en línea oblicua, se deslizó suavemente bajo los sauces y se detuvo junto á la roca. Juana recogió los remos en la barca, miró fijamente á Mad. de Talyas y aguardó.

La marquesa dejó colgar una de sus blancas manos fuera de la barca y agitó el agua durante algunos segundos sin romper el silencio. Luego de pronto,

—Señorita de La Roche-Ermel, dijo, no os amo, pero creo que sois de carácter noble y delicado... ¿Cómo podeis casaros con un hombre que sabeis que es mi amante?

—Señora, dijo Juana, ¿por qué habeis procurado una entrevista tan penosa... una conferencia en la que mis palabras mas comedidas, mas inocentes, os parecerán una ofensa?... Pues bien, sí; habeis sido amada y apasionada y ardientemente por el que va á casarse conmigo, lo sé... amada tal vez lo

sois todavía... lo sereis siempre en sus recuerdos, y ese pensamiento será el suplicio eterno de mi vida... Pero, en fin, ¿qué mas podíais esperar de ese amor?... No tendríais mas, permitid que os lo diga, que sus dolores, porque los sentimientos del deber y del honor, largo tiempo combatidos por una pasión... que hartó se concibe, señora, cuando se os vé... han llegado á ser al fin los mas fuertes en el alma de Felipe... Ellos le devuelven á su padre, á la prometida desde su infancia... ¿y pretendéis arrebatárnoslo de nuevo? En el estado de su corazón ¿qué haríais de él? ¿Qué intimidad, que felicidad serían ya posibles entre ambos? ¿Habeis pensado en ello, señora?

—Señorita Juana, respondió la marquesa, vuestros razonamientos son excelentes, y estaría muy dispuesta á ceder á ellos si tuviera yo una manera de amar tan tranquila como parece ser la vuestra. Pero cuando yo amo... cuando me entrego, no conozco mas que mi pasión... y la sigo hasta el fin, hasta el oprobio, hasta la muerte, si es preciso. Ese es mi crimen, lo confieso, pero tambien mi disculpa. Y vos ¿qué excusa teneis? Friamente, pausadamente, piadosamente, poneis la mano sobre un corazón que me pertenece, que he pagado con todo lo que mas puede apreciar una mujer... y me lo arrancais sin remordimiento, me desesperais, me ma-

tais sin compasion... Ved ahí la conducta que os inspira vuestra religion... ¡Pues bien, tanto peor para ella y para vos!

—¡Ah, señora! Perdonad, dijo Juana; procuro estar serena, y de ahí previene sin duda vuestro error. Pero yo tambien, y me lisonjeo de ello, sé amar. Yo tambien he tenido mi pasion, y estaba dispuesta á seguirla--y lo estoy aun--no como vos, hasta el oprobio... no; pero como vos, hasta la muerte. Al esposo que pretendéis arrebatarme le amo desde que existo; le amaba mucho tiempo antes de que vos le conociérais... Me habia destrozado el corazon antes de mover el vuestro, y le amaba siempre... Me ha hecho derramar mas lágrimas que las que vos podais verter en vuestra vida, y no he cesado de amarle... Me ha abandonado, me ha hecho traicion y nunca he abrigado por él mas que sentimientos de fiel cariño, votos de felicidad, oraciones y lágrimas de ternura... Esa es mi manera de amar... y creo que bien vale la vuestra.

—¡Entónces es la guerra, dijo la marquesa, la guerra sin piedad!

—No... ¡oh! ¡no! señora, exclamó Juana inclinándose hácia ella y tomándole las manos. ¡Os suplico que sea mas bien la paz... la paz entre nosotros y con nosotros! Querria prosternarme á vuestras plantas para hacer mas eficaces mis ruegos... Esa felicidad

que huye de vos, que no podeis hallar ya jamás—lo conocéis como yo—en ese amor perdido, pedidla á sentimientos mas elevados y mas puros... no al arrepentimiento, pues no me permito juzgaros... sino á vuestra conciencia mas ilustrada, á la altivez de un sacrificio dignamente realizado, al generoso pensamiento de haber hecho el bien cuando podíais hacer el mal, de haber respetado el reposo de una familia de gentes honradas á la que podíais sumir en el luto y en la desesperacion... ¡Oh! haced eso, señora, ¡y os amaré tanto!... ¡os bendeciré! ¡os adoraré!

La jóven se habia expresado con una efusion tan ardiente y persuasiva, que la marquesa pareció sorprenderse y turbarse. Luego, de pronto, rechazando las manos de Juana,

—Sí, dijo: os hago ahora mas justicia; creo que sabeis amar, señorita, y Mr. de Boisvilliers es aun mas feliz de lo que yo creia... Solo que... tened esto bien presente... jamás será vuestro marido.

— ¡Señora!

—Ni una palabra mas, porque todo sería inútil. Tengo tomada mi resolucion, y puesto que vuestro prometido á lo que parece no os la ha comunicado, voy á decíroslo: vais á renunciar á ese matrimonio, y ha de ser hoy mismo. Os dejo la eleccion del pretesto.

De lo contrario, mi marido, á quien acabo de llamar por el telégrafo, estará aquí mañana por la tarde y le entregaré las cartas de Mr. Felipe. Lo que será de mí, poco importa; pero lo que seguirá entre ellos, bien podeis presentirlo... Ahora, hablad.

—Señora, dijo Juana levantando altiva su pálida frente; eso es horrible... Pero Felipe es hombre y sabrá defenderse.

La marquesa le lanzó una mirada de ódio mortal, y despues de una breve pausa,

—Señorita, dijo con frialdad; ¿os parece que volvamos?... Creo que ya es tiempo.

Juana, sin contestar, dejó caer los remos en el agua. Su corta travesía fué silenciosa, y pocos minutos despues atracabâ la barca en la ribera, al pié de la escalera tallada en la roca.

La señorita de La Roche-Ermel se levantó de su banco y pareció aguardar á que la marquesa pasara delante de ella y desembarcara la primera.

—¡Oh! señorita, dijo Mad. de Talyas, que se habia levantado por su parte y jugaba con un remo; pasad... No estamos en el caso de hacernos cumplidos.

Al oir Juana aquel apóstrofe descortés, sintió esa sorpresa mezclada de desprecio que experimentaríá un hombre de corazon á quien su adversario dirigiera injurias sobre el terreno, y dejó ver esa impresion en el pliegue

desdeñoso de sus lábios. Mad. de Talyas lo sorprendió, y el oleaje de odio y de cólera amontonado en su alma, rompió los diques. Había jugado su amor, su honor, su vida... y todo lo había perdido. Sintió el vértigo de la desesperacion y la tentacion del crímen.

En aquel mismo momento Juana, de pié sobre la proa de la barca, hacía el movimiento de poner el pié en la primera grada de la escalera. La marquesa, tendiendo bruscamente el remo que tenía en la mano, apoyó la paleta contra el muro de roca é imprimió á la barca un violento impulso de retroceso. Juana, medio suspendida entre la orilla abrupta y el agua profunda, tuvo viva conciencia del peligro y dió un salto desesperado. Su pié alcanzó el primer escalon; pero se escurrió sobre la piedra húmeda: la jóven vaciló, se abalanzó á las ramas ligeras que pendian sobre la escalera, y halló en efecto en ese débil apoyo la fuerza suficiente para no caer de espaldas; pero cayó de bruces y pegó su frente contra el corte de un escalon. Por un esfuerzo supremo se levantó al punto y subió desatentada la escalera. Volvióse entónces con la frente ensangrentada hácia Mad. de Talyas que estaba de pié sobre la barca:

—!Ah, señora! exclamó: ¡señora!

Y la pobre jóven, despues de buscar con la mirada estraviada algun apoyo en derredor suyo, cayó aplanada en el suelo.

La marquesa se habia acercado á la orilla con una agitacion febril; saltó de la barca y subió como una flecha los escalones. Hallóse entónces delante de Juana que habia perdido el conocimiento: tenía su rostro descolorido vuelto hácia el cielo, y de su frente herida corrian lentamente sobre sus blancas mejillas algunas gotas de sangre.

Mad. de Talyas, con la mirada estraviada, los cabellos sueltos, trémulas las alas de la nariz, hermosa aun, pero con la belleza de una Eumeride, se inclinó sobre ella, la miró y miró luego el abismo abierto á dos pasos de aquel cuerpo inerte. En aquel momento oyó tras de sí el ruido que produce al pisarlo el follaje, y se volvió.

Era Felipe.

A esta súbita aparicion tuvo ella un minuto de completo estravio y adelantó las manos como para rechazar á Felipe y ocultarle el cuerpo inanimado de Juana. El jóven clavó en ella sus ojos con una fijeza terrible, no habló palabra y la apartó con violencia. Luego se hincó de rodillas, tomó á Juana la mano, la pulsó y respiró con fuerza, como el que se ve libre de una mortal angustia.

—Juana... amada mía, dijo acercando su rostro al de su prometida: Juana... habládme... ¡os lo suplico!

La jóven cerró dulcemente sus labios y entreabrió sus ojos.

— Juana... soy yo, continuó él.

Ella le miró al pronto con vago asombro, pero en seguida le reconoció y se sonrió.

— ¿Dónde sufrís, amada mía? ¿Estais herida? Decid.

— No... no es nada, murmuró la jóven con voz débil como el aliento... no vale nada... un rasguño en la frente. Voy á levantarme y andar.

— No... todavía no... Aguardad... Aguardad... Pero decidme, ¿qué ha pasado?

Y sus ojos se dirigieron como á pesar suyo hácia la marquesa.

— ¿Cómo ha sucedido esto?

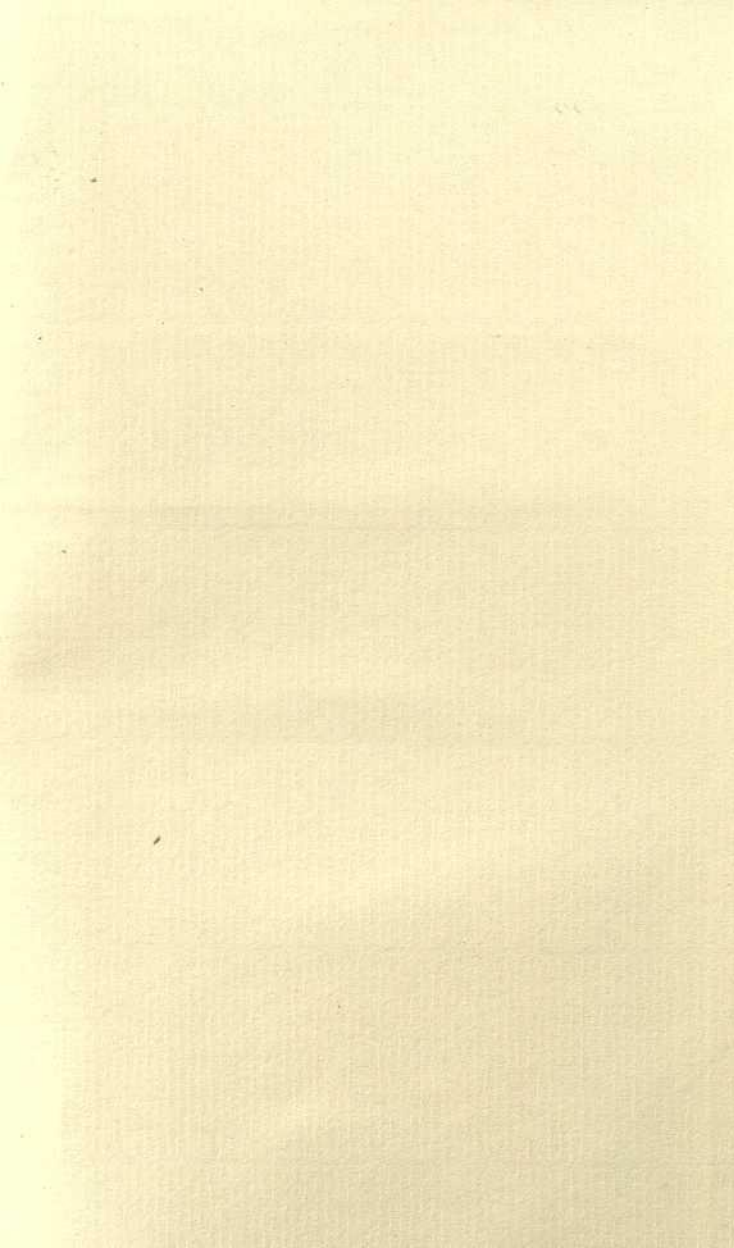
Los ojos de Juana habian seguido la misma direccion que los de Felipe, y se fijaron con insistencia en Mad. de Talyas, que de pié, inmóvil, muda, horriblemente pálida, se arreglaba maquinalmente el desórden de sus cabellos.

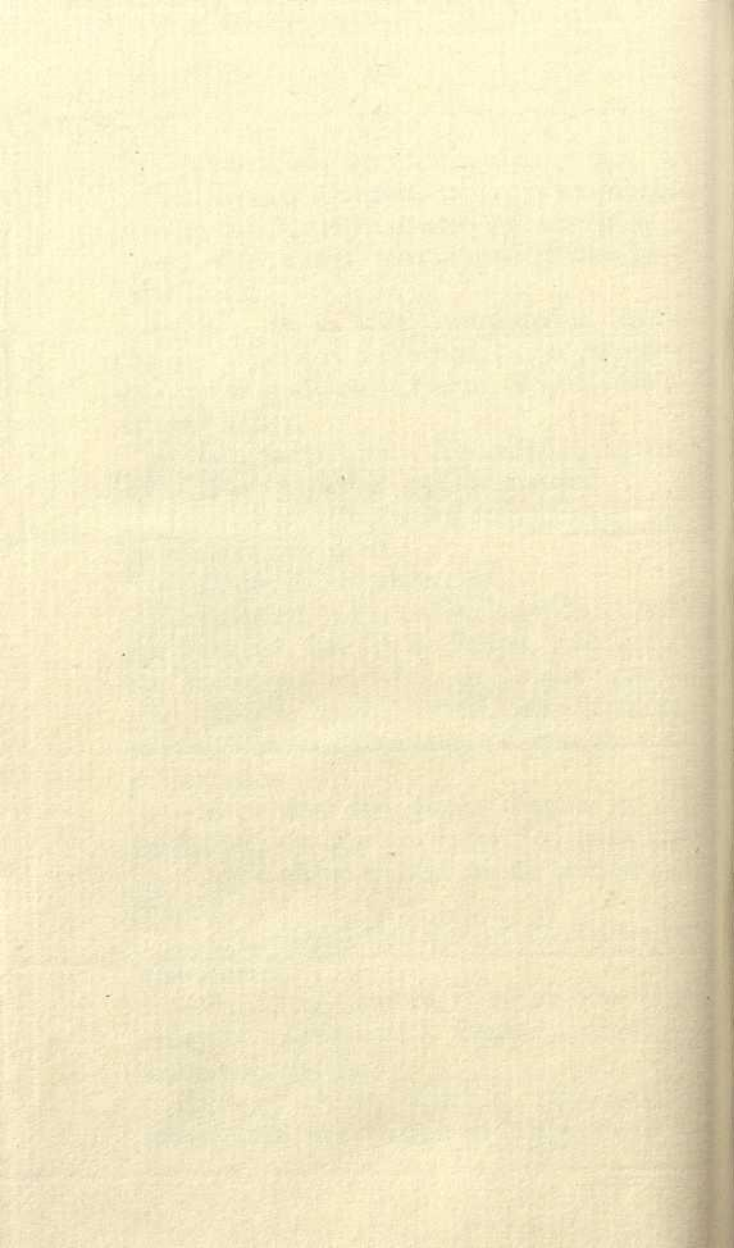
— Pues bien, dijo Juana despues de una pausa; ha sido que estuve torpe al desembarcar... puse el pié en falso en un escalon... y me caí.

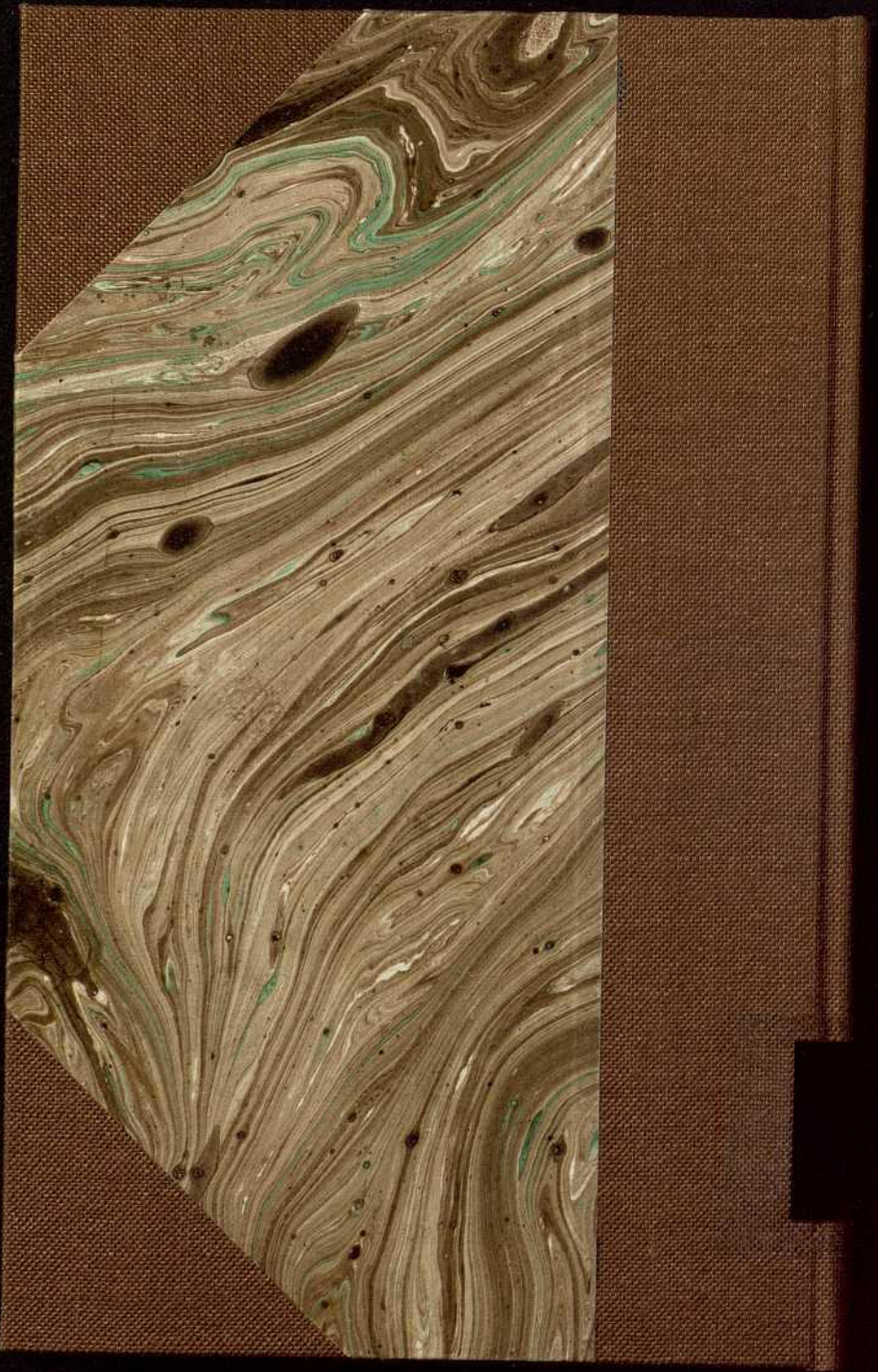
Luego, dirigiéndose á Mad. de Talyas con una sonrisa,

— Perdonad, señora, el miedo que os he causado... Sed buena... Veamos... dadme la mano para ayudarme.

Estas generosas palabras, estas palabras inesperadas, provocaron en la marquesa un







FAN
XIX
514